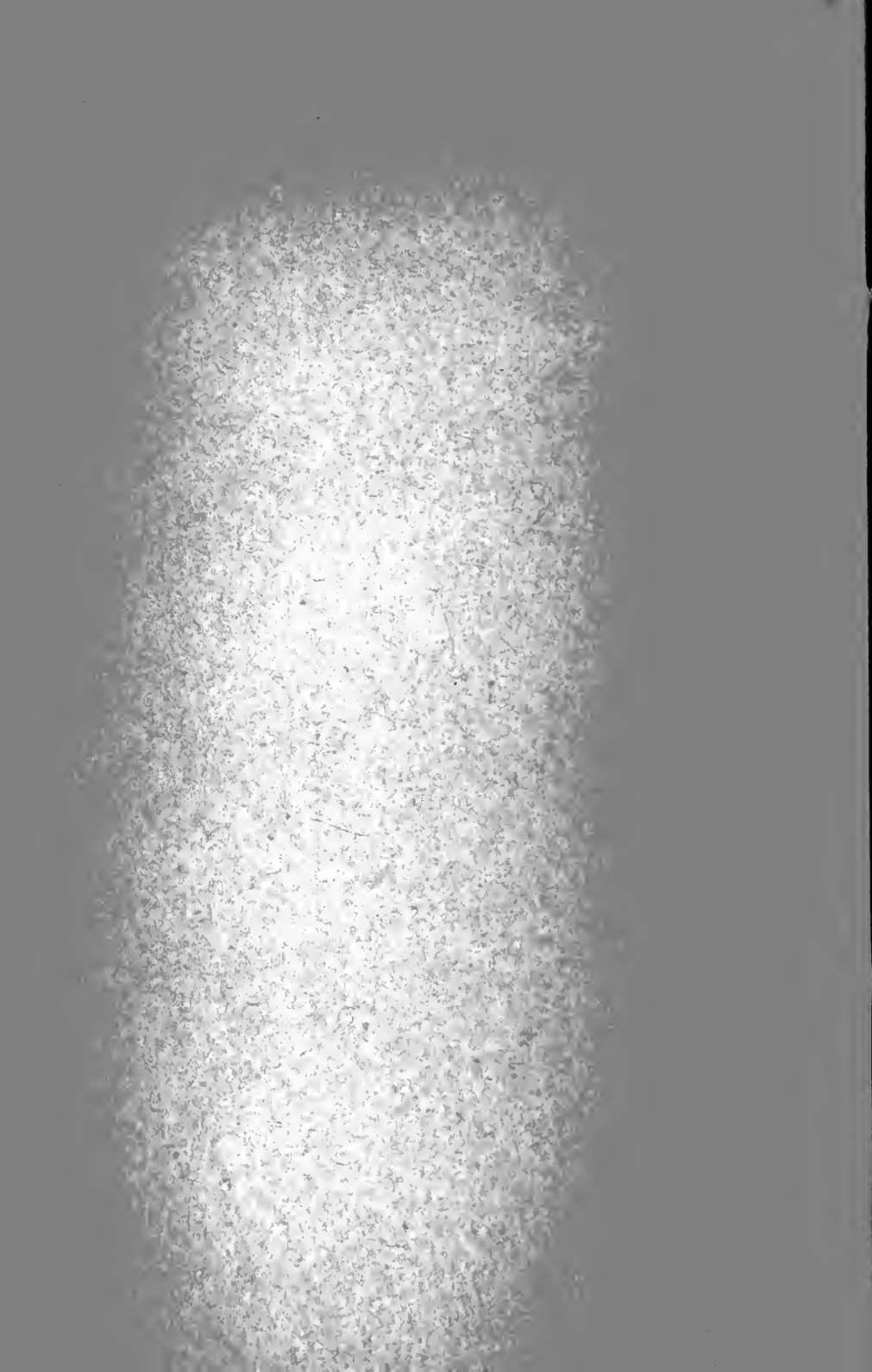




3 1761 08695674 5

BIBLIOTECA
DE LOS
NOVELISTAS



LA HERMANA DE LA CARIDAD

Paris. — Tip. GARNIER HERMANOS, 6, rue des Saints-Pères.

3.
c348h

LA HERMANA

DE

LA CARIDAD

POR

DON EMILIO CASTELAR

NUEVA EDICION

TOMO SEGUNDO

PARIS

LIBRERIA DE GARNIER HERMANOS

CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

1888

MSA



10
11/3/1890
L C

LA HERMANA DE LA CARIDAD

XXX.

La noticia de la sentencia de Eduardo y Margarita y de su triste suerte, se esparció bien pronto por todo Nápoles. Por una de esas reacciones tan frecuentes en el espíritu público, todos lamentaron su desgracia, todos compadecieron á aquellos dos jóvenes próximos á hundirse, con sobra de vida, en los abismos de la eternidad. La pena de muerte concluye siempre por rodear de cierta auréola á sus víctimas. El hombre conoce que desde el punto en que el criminal ha pasado los dinteles de la eternidad, su juicio pertenece á Dios, y parece como que quiere dulcificar la tremenda pena, lavando con torrentes de lágrimas y de compasion la sangre vertida en el cadalso. Y en efecto, la sociedad se olvida del crimen para compadecer al criminal; hasta que, cuando ha caído la fatal cuchilla, cuando la sangre se ha borrado, cuando los restos del in-

feliz han sido depositados en la tierra, la conciencia pública se olvida del criminal y del crimen. Yo lo creo firmemente; un criminal ajusticiado parece una víctima digna de compasion, mientras un criminal, sufriendo su digno castigo, será siempre un remordimiento, que avise á la conciencia pública de lo horrible y triste que es el crimen.

Pues bien, Nápoles se encontraba respecto á los dos jóvenes en esos instantes de general simpatía y compasion. La noticia se esparció como un rayo; la noticia llegó por fin á oídos de Ángela. Ya no habia remedio; era necesario salvarlos á toda costa. Si precisaba ir á ver al conde, iria Ángela á ver al conde. Le asustó por un instante esta decision, pero... ¿qué no haria por Eduardo? Se decidió á conceder al conde todo cuanto le rogara en cambio de la vida de los dos jóvenes víctimas, con tal que fuese justo y honesto. Si era necesario un sacrificio, Ángela no dudaba en sacrificarse, en vivir desgraciada, y morir tambien, si era necesario, por salvar al que fué su amante, y cuya felicidad le preocupaba como en los dias felices de su primer amor. Su deseo por la felicidad de Eduardo, fué siempre el alma de su amor, porque aquel amor nada tenia en Ángela de egoísmo.

Mientras la suerte de Eduardo y Margarita no estaba decidida, Ángela pudo dudar, pudo sentir en dar este paso decisivo. Pero ya publicada su sentencia fatal, le parecía un crimen toda incertidumbre, toda duda. Conocía que ella había sido implacable con el conde, y que el conde tenía derecho á ser con ella implacable. Conocía que ir á demandar la vida de un enemigo á un corazón á quien ella había dado muerte, y muerte moral, era muy triste. Pero en fin, se decidió, con ese arrojo que para los grandes trances de la vida solo conoce la mujer, y que será siempre el ideal misterioso de todas las sublimes pasiones. Ángela se vistió como un día en que el conde habló con ella; coquetería muy propia del carácter siempre artístico de la mujer. Llevaba un traje negro, y una mantilla española. Este traje tan propio de la mujer, realzaba su hermosura; al través del espeso velo que cuidadosamente le ocultaba el rostro, lucían, como dos luceros entre sombras, sus hermosísimos ojos. Ángela ya no lloraba. Sabía que iba á consumir un gran sacrificio, y lo consumaba con resignación heroica.

Era de noche.

Atravesó las calles de Nápolos á pié, con una celeridad increíble.

El conde se encontraba con gran número de amigos que departían con él, especie de turba de cortesanos que rodean siempre el poder, la gloria y la fortuna, y que suelen ser el mas tremendo escollo de la vida. Cuando mas embebidos estaban en su conversacion, entró un criado á decir que á la puerta se encontraba una dama cubierta que queria hablar inmediatamente con el conde. Los amigos celebraron mucho la ocurrencia; el conde les mandó salir, y levantándose salió con natural impaciencia á ver quién era la dama. En efecto, Ángela no se habia levantado el velo cuando entró en el salon. Miró á todas partes con interes y curiosidad, y el conde dijo, despues de haberla saludado profundamente :

— No hay nadie, señora, ¿qué me queréis?

Ángela, levantándose el velo, preguntó :

— ¿ Me conocéis, conde?

El conde dió un gríto de sorpresa y de entusiasmo al ver aquel rostro. Sus ojos chispearon y se encendieron en súbita alegría; un relámpago de vida cruzó por su pálido rostro, y acercándose á Ángela, la cogió una mano, la estrechó contra su corazon, y dijo :

— ¿ Si os conozco, me preguntáis, Ángela, si os co-

nozco? No sé decir, si sois la mujer que yo tengo aquí dentro del pecho, ó si sois Ángela realmente. No puedo creer que seáis vos. Me parece que Dios, condolido de mi desgracia, ha dado cuerpo, y alma, y vida á este tormento que yo tengo aquí dentro del pecho, á esta idea que llena toda mi conciencia, á este amor tan grande, tan intenso, tan profundo; tanto mas grande, tanto mas intenso, tanto mas profundo, cuanto que no tiene ni descubre vislumbre de esperanza.

— Conde, dijo Ángela, no hablemos mas de eso.

— ¿Que no hablemos? Yo no sé hablar de otra cosa. Á mis amigos, á mi familia, al rey, á mi madre, á todo el mundo, le hablo siempre de lo mismo. Si la palabra es la forma de la idea, mi única palabra debe ser vuestro nombre, porque mi única idea es siempre vuestra imagen. Si pudiera abrir el pecho, sacar el corazon y ponerlo ante vuestros ojos, veriais cómo estabais allí, presente siempre en mis sentimientos y en mi vida; pasion que me enloquece, pasion que me atormenta, pasion que es mi angustia; pero pasion que no quiero perder, porque es preferible el tormento al triste olvido.

— Conde, os repetiré lo que muchas veces os he dicho. Yo no puedo, yo no debo amar. Mi conciencia me dice

que sois muy digno de ser amado, pero mi corazon no puede amaros.

— ¡Ah! Esa palabra me taladra el alma. ¿Vos no habéis amado nunca? ¿Vos, tan hermosa, no habéis sentido nunca que tenéis un alma? ¿Vos, que con el canto despertáis una nueva vida en los corazones, y les abris el cielo, vos seréis insensible, como la lira, que produce el sonido sin conciencia? ¿Os habrá dado Dios todas las virtudes, os habrá concedido todos sus dones, os habrá hecho hermosa, os habrá dado una voz celeste, una inspiracion divina, y despues para que no fuerais un ángel en la tierra, os habrá negado el amor?

— ¡Ah, señor conde! No queráis acercaros al abismo del corazon; no pretendáis saber todo lo que pasa aquí dentro del pecho. Las pasiones humanas tienen aspectos tan varios, caen sobre ellas desgracias tan enormes y tan grandes, que pretender medirlas por un rasero, es imposible. Yo no creo que pueda vivir nadie en el mundo sin amar, ó sin haber amado.

— Luego vos habéis amado, luego vos amáis algun sér afortunado. ¡ Oh Ángela! Yo quiero ver, quiero mirar á ese hombre, quiero saber quién ha sido el mortal capaz de levantarse hasta el cielo.

— Conde.,. ¡empeño vano! Os he dicho que no se puede vivir sin amar, ó sin haber amado.

— ¿Habéis amado, y os abandonó, y murió? ¿Habéis amado, y no podéis volver otra vez á amar?

— Nunca, nunca, nunca.

— Desgraciado de mí, exclamó el conde, cubriénd el rostro con las manos.

— Señor conde, otros mas importantes motivos me traen aquí.

— ¡Mas importantes! Nada me importa sin vuestro amor.

— ¿Ni la vida de vuestros semejantes?

— No me importa mi vida...

— Mas... una desgracia ajena, debe importaros, señor conde.

— No sé de qué habláis, Ángela.

— Hablo de un proceso...

— ¿De Eduardo y Margarita?

— Son dos infelices que van á morir, dos almas que se van á apagar en la tierra. En la flor de su vida, cuando se aman tiernamente (Ángela, al decir estas palabras, se ahogaba), señor conde, la muerte de esos infelices, de esos dos desgraciados seres, ¡ay! es horrible. Vos tna

bueno, vos tan magnánimo, vos con tan grandes pasiones, no la debéis, no la podéis consentir. No, no, señor conde, no ; por el cielo.

— Ángela, vos no comprendéis bien lo que me pedís, no lo comprendéis. Sobre esos dos séres ha caído mi sangre, y por consiguiente debe caer el peso, todo el peso de la justicia humana. Arrebatándoles la vida, arrebató á la sociedad, al mundo, á la tierra, dos grandes criminales, que pueden empozoñar la vida á muchos séres, que pueden dejar en la tierra muchos rastros de sangre. Por lo mismo no me pidáis su vida.

— Señor conde, no trato de excusar su crimen; pero tampoco excuso vuestra venganza. No trato de enaltecerlos; pero vos aparecéis rebajado á mis ojos. Triste es ser el blanco de un crimen; pero es mas triste aun ser el generador de una gran venganza. Vos, señor conde, podéis estar mas satisfecho en vuestro amor propio castigándolos; pero Dios estará mas satisfecho de vos, si los perdonáis. Perdonadlos, perdonadlos.

— No puede ser, no puede ser. Han puesto asechanzas horribles á mi existencia; me han perseguido, me han acosado, han ido á meditar un asesinato horrible, horrible; me han herido en el pecho, y serán siempre hoy

como ayer, y mañana como hoy, los eternos enemigos de mi poder.

— Nunca creí que la venganza pudiera cegar de esa suerte á los hombres. Habia creido ver en vuestro corazon mas grandeza; habia creido que erais superior á los que os rodean. Me he engañado, y siento haberme engañado. Vos persistís en vuestros odios, en vuestras venganzas, cuando yo os pido de rodillas, deshecha en lágrimas, la vida, sí, la vida de dos séres, la vida de Margarita y Eduardo.

— ¿Y quién me da á mí la vida? Vos pedís para ellos la vida material, la vida del cuerpo; ¿quién me da, quién puede darme la vida espiritual, la vida del corazon? Ellos espirarán en un cadalso, en un instante, en un instante que pasa como un relámpago, y yo viviré en un potro eternamente, viéndome morir y no muriendo, mirando cómo se evapora y se pierde mi alma, sí, mi alma, para la cual pido vida, luz, aire, amor.

— Nunca he dudado, señor conde, nunca, de que sois desgraciado. He visto vuestras desgracias, y las he compadecido. Mas, permitidme que lo dude que seáis desgraciado, cuando os veo así, de esa suerte, cebaros en el infortunio, en la desgracia. Nadie tiene ménos derecho á

hacer desgraciados, que el desgraciado ; nadie debe producir ménos infortunios, que el infeliz. Creedlo así, y puesto que sois desgraciado, curad la desgracia ajena.

— De suerte que yo soy la concentracion de todos los deberes. Yo debo perdonar, yo debo resignarme, yo debo ser desgraciado, yo debo olvidaros, yo debo reprimir mis pasiones, yo debo no quejarme. Yo, lo debo todo. ¡Oh! Me pesa demasiado la cadena de tantos, y tan graves deberes.

— Y sin embargo, nada hay que exalte al hombre como la ley del deber ; nada hay tan hermoso como tener muchos lazos espirituales que nos ligen, que nos unan á la tierra.

— ¡Ah! Pues casualmente, de eso me quejo yo, Ángela. De que no hay un lazo, de que no existe un lazo que me una á la tierra. Cuando mi pobre madre se muera, ¿qué va á ser de mí? No tendré adónde convertir los ojos mas que á esa inmensa turba de aduladores que rodean ó importunan siempre, siempre, al poderoso. Esa es mi vida. ¿Os parece una vida grata?

— Hablamos demasiado de nosotros mismos, conde, y nos hemos olvidado de esos dos infelices. ¡Eduardo!...

— Callad, callad; dejadme que recapacite. Ya, ya, ya, Eduardo ; entiendo.

— ¿Qué? dijo Ángela, mirando con anhelo, con ansiedad, al conde.

— Entiendo, señora, vuestras súplicas. Vos, vos habéis amado, tal vez amáis á Eduardo, dijo el conde.

Ángela se llevó las manos á la frente horrorizada, y se dejó caer en un sillón, porque le faltaban las fuerzas.

— Recuerdo que Margarita se jactaba de que os habia disputado, y os habia arrancado ese corazon; lo recuerdo.

— Conde, ya sabéis que mi vida es pura como el cielo.

— Sí, Ángela, sí, nadie puede quitarlo. Pero vos habéis amado á ese hombre, decidlo.

— No hay para qué ocultarlo; le he amado, lo confieso; le amé un tiempo, fué mi primer amor. Ya no le amo; pero aquel amor será el último.

— ¡Maldicion, maldicion! exclamó el conde. Un hombre que conoce el cielo y lo desprecia; un hombre, que merece ser amado de vos; un hombre, que ha tenido esa felicidad, esa felicidad que yo anhelo, debe morir, debe ser precipitado en los infiernos. Ni ahora ni nunca habrá compasion para él en mi alma; ni ahora ni nunca; entendlo bien; pensadlo bien; no puede ser.

— ¡Oh! piedad, piedad para él, exclamó Ángela, cayendo desolada á las plantas del conde.

— Pedís piedad con el acento de la pasión, del amor. Le amáis, ¿y queréis que yo perdone á un hombre que vos amáis, que vos habéis amado? Nunca, nunca; debe morir. Pero va á morir en este mismo instante. Antes que salgáis de este gabinete sabréis la noticia de su muerte.

— ¡Oh! no, no. Yo no lo creo, yo no lo puedo creer. No sois una fiera.

— Es verdad; no lo soy. No he visto gemir á ningún corazón sin compadecerlo; no he visto oscurecerse ningún alma sin amarla; no he visto llorar nunca sin apresurarme á consolar al que lloraba.

Y el conde sollozaba triste y amarguísimamente.

— Bien, bien, conde, dijo Ángela, levantándose. Demostrad ahora eso, seguid los instintos de vuestro corazón.

— Ahora no.

— ¿Por qué?

— Porque la virtud tiene también su línea; tiene también su límite. Yo no lo puedo pasar, yo no lo debo pasar, yo no lo pasaré. Yo no perdono, ni ahora, ni nunca, al hombre que vos habéis amado. No lo perdono, tenedlo entendido. No le mata su crimen ni la sociedad secreta; no le mata nada de eso, no; le mata vuestro amor. Vos sois, Ángela, vos, su verdugo.

Ángela, al oír estas palabras, creyó volverse loca. Daba vueltas por la sala como herida de un vértigo, como si le faltase tierra donde fijar las plantas. Su pecho lanzaba gemidos agudísimos. Su corazón latía con tal fuerza, que amenazaba salirsele del pecho. Todo su cuerpo temblaba como si una gran corriente eléctrica lo sacudiera. Era su padecimiento inexplicable, horrible, espantoso, tremendo.

El conde la seguía con la vista. Sus muestras de dolor, lejos de compadecerle, herían mas profundamente su alma. Apoyada una mano en un sillón, puesta la otra sobre su herida, que se resentía, mirando con ojos encendidos por la pasión á la joven, y riéndose con una risa epiléptica, el conde parecía también demente. Eran aquellas dos almas ¡ay! dos almas encendidas por grandes pasiones; eran dos almas agitadas por terribles tempestades.

— Por mí, decía Ángela, como fuera de sí, por mí morir. Yo, que pretendía salvarle, yo le he asesinado. ¡Oh! ¡Oh! Santo cielo, santo cielo. No lo consintáis, Dios mío, no lo consintáis. Va á morir, y á morir tan joven. ¡Qué desgraciado! Y yo, yo le mato, yo soy su verdugo. ¡Ay! Me ahogo, me muero. Sí, yo no sobreviviré á este golpe. El remordimiento, el remordimiento helará la sangre en mis venas, y se apagará mi vida.

— Mirad cómo le ama, decia el conde ¡Oh! Yo por un recuerdo así, por excitar un pensamiento como ese, por verla por mi causa fuera de sí, por hacerla derramar una lágrima, me encerraria en el calabozo de Eduardo, y ese calabozo sería á mis ojos un palacio; recibiria la cuchilla del verdugo, y esa cuchilla me pareceria tan grata como un beso de amorosos labios.

— ¡Oh! ¿Y podréis decretar su muerte con esa frialdad? decia Ángela.

— Su muerte está decretada por vos.

— No, no. Yo no me voy de aquí hasta conseguir su perdon.

— Entónces, dijo el conde sonriéndose y calmándose un poco, no le decretaré, para que estéis aquí siempre.

— Parece imposible que aun juguéis con la muerte, y que en este instante supremo os acordéis de esas muestras de estudiada galantería.

— ¡Galantería decís, galantería!

— Sí,

— Palabra bien frívola es para expresar una pasión en que se abrasa mi alma; una pasión que me trastorna el pensamiento; una pasión que ha sido mi gran infortunio.

¡Oh, Ángela! Solo desearia que por un instante sufrierais mi suerte.

— ¿Creéis que no la comprendo? Yo he amado como vos, y como vos he amado sin ser amada.

— ¡Infeliz! ¿Y no me compadecéis?

— Os compadezco.

— ¿Y no me amáis?

— No puedo amaros.

— Y sin embargo, amáis á ese hombre...

— Ese hombre está unido á otra mujer. Ese hombre es el esposo de Margarita. Por consiguiente, entre ese hombre y yo hay un abismo, un abismo eterno, que no se puede salvar. No me preguntéis, conde, lo que yo no puedo, lo que yo no quiero deciros, lo que vos sabéis, si me estimáis en mi verdadero valor.

— Ángela, de mí no podréis conseguir nunca el perdón de Eduardo.

— ¿Nunca?

— Nunca.

— ¡Infeliz!

— Morirá, sí, morirá, y yo me gozaré en verle morir, ya que os ha inspirado esa frenética pasión.

— ¡Santo cielo! ¡Dios santo!

— Morirá, porque no debe estar conmigo en la tierra un hombre que ha alcanzado una felicidad por mí ideada, como la felicidad suprema.

— ¡Oh! Yo le mato, yo... decia Ángela.

— Morirá, para que ese recuerdo vivo de vuestro amor muera, y pueda nacer en vuestro pecho otro amor.

— ¡Oh! Eso es horrible.

— Sí, morirá.

— Señor conde, exclamó Ángela como inspirada, habia creido en la grandeza de vuestra pasion; habia creido que ese amor que me pintabais podia acrisolar vuestras acciones é inspiraros grandes sentimientos; habia creido que sería en vuestra alma una voz del cielo, un presentimiento de otra vida mejor; habia creido que en las sombras de vuestra inteligencia, ese amor sería como una estrella, como un aura dulce y suave, bastante á calmar todas vuestras alteradas pasiones; lo habia creido y me he engañado.

— ¿Cómo, qué decís?

— Digo que es una pasion vulgar, que es el delirio del sentido, que es un fuego voraz en que arden y se arrastran bajos, muy bajos sentimientos; el odio, la venganza; que es, en una palabra, una pasion despreciable.

— ¡Ángela ! Me estáis atenaceando el corazón.

— ¡ Queréis que os vea encendido por el odio, gozándoos en la desgracia de séres infelices, y que os estime ! No puede ser, conde.

— Luego vos exigís que aquí en la tierra nuestra naturaleza humana se transfigure; exigís que sea el alma una luz del cielo.

— Eso, eso exijo. La vida es un instante transitorio, y debemos aperebirnos, prepararnos para la eternidad. Y si esto no fuera así, hermostear nuestra vida es un deber, y un deber inquebrantable y sublime.

— ¡ Perdonad, perdonad !

Ángela comprendió que el camino que habia escogido de la súplica, de la amenaza, era embarazoso y difícil, y si bien con harta repugnancia se decidió á escoger, aunque fuera mintiendo sentimientos no probados, el camino de dar alguna esperanza al conde. Este meditaba silencioso, Ángela se acercó á un piano que habia abierto, se sentó, y comenzó á cantar á média voz el aria de la *Sondambula*.

— ¡ Qué recuerdo ! dijo el conde. Me volvéis la vida, respiro mejor, circula por mis venas con mayor libertad la sangre. ¡ Qué dulce recuerdo !

— Sí, recuerdo feliz que prueba que en el mundo lo

último que debe, que puede perderse, lo último es la esperanza.

— ¿Qué decís? exclamó el conde, acercándose adonde estaba Ángela. Repetidlo, repetidlo.

— Os decia que en el mundo, miéntras la vida lata en el corazon, no debe nunca, nunca, perderse la dulce, la celestial, la consoladora esperanza.

— Y yo, yo miserable reptil escondido en el polvo, en el lodo, yo puedo transformarme por el amor en un sér digno de habitar el cielo.

Ángela, haciendo un esfuerz o sobre sí misma, exclamó :

— Podéis, podéis hacerlo, podéis, señor conde.

— ¡Oh! ¿Qué he oido? Una esperanza en esta negra noche, un aura tranquila en este mar alborotado, una esperanza. Me volvéis la vida, me dais el alma, el sér.

— Todo se puede alcanzar de un corazon, todo.

— Sí, sí, yo no debo desesperarme.

— Pero hay dos clases de amores, conde, el amor liviano y transitorio del sentido; amor que pasa como un relámpago, y el amor puro, divino del espíritu, amor que siempre queda en el corazon, como la luz del sol en el mundo.

— Con ese amor he soñado yo.

— Pues bien, conde, ese amor, mas alto que todas las cosas terrenales, ese amor tan puro, tan inmortal como nuestra misma alma; ese amor solo puede inspirarlo un corazon donde puedan caber las grandes pasiones.

— Sí, sí.

— Porque el amor del alma no muere, como la hermosura de las formas, que se acaba, como el placer que pasa, como la riqueza, como el poder, como la gloria, como todo eso que tanto halaga á la mayoría de las gentes; el amor del alma es mucho mas duradero que el tiempo, y que todos los seres que mueren; mira con preferencia el interior, la satisfaccion del espíritu, la tranquilidad del corazon, la vida pura y transparente que refleja el cielo, y sobre todo, esas grandes pasiones, puras pasiones, que son como el Thabor, donde se transfigura y engrandece nuestra existencia.

— Es verdad, es cierto.

— Mas la grandeza del alma no puede conocerse, conde, por ese estado solitario y triste en que se aísla el alma en sí misma, y desprecia el mundo. La grandeza del alma se conoce por grandes hechos, por grandes lecciones de moralidad, por grandes y sobrehumanos sacrificios; porque al fin seguir la corriente de los hechos vulgares, de los

pensamientos vulgares, de las ideas, de las acciones vulgares; seguir esa corriente es muy fácil. Lo difícil es levantarse al cielo, cincelar el espíritu con la virtud, y esa dificultad podéis vos superarla y vencerla.

— ¿Y cómo? Decidme cómo; estoy dispuesto á todo.

— Oídme: ¿cómo queréis que se vea el alma?

— El alma solo se puede ver en sus acciones.

— Es verdad, eso es. Luego si el alma solo se ve en sus acciones, ¿cómo queréis amor para vuestra alma, si la presentáis á mis ojos negra, vengativa, manchada de sangre?

— ¡ Oh ! Ángela, Ángela, me abris los ojos á la luz del cielo.

— Si cuando yo trate de mirar esa alma, veo al par de ella dos cadáveres sacrificados á una de sus mas bajas pasiones, ¿cómo queréis, conde, que yo le ame?

— Es verdad, es verdad.

— Levantaos, pues, sobre vos mismo, perdonad.

— ¿ Mas no puedo entrever ninguna esperanza ?

— Sí, sí.

— ¡ Oh ! ¿ Qué esperanza ?

— Mi amistad.

— No la quiero; la rechazo. Prefiero vuestro odio, y

como prefiero vuestro odio, voy á mandarlos ahora mismo, sí, ahora mismo á la muerte; ahora mismo, señora, sí, para que me aborrezcáis, Ángela, para que me aborrezcáis, porque yo necesito inspiraros una pasión tan violenta como la que me habéis inspirado á mí.

Y el conde se dirigió á una mesa, sentóse, y se puso á escribir una orden.

— Conde, conde, dijo Ángela, cayendo de rodillas á su lado.

— Ya os oigo.

— Conde, oidme, oidme un instante.

— Yo no perdono á mi rival.

— Conde, dijo Ángela levantándose. Parece imposible que os cieguen vuestras bastardas pasiones, hasta el punto de insultar á una mujer. De Eduardo me separa un abismo, que no me separa de vos, dijo Ángela, dulcificando con arte estas últimas palabras.

— ¿Qué decís? dijo el conde, soltando la pluma y levantándose.

— Digo que de Eduardo me separa un abismo que no me puede separar de vos. Entre Eduardo y yo hay un abismo, sí, un abismo hondísimo é insuperable, pero no así entre nosotros dos.

— ¡ Oh ! Me enseñáis el cielo para precipitarme en el infierno.

— El amor no puede nacer de súbito.

— Sí, sí, de pronto nació en mi alma.

— Es verdad ; puede inspirarlo una pasión generosa.

— ¿ Nacida del fondo del alma ?

— Puede inspirarlo un rasgo heroico.

— ¿ Hijo de la voluntad ?

— Un gran sacrificio.

— ¿ Superior á nuestra naturaleza ?

— Eso es, conde, eso es ; la naturaleza que se vence, se salva.

— Pues salvémonos.

— Sí. Os salváis á los ojos de Dios.

— ¿ Solo á los ojos de Dios ?

— Y á los míos tambien.

— ¿ Puedo llegar á inspiraros una pasión ?

— Que será mas grande, segun sea vuestro heroismo.

— ¿ Una pasión decís ? Ángela, repetidlo.

— Sí. Yo que creia imposible para mí el amor, veo que puede inspirármelo un alma tan grande como la vuestra, un alma que olvida sus heridas, un alma que se sobre-
pone á su sed de venganza, un alma que se purifica y trans-

figura, y que purifica y transfigura la mia; un alma, en fin, que olvida y perdona á sus enemigos.

— El alma que perdona, ama.

— Vos lo habéis dicho.

— Pero el alma que ama ¿no es digna de ser amada?

— ¿Y lo podéis dudar?

— Luego yo...

— Sois digno de mi amor, dijo Ángela cubriéndose el rostro con ambas manos.

— ¿Y lo obtendré, lo obtendré algun dia?

— Conde, os voy á abrir mi corazon. Yo no puedo ser ya sino de Dios, del cielo, ó de vos en la tierra; yo os pido en cambio de esta confesion de mi alma, os pido que perdonéis.

— ¡Oh! Aun puede ser mia, aun. Cielo santo, ¿qué he oido?

— Aun; porque el hombre por su misericordia se aproxima á Dios, y el hombre que se aproxima á Dios, pueda obrar muchos, muchísimos milagros.

— ¿Hasta el milagro de inspiraros amor?

— Hasta ese milagro.

— ¡Oh! Verse amado por vos, es verse en el cielo, es

adivinar otra vida; y por tan gran premio bien puede hacerse un gran sacrificio.

— ¡ Un sacrificio perdonar! Mejor dijerais que el verdadero sacrificio estaba en castigarlos. Os quiero mas digno de vos.

— ¡ Oh ! Yo nada puedo negaros; mi voluntad os sigue.

— Perdonadlos.

— ¿ Pero me prometéis amor, amor?

— Sí, amor intenso, amor eterno; pero perdonadlos.

— ¡ Oh! ¿ Qué he oido, qué he oido? Sí, sí; perdon, perdon, le perdono; esa palabra solo, haber oido esa palabra, es un gozo tal, que bien merece ser celebrado con el perdón de un criminal.

Y el conde se dirigió á la mesa, y sin sentarse escribió una orden.

Angela, dirigiéndose á un Crucifijo que habia en la pared colgado, y plegando las manos, murmuró entre dientes con gran emocion estas palabras:

— Señor; yo solamente puedo ser tuya en la tierra, solamente tuya. Señor.

El conde concluyó de escribir la orden, y dirigiéndose á Ángela, dijo :

— Tomad, corred. Es la salvacion de Eduardo. Corred; le quedan pocos momentos de vida.

— ¿Y la de Margarita?

— Esa víctima no me la robéis.

— Entónces, tomad; no quiero el perdon de Eduardo. Los dos deben salvarse ó deben morir los dos.

— Tomad, tomad la salvacion de Margarita; tomad, mujer ideal, mujer sublime, tomad la salvacion y el perdon tambien de Margarita.

— El cielo os premiará, dijo Ángela saliendo.

— El cielo solo puede premiarme, concediéndome vuestro divino amor.

XXXI.

La última hora se acercaba para los dos infelices reos. Eduardo, en el fondo de su calabozo, se habia reconciliado con Dios, y se habia apercibido para morir. La última hora era inevitable, fatal, y estaba ya designada. Á las doce de la noche debia morir ; pero sin ruido, sin estrépito, en el silencio de aquel torreón. Por mas que Eduardo habia pedido ver á Margarita, no le habian otorgado este último consuelo ; por mas que habia en varias ocasiones, con repetidísimas instancias, demandado hablar, ver algunos amigos, todo, todo le habia sido negado. Este naturalmente habia sublevado su ánimo en la hora fatal en que su ánimo necesitaba mas recogimiento.

Por mera fórmula, á las doce de la noche anterior, le habian comunicado que debia morir á las doce de la noche siguiente, y le habian concedido los auxilios espirituales necesarios para este tan tremendo y amargo trance. Desde este punto quedó Eduardo solo para meditar en la

eternidad, y en el paso horrible y negro de la vida á la muerte. Preguntó qué habia sido de Margarita, y le contestaron que debia correr la misma triste suerte y sufrir la misma horrible sentencia.

Eduardo se enterneció y lloró mucho. Lloró la desgracia de la mujer á quien se habia unido, á quien habia amado. Despues, desde el dintel de la eternidad, convirtió los ojos á toda su vida pasada, absolutamente á toda. Cruzaron como á traves de un negro vidrio los dias de su niñez, los salones del castillo de sus padres, la amorosa sonrisa de su madre, el recuerdo tranquilo y feliz de su perdida inocencia, de ese estado del espíritu, que es el verdadero cielo, el verdadero paraíso en la tierra.

Pasaron las risueñas campiñas de Nápoles, su cielo siempre alegre, sus horizontes inundados de luz, sus recuerdos clásicos, la tumba de Virgilio, el laurel de Petrarca, las ruinas de Pompeya, el Vesubio, las azules y hermosas grutas de aquel mar azul y hermoso que, á traves de sus diáfanas ondas, parece mostrar aun el blanco seno de las ninfas y nereidas coronadas de algas y de perlas.

Pero en este instante su recuerdo se detuvo en un punto, en las orillas del mar, en la campiña feracísima y her

mosa, donde habia conocido á la hermosa Ángela. Allí se le apareció el campo sembrado de flores, la fuente, que corria abundosa por la pradera, los melancólicos sauces, mecidos blandamente por las brisas del mar, y Ángela, Ángela, mirando el horizonte para descubrir la barca en que iba su amado.

Al llegar á este instante de su vida, comprendió Eduardo que habia llegado á la estrella de oro que le señalaba el rumbo de su existencia; comprendió que habia llegado á la edad feliz de su alma; comprendió que habia llegado á la hora de su existencia, que debia haber durado para su felicidad eternidades. ¿Quién me la arrebató? Yo, yo, exclamaba. Y caia en un dolor tan profundo é intenso, que le desgarraba el alma y le partia el corazon.

Ángela le hubiera enseñado el camino del cielo. La vida á su lado, hubiera sido como un sueño feliz, como un hermoso instante, que pasa entre recuerdos dulcísimos y dulcísimas esperanzas. Pero él, con aleve mano, habia destruido, habia borrado aquella fuente de su dicha, fuente de que podia haber corrido su vida como un claro arroyo, que retrata en su linfa todos los matices del cielo.

Eduardo despues volvió los ojos á los bailes, á los salones, á la vida de la corte. Desde este momento su alma,

su vida, revueltas con el cieno del mundo, se perdieron para siempre, para no volver á recobrar aquella inocencia de la niñez, aquella prístina pureza de la juventud, que se consagra á un amor espiritual y santo, á un amor celeste, á un amor eterno, que lleva en sí el sello de la bondad y de la verdad divina.

Después de haber corrido todo este penoso camino, el instante de su muerte se apareció á sus ojos. Había deramado sangre. Solo á través de un velo de sangre podía vislumbrar la eternidad. Así es que se acongojó y padeció muchísimo, y fueron estos instantes de su vida el verdadero castigo de sus faltas, la verdadera redención de su enristecido, amargado y turbadísimo espíritu, presa de negros colores.

Su juventud, las fuerzas que aun le quedaban, la vida que habia en su seno, las esperanzas, su misma imaginación ardorosa, su deseo de vivir, ese deseo tan natural en todos los seres; el horror que, aun á las mas valerosas almas, causa la muerte, tan terrible y tan temida, todo esto llevaba al infeliz Eduardo á un mar de negros pensamientos, en que se perdía y se anegaba su espíritu.

Morir en la flor de su juventud, morir cuando todo son-

rie, cuando están las pasiones en su apogeo, cuando en el espacio que separa la cuna del sepulcro se ven brotar tantas flores; morir en esta edad dichosísima, y morir bajo el hacha de un verdugo, apagada violentamente la existencia, es una de las desgracias mas grandes, mas tristes, mas crueles que puede imaginar el espíritu.

Eduardo contaba por instantes su vida; cada vez que se inclinaba hácia el abismo de la eternidad para sondear sus inmensas profundidades, le sobrecogia un vértigo. Parecíale que veia á Dios inclinado sobre el abismo, señalándole el eterno castigo, y su alma cayendo como una gota de plomo derretido en la eternidad, para formar y componer aquel mar inmenso de dolores, de penas y de angustias eternas.

No sentia esa inspiracion á lo eterno, á lo infinito, ese amor á Dios, que es el gran descanso y la gran felicidad del alma próxima á salir de la tierra.

Sentia, por el contrario, un temor indecible, una incertidumbre inmensa, una angustia, la angustia del que ignora, ó cuando ménos vacila, en el conocimiento de su destino. ¡Feliz aquel que al volver los ojos á la eternidad, al abismarse en sus profundidades, sabe y conoce cuál ha de ser el centro verdadero de su alma! Conforme se

acercaba su última hora, crecía la angustia, el dolor de Eduardo.

Cada hora que pasaba se llevaba consigo una lágrima, un suspiro, un dolor; pero la intensidad del dolor no.

Á pesar de ser un desvarío, no osaba desesperar de su destino ni de su suerte. Parecíale que en algunos momentos la Providencia había de extender su poderosísima y protectora mano sobre la frente de aquel hijo desgraciado, de aquel hijo que recurría á su amparo en los últimos instantes de su vida. Mas el tiempo trascurría, y conforme trascurría, un sudor frío, una extrema languidez desmayaba al desgraciado Eduardo.

Por fin, sonaron las once de la noche. Ya no había remedio; iba á morir. Eduardo se paseaba como un loco por su cárcel; sus ojos, inyectados en sangre, le saltaban de sus órbitas; una respiración fatigosísima, como el ronquido de un moribundo, le partía en mil pedazos el pecho; todo era angustia y dolor en aquella hora triste de su larga, de su triste, de su zozobrosa agonía. Volvía los ojos por todas partes, y no descubría, no vislumbraba ni un rayo, ni un reflejo de esperanza.

Dieron las once y media. Eduardo hincó la rodilla en tierra, y comenzó á orar. Dios y solo Dios era y podía

ser su refugio, su amparo, su esperanza. Habia pasado ya tanto, que ni fuerzas tenia para sentir mas, ni pensamiento para imaginar, levantado y en aquella línea imperceptible que lo separaba de la eternidad, para imaginar cuál habia de ser su porvenir y suerte, cuál la transformacion inevitable de su vida. Yo no muero, decia Eduardo, yo siento que no muero. Mi vida se va á exaltar, no se va á destruir. Va á salir, á desbordarse de este vaso que la contiene. Recíbela tú, Señor.

En este instante se abrió la puerta de la prision.

Dos hombres vestidos de negro traian un gran tajo. Otro, que era el verdugo, una gran cuchilla. Detras venia un sacerdote. Eduardo extendió sus brazos al sacerdote, que lo estrechó contra su corazon. Se reconcilió con Dios en un lado del calabozo. Sus piernas flaqueaban; pero sus ojos parecian penetrar en el denso velo de la eternidad, y descubrir los arreboles de la gloria. En esto se oyó un ruido sordo. Era el ruido del reloj que señalaba la última, la postrera hora de Eduardo. El tiempo, el tiempo iba á pronunciar la sentencia de muerte. El ruido de aquel reloj hizo temblar á Eduardo. Le parecia las puertas de la eternidad que giraban sobre sus goznes. La hora fatal hirió los vientos. Eduardo cayó de rodillas, y cerró los ojos.

Cada una de aquellas terribles campanadas le parecían un martillazo dado en su cerebro. Una antorcha lució en el calabozo, extendiendo lívidos resplandores. El jóven entreabrió los ojos. Dos de los esbirros le cortaron el cabello. El frio de las tijeras le hacia temblar. Otro levantaba la losa que cubria el sumidero para que corriera la sangre. El verdugo manejaba el hacha fatal que iba á cortar su cabeza. Aquel hacha, herida por la antorcha, destellaba reflejos horribles y siniestros. El sacerdote murmuraba las oraciones de los agonizantes, y su palabra era el consuelo que sobre aquel mar de dolores flotaba. Por fin, se acercó de rodillas al tajo. Le ataron las manos, y cuando habia dejado caer la cabeza sobre el tajo, esperando el golpe, se sintió un grito horrible; una mujer penetró en el calabozo, y dijo con una expresion sublime de horror: « El perdon, el perdon. » El sacerdote abrazó al reo con efusion. El verdugo dejó el hacha, y Eduardo cayó sin sentido en el seno del sacerdote, mientras Ángela de rodillas daba gracias al cielo por haber llegado en aquel supremo instante.

XXXII.

Momentos despues, y cuando Eduardo hubo recobrado los sentidos, saliéronse del calabozo el sacerdote y los esbirros, y los dos jóvenes se quedaron solos. El sacerdote iba á dar á Margarita, que debia ser ajusticiada dos horas despues, la feliz nueva de su salvacion. Ángela, así que vió que se habia quedado sola con Eduardo, se dirigió á la puerta para dejarle solo; pero Eduardo, interponiéndose y cortándole el paso, exclamó :

— ¡ Ah ! Ángela, Ángela ; una palabra.

— ¿ Qué me queréis ?

— Ángela, perdon, perdon.

— No os entiendo.

— Ángela, me habéis devuelto la vida, cuando yo os habia dado la muerte, Ángela.

— He hecho por vos lo que era de mi deber.

— Nada me debiais, sino el olvido.

— Os debia la proteccion y el consuelo que debemos á todos nuestros semejantes.

— ¿Y no ha habido otro móvil en ese corazón?

— No puedo decirte nada de lo que siento.

— ¡Oh! Ni un recuerdo de aquellos días.

— He venido á salvaros; lo he cumplido, y me voy.

— Ángela, por piedad, detente, escucha un instante, un instante no mas á Eduardo.

— ¡Caballero! ¿Quién os ha autorizado para usar conmigo ese lenguaje?

— El recuerdo de aquellos días de bendición en que tu alma y mi alma se penetraban y se confundían, y se perdían como el aroma de dos flores.

— Parece imposible, Eduardo, que aun te goces en mi bárbaro martirio; parece imposible que aun recuerdes tú esos días. Demasiado presentes se hallan en mi memoria. Yo miraba al mar, y no venías; aplicaba el oído á las brisas, y no oía tu canto; y todo era en mí dolor y angustia. Llegué á creer que te habia tragado el mar. Á veces les preguntaba, en mi desvarío, noticias de ti á las ondas. Creí que te habian tragado. ¡Ah! No podía yo nunca imaginarme que existiera un mar mas hondo, el triste mar del olvido.

— Es verdad, Ángela, falté á todos mis juramentos.

— El amor que me habias jurado, se extinguió en tu alma. Mi imagen se borró de tu memoria. Mientras lloraba yo, tú reias; mientras yo corria en pos de tus brazos por las calles de Nápoles, afligida y llorosa, tú, tú en brazos del placer, olvidabas á esta infeliz, á quien hiciste eternamente desgraciada.

— Yo, yo, Ángela, yo te he amado siempre.

— ¡ Oh! ¡ Qué desvarío, qué desvarío! Vos, dijo Ángela, vos pertenecéis á otra mujer. Esos recuerdos han sido el delirio de un instante. No, no, yo no recuerdo nada, absolutamente nada. Todo ha huido de mi mente y todo se ha borrado de mi corazon. La infancia, el recuerdo, la excitacion en que estaba, las emociones, todo eso me ha trastornado un instante. Yo no recuerdo ya nada; me sois indiferente; os he olvidado, aunque nunca, nunca pueda aborreceros.

— Yo reconozco, yo confieso mi crimen; crimen horrible, crimen negro, que me persigue y me acosa, y es el gran tormento de mi vida. Si yo he buscado el placer, lo he buscado por huir del recuerdo de mi crimen; si yo he cometido un crimen, lo he cometido por ahogar ese recuerdo en sangre. Y ahora mismo, á la hora de morir, pasaba ante mis ojos como una sombra, y era lo único, lo

puedo jurar, lo único que yo veía y ennegrecía y atormentaba los últimos instantes de mi vida.

— Siento que seáis tan desgraciado, y con mi propia sangre lavaría esa desgracia.

— ¡ Oh Ángela ! Pensar que el ángel de mi inocencia padecía por mí, pensar que lloraba...

— Eso, Eduardo, eso no lo habéis pensado nunca.

— Cuán severamente me tratáis.

— No tanto, en verdad, como debiera.

— Me dais la vida, y me robáis la calma.

— Eduardo, me voy ; mas antes, oidme.

— Hablad, hablad.

— Sed virtuoso.

— ¡ Ah ! No puedo serlo, Ángela, porque el genio del bien no está á mi lado.

— Callad, Eduardo. Tenéis una esposa y es preciso que la améis. Mas para amarla, no olvidéis que sois hombre, que no debéis dejaros arrastrar por sus pasiones. Yo, que no debía volver á veros, que os he dado pruebas de que no me sois indiferente, os ruego rendidamente que busquéis el recto camino de la vida, y no esas tortuosísimas sendas, que solo conducen á un abismo. Á Dios.

— Ángela, Ángela, por piedad, un instante, deteneos.

— No puede ser. Estos instantes son fatales, traen recuerdos muy tristes á mi memoria.

— ¿Os acordáis aun de aquella tarde en que yo me ahogaba?

— Sí, sí, dijo Ángela, olvidada de todo lo presente. Y tu esquiife se perdía, y te gritaban que te volvieras á Nápoles, y tú no querías... Y cuando te viste perdido, abandonaste tu barquichuelo, que se estrelló y se perdió, y á nado arribaste á la orilla y traías en una mano un ramo de violetas que habías cogido para mí, y las salvaste y me las diste, como si hubieras venido tranquilamente. Y llevamos aquellas violetas, salvadas por tu arrojo, después de haberlas regado con nuestras lágrimas, al pequeño altar de aquella Virgen milagrosa que invocan todos los marineros de la comarca. Y... ¿pero qué digo, qué digo? ¡Ah! Me había olvidado; caballero, caballero, yo he olvidado todo eso; no, no me creáis.

— No, no te arrepientas, Ángela, de dar rienda suelta á tu corazón. Yo te amo, te amo aun. No importa que un negro vapor se haya levantado de los abismos para encubrirme la verdad de lo que pasaba en mi pecho; no importa que el perfume de los placeres materiales me haya embriagado hasta el punto de borrar de mí tu imagen, no;

Dios, Dios, al verme indigno de ti, me separó de ti; pero ahora que me he acercado al abismo de la eternidad, ahora que con un pié puesto en el dintel de la tumba he podido ver, mirar, examinar mi alma, ahora te digo que he conocido que tu amor fué siempre el aroma de esta vida, amor empañado solo por mi corrosivo aliento.

— ¡Eduardo! calla, calla; estamos ofendiendo á Dios. Cada una de esas palabras es una acusacion tremenda contra nosotros mismos. Dios, que nos oye, debe maldecirnos. Si me amas, si es verdad que me amas, si es cierto que has conocido cuán grande fué tu error al abandonarme, ocúltalo en lo mas profundo de tu corazon, y guárdate esa idea en lo mas hondo de tu conciencia. Entre nosotros dos hay un abismo mas hondo que la misma eternidad.

— ¡Un abismo! ¿Quién puede impedir nuestra ventura?

— Tu esposa; Margarita.

— ¡Santo cielo! Me habia olvidado de ella. ¡Justo cielo!

— Ya lo sabes, Eduardo. Nada hay en el mundo que pueda unirnos, nada. La muerte misma nos separa. Tú debes dormir el sueño de la muerte en el mismo sepulcro que tu esposa; debes vivir la vida de la eternidad á su lado.

— Es verdad, es verdad.

— De mí no te acuerdes, no te acuerdes. Encierra mi nombre, mi imagen, mi recuerdo, en lo mas profundo de tu memoria.

— ¡Santo cielo! ¿Y no podemos ya amarnos?

— No. Esta misma conversacion, nacida de lo extraordinario de las circunstancias, es una ofensa al cielo.

— ¡Ofender al cielo por amarte! ¡Ofender al cielo por decirte todo cuanto pasa en mi corazon! ¡Ofender al cielo con este amor tan puro como el alma de un niño, por este fuego, en que se acrisola y se purifica mi alma! ¿Se puede ofender así al cielo?

— Sí, porque todos estos sentimientos, todas estas ideas, debes guardarlas para tu mujer, para Margarita.

— ¡Oh! Siempre martirizándome con ese recuerdo. Déjame un instante la gloria del olvido, déjame volver con el corazon inundado de alegría y el pecho rebosando felicidad á los tiempos tranquilos, en que el campo, lleno de flores y mariposas, no estaba tan hermoso ni tan tranquilo como mi corazon, lleno de las ilusiones de tu amor. Déjame que me pierda en aquellos recuerdos, que me desvanezca en aquel mar de inefables delicias, que me

embriague con este tu aliento, que derrama una fragancia deliciosa en los aires.

— ¡ Ah, Eduardo ! Tambien mi alma vuelve siempre hácia aquellos tiempos los ojos. Todo cuanto en mi arte ha habido de grande, de inspirado, todo ha salido del seno de aquellos tiempos tranquilos y dichosos. El recuerdo de las ilusiones que entónces agitaban con sus alas mis sienes, la vista de aquel mar tan risueño como mi conciencia, todo cuanto pasó entónces á nuestros ojos, todo guardaba tesoros de inspiracion. Mas ¡ cuánto he padecido ! No puedo decírtelo.

— ¡ Has padecido !

— Mis ojos se secaron de llorar; mi memoria, siempre fija en un punto, fué siempre para ti, siempre para ti. Fué el santuario de tu nombre. Mas ¡ ay ! me atormentaba mucho recordarte y no verte. Mi corazon no podia abrirse á ningun sentimiento. Tú eras todo su amor. Mas ¡ ay ! sentia mucho, y cuanto mas sentia, mas me atormentaba el sentimiento. Creí volverme loca; daba mi voz al viento á todas horas llamándote; palideció mi rostro, y se nublaron mis ojos. Creí volverme loca.

— Maldicion sobre mí que he podido saber lo que era amor, y lo he despreciado ; maldicion sobre mí.

— Pero qué, ¿te he dicho que te amaba? No lo creas, no lo creas. No te amo, no te amo. Me olvidé al instante de ti; supe que amabas á otra mujer, y te olvidé. Porque al fin, ¡oh! al fin, al fin... No sé lo que digo. Á Dios, Eduardo, á Dios para siempre. Salvarte me cuesta un sacrificio, pero lo haré.

— Sacrificarte por mí, que te he sacrificado también á mis caprichos.

— He prometido solemnemente al conde Asthur mi corazón en cambio de tu vida.

— ¿Qué oigo, Ángela, qué me has dicho

— El cielo ha oído mi juramento.

— ¿Tu juramento?

— Sí. Solo á este precio he podido salvarte.

— ¡Oh! Y creía que me salvaba.

— No, ¿no te he salvado?

— De la muerte, sí; pero no de un tormento mas terrible que la muerte.

— ¿De qué tormento?

— De los celos.

— ¡Eduardo!

— ¡Tú en brazos de otro hombre, y de otro hombre mi enemigo! Ángela, Ángela. Valiera mas que hubieras

consentido que el verdugo hubiera cortado mi cabeza; valiera mas que me hubieses pateado mil veces las entrañas, y hubieras reducido á polvo mi corazon, que no, Ángela, venir á salvarme, rindiéndote á mi enemigo, entregándole esa alma, que era mia.

— Mi alma, despues de tu casamiento, es libre.

— Libre delante del mundo.

— Sí.

— Pero no libre delante de Dios.

— ¿Por qué?

— Porque tú me amas.

— ¡Yo!

— Y el amor es un lazo que une á dos séres en presencia de Dios; el amor es la confusion de las almas: el amor es la verdadera esencia del juramento que en el altar se presta.

— Segun eso, tú amabas á Margarita.

— Ángela, no miremos ahora eso. Ya he faltado, mas mi falta no autoriza la tuya.

— Tienes razon, Eduardo. Dios me ha destinado siempre á ser víctima. Amada por ti, y amándote, y de ti separada; amada por el conde, y no pudiendo apagar ese amor, me he decidido á un gran sacrificio, á separarme

del mundo, á refugiarme en el seno de Dios. Para mí ya no puede haber ni dicha ni alegría.

— Yo, yo, Ángela, he faltado á todo cuanto te debia; yo he arrojado esa gran desgracia en tu vida; yo te he hecho infeliz, sí, infelicísima; yo soy tu sombra, tu eterno tormento; yo debo ser castigado por el cielo; pero te amo. Sea cualquiera mi suerte hoy, Ángela, aquí en mi corazon vives como el primer dia. Mi alma te ama, mi alma se recrea en contemplarte, mi alma se extasía en presencia de tu bendita imágen, que guardo fielmente dentro de mi pecho.

— ¡Oh Eduardo! Yo debo partirme de aquí. Siento dejarte. Esta despedida es tan triste como el último dia que nos vimos. Voy á meditar en mi destino. Un instante ha podido cegarnos. Tú me has revelado, y yo te he revelado lo que pasaba en el corazon. Mas estas palabras no deben volver á salir de nuestros labios. ¡Que caigan sobre el alma, y que la abrasen! ¡Que devoren, si es posible, nuestra vida! Pero que no salga nunca, nunca á los labios. Te lo ruego por todo cuanto puede haber de sagrado en la tierra. Á Dios, ¡oh Eduardo! Yo no puedo oir vuestras palabras. Me voy para siempre. Yo rogaré á Dios que os haga feliz, que haga feliz á Margarita. Ya que os

habéis unido al pié de los altares, que el cielo bendiga vuestra union. Yo solo quiero vuestra felicidad; ese es todo mi deseo, ese es todo mi anhelo, esa es toda mi dulce aspiracion aquí en la tierra. Á Dios, Eduardo, á Dios. No puedo, no debo estar un instante mas aquí. Á Dios, Eduardo.

Y Ángela salió del calabozo llorando á todo llorar. Eduardo se quedó en él como herido de un rayo. No hacía mas que pasarse la mano por la frente á ver si era ilusion, si era sueño, si era engendro falaz de su fantasía aquella terrible noche, La eternidad abierta á sus plantas; el ángel de su amor saliendo de ese negro abismo; su dicha desvanecida; su vida recobrada; todo le parecia ilusion, todo, todo le parecia mentira, falaz engaño de su mente.

Cuando mas embebido estaba en su pensamiento, se abrió la puerta del calabozo, y aparecióse Margarita, llevando una linterna en la mano. Estaba pálida, como de haber sufrido largo martirio, mas una alegría inexplicable centelleaba en sus ojos.

— Ya somos libres; vámonos, vámonos.

— Acaso esa libertad sea un don fatal, dijo Eduardo con indiferencia.

— ¿No te complace verme. Eduardo, cuando habias acaso desesperado de volver á verme? ¿No te complace respirar el aura purísima de la vida? El verdugo ha huido, han huido los esbirros; estamos solos en este frio calabozo. Vámones, vámonos.

— ¿Y sabes, Margarita, á quién debemos la vida? ¿Lo sabes?

— No.

— Se la debemos á Ángela.

— ¡ Ah!

— Sí, á Ángela.

— Eduardo, conozco que de tu corazon no ha salido nunca el amor á esa mujer.

— Á ese ángel dijeras, y dirias mejor; á ese ángel, cuyo nombre no se caerá de mis labios, cuyo recuerdo no se caerá jamas de mi memoria.

— ¡ Eduardo! ¿ De qué sirve la vida que nos han dado, si la emponzoñas con esas palabras?

— Por lo mismo te decia, Margarita, que la vida, esa vida que nos han concedido, acaso sea un don funesto.

— ¡ Oh! no. Debámosla á quien la debamos, es siempre un don precioso.

— ¡ Ay! Acaso si ahora durmiera yo en la eternidad,

todo recuerdo de la vida se hubiera en mí extinguido, ó en leve polvo convertido, en ese leve polvo que arrastra el viento; acaso no tendria este inmenso torcedor en mi conciencia.

— Eduardo, ¡que así envenenes tu felicidad!

— ¿Crees que en la vida se falta alguna vez á la ley moral sin sentirse todas las consecuencias de esa falta? ¿Crees que es posible vivir cuando una sombra, un remordimiento acompaña, sigue y persigue siempre nuestra vida? ¡Oh! El hacha del verdugo hubiera destrozado en un instante mi cabeza; pero este recuerdo, este hachazo continuo de hoy, de ayer, de mañana, de siempre es mas cruel, sí, mucho mas que la terrible hacha del verdugo.

— ¡Ah! ¿Te has vuelto loco?

— Lo estoy, lo estoy, Margarita. La he visto aquí en la oscuridad, como un ángel; la he visto cegando el abismo de la eternidad, devolviéndome la vida; la he visto llorar, y recordarme mi crimen; la he visto arriesgarlo todo para hacer feliz al mismo que la ha hecho desgraciada. Se necesita tener corazon de hierro, corazon de hiena para no sentirse dolorido de haber causado la infelicidad de un ángel, infelicidad tristísima, cruel, irreparable.

— ¡Ah! ¿Y mi felicidad?

— Tu felicidad; no la invoques aquí. Tu felicidad ha sido su desgracia.

— Me aborreces.

— Te debo aborrecer.

— Soy tu esposa.

— Union nefanda, que empezó por el vicio, se cimentó en un perjurio, y ha concluido con un crimen.

— Me insultas, Eduardo, insultas á tu esposa.

— Calla, calla, no me lo recuerdes, no me lo digas.

— ¡Cielo santo! Me aborrece.

— Sí, te aborrezco. Yo solo á ella puedo amar, solo á ella.

— Amala en buen hora. Eduardo, á Dios, á Dios para siempre, á Dios. Me has herido en lo mas profundo del alma.

Y Margarita salió del calabozo y del torreón, cuya puerta estaba entornada, y se dió á vagar por las calles sin saber dónde ir. El alba comenzaba á despejarse por los horizontes; Margarita se olvidó un instante de sus penas, al ver el alba y al respirar libremente el aire. Por fin llegó á la puerta de su casa, llamó y fué recibida por sus criados con trasportes de verdadera alegría.

XXXIII.

Al día siguiente de estas escenas que acabamos de referir, el conde escribió la carta siguiente á Ángela :

« Ángela : Os acabo de dar una de las mayores pruebas de lo que es para vos mi corazón. Yo, vengativo, he abandonado mi venganza á un solo mandato de vuestros labios. ¿Persistiréis en ser ingrata ? Ángela, cuando la palabra de una mujer tiene este mágico influjo en el alma, es porque en esa palabra va envuelta para el alma la vida. Os lo digo como lo siento. La vida para mí sin vuestro amor es imposible. Este amor ha creado una segunda alma en mi alma, un nuevo pensamiento. Yo, como no me olvido de mí, no me olvido nunca de vos. No, me he engañado. En sueños me olvido de mí, pero nunca de vuestra imagen. Sería ofender á Dios creer que me habia inspirado esta pasión para mi mal, para mi tormento. Dios no manda ángeles al mundo sino para dar consuelos, para derramar á manos llenas sus tesoros. Por eso yo os pido

un rayo de vuestra mirada, un suspiro de vuestro pecho. ¡Ay, Ángela, Ángela! el cielo se cerraría á mi esperanza, si vos me abandonarais. Dios, permitidme esta arrogancia, al crearos debió tener presente mi alma que sube como el fuego al cielo; es la vida que me rodea como una atmósfera; es la divina luz de todas mis obras, el norte de todas mis acciones; todo esto y mucho mas ¡ay! es la pasión infinita que siento por vos. Aun recuerdo el primer día que os vi transfigurada por vuestro canto, por vuestro arte, como si alzarais el vuelo á otras regiones mas limpias y serenas. Mi alma comenzó por dejarse llevar de aquella armonía, á la manera que la hoja del árbol que cae en la corriente de un arroyo. Cuando concluisteis, mi alma se habia perdido en vuestra alma, como la gota de lluvia en el mar.

Yo desde entónces no me hallo en mí. Busco mi pensamiento, y mi pensamiento es vuestra imagen. Busco mi corazón, y mi corazón es vuestro recuerdo. Me busco á mí, y no me encuentro, no estoy en mí. Sin duda, mi alma ha volado á esa alma; se ha perdido mi sér en vuestro sér. Dios me ha robado la vida, porque no es mia, no, es vuestra. Amor es, Ángela, este que siento, exaltado. Hay muchos instantes en que desearia olvidaros. Me lo pro-

pongo como un fin; pero al querer olvidar, os recuerdo con mas intensidad. Por eso deseo olvidaros, por teneros mas presente. Vivís aquí. Yo no tengo sentimiento sino para amaros, ni fantasía sino para imaginaros amante, ni voluntad sino para seguiros, ni idea ni memoria sino para pensar en vos y recordar mi pensamiento. Si, Ángela; si vierais mi alma, os compadeceriais de ella. Me acerco á vos fatigado y anhelante. Mis ojos están secos de llorar vuestros rigores. Mi corazon está sin sentimiento de puro sentir, sin vida de puro vivir. Yo no puedo ser consolado. La naturaleza me parece inerte y fria. Solo me gusta ver el cielo que se refleja en vuestros ojos, y recibir la luz que proviene de vuestra lánguida mirada. ¡Oh! Creedme, creedme. Cuando una pasion ha echado tan profundas raíces en el corazon. esa pasion no se acaba sino con la vida. ¿Qué digo, la vida? Mas allá de este mundo, pasará con mi alma esta idea, este sentimiento. Cuando p enso en que no puedo concebir esperanza, caigo en una tristeza infinita. Todo me sobra, todo. La vida me es pesada, el corazon inútil, é inútil el pensamiento. En estos dias, la muerte podria venir hasta mí, segarme impunemente la garganta con su guadaña. No la sentiria; en tan horrible estupidez ha caido mi alma. ¡Oh! Ángela! Mi vida está en vues-

tras manos, en vuestra voluntad. Yo no soy dueño de mí. No puedo dejar de escribiros. En cuanto hago, no soy libre. Una fuerza me domina, me arrastra; una fuerza de que no puedo libertarme, de que no puedo desasirme. Es vuestra voluntad, vuestra alma, vuestro sér, toda mi vida. Si pudiera abrirse el pecho, sacar el corazón y mostrároslo, veríais acaso el fuego de esta pasión en que me abraso. Quizá compadecieran vuestros ojos lo que no compadece vuestra alma. Cada una de estas palabras es como el pedazo de lava que arroja un volcán. El hervidero de mi pasión queda siempre en el fondo del alma, de esta alma dolorida, desgarrada, enferma. No me matéis, Ángela, no matéis al — CONDE DE ASTHUR. »

XXXIV.

Es necesario, para saber las consecuencias de esta carta, volver los ojos á Margarita. Á pesar de los varios afectos del día y de la noche, Margarita se durmió profundamente, muy profundamente. Despues despertó, y llamó á su doncella favorita.

— ¿No ha venido el señor?

— No, señora.

— ¡Me ha abandonado! dijo Margarita, retorciéndose los brazos de dolor.

— Señora, pensad en que habéis sido salvada de la muerte.

— Es verdad, es verdad. No sé lo que ha pasado por mí.

— Ya estáis entre nosotros.

— Pero se lo debo á Ángela.

— Ciertamente. Dicen que se va á casar con el conde Asthur.

— ¿Qué oigo? Con el conde.

— Sí, con el conde, que está por ella casi loco.

— ¡ Oh ! Eso es terrible, y debe evitarse á toda costa.

— ¿ Y cómo lo vais á evitar ?

— Se me ha ocurrido un pensamiento.

— ¿Cuál ?

— Voy á vengarme de los dos.

— ¿ Á vengaros ?

— Sí, á vengarme.

— Señora, pensad en vuestra libertad.

— ¡ Oh ! no, yo no abandono mi venganza, mi terrible venganza.

— ¡ Señora, por Dios !

— He pasado dias terribles en la prision. Me vengaré de mi verdugo. Me ha abandonado mi marido, me vengaré de mi marido. Se ha interpuesto Ángela en mi camino, me vengaré de Ángela.

— Desechad esos pensamientos.

— No puedo, no debo: Cuando el corazon chorrea sangre, sólo se estanca, solo, con la venganza.

— Ay, señora, presiento nuevos males.

— ¡ Ah ! Le diré al conde que Ángela ama á Eduardo; le diré que Eduardo me ha abandonado por Ángela. Esto taladrará su corazon, y ya me he vengado de él con mas certera puñalada. Haré que ese matrimonio se acabe, y

me he vengado de Ángela ; desataré las iras del conde sobre mi esposo, y me vengaré de mi esposo.

— Por Dios, medita en las consecuencias de ese paso fatal.

— Lo he meditado. Llevo en mi frente la señal de mis insultos. Yo lavaré esos insultos, yo, con mi propia mano. Me han pisado.

— Acordaos de que os han salvado.

— Sí, para herirme en el corazon, malvados.

— Señora, pensad en vos.

— Ó vencedora, ó vengada.

Margarita temblaba fuertemente. Su accion era vil hasta lo sumo. Su decision era consecuente con toda su exaltada vida, de exaltadas y terribles pasiones. Se sentó delante de una mesa como azogada. Sus ojos despedian horrible rabia. Cogió la pluma, como si cogiera un puñal. La fijó en el papel con alegría feroz, y riéndose con una carcajada epiléptica, escribió aquellos infernales renglones. Despues, como un asesino que perpetrado el crimen arroja el puñal, dejó la pluma, y sonando su timbre, dijo al criado, que entró al instante.

-- Esto á casa del conde Asthur. ¡ Ah ! Estoy ya vengada; no sabía yo que era tan fácil mi venganza.

XXXV.

Mientras Margarita escribía esta carta asesina y traidora, que debía ir á parar á manos del conde, Ángela le escribía tambien la siguiente carta :

« Señor conde : He recibido vuestra carta. No dudo de ese amor que tanto me encarecéis. Lo siento y lo compadezco. Bien sé que una promesa formal me une á vos; bien sé que el perdon generoso otorgado á Margarita y Eduardo es una prenda y una satisfaccion, que os realza mucho, muchísimo, á mis ojos. Mas ya sabéis cuán rebelde es á la voluntad el corazon humano, Yo estoy cansada de esta vida, que á nadie aprovecha, de esta vida que se pierde y se evapora. Por eso, señor conde, en mi ánimo vuela una idea, que voy á consultar con vos, una idea que me atormenta hace tiempo. No servir para nada, para nadie en el mundo, es el mayor de los males. Volvemos los ojos atras, y nos encontramos con que hemos cruzado por un desierto, sin que de nosotros quede, ni

rastró, ni huella, ni memoria. De nosotros en la tierra solo sobrevive el bien, y el bien debe ser un gran mensajero en la vida inmortal, que tras el sepulcro nos aguarda. En la imposibilidad de hacer el bien, todo el bien que anhelo, he decidido consagrarme á Dios. Mas para consagrarme á Dios, no quiero pasar una vida estéril, entregada á la meditacion y á las oraciones. Tal género de vida, en cuya eficacia y santidad no entro ahora, ha sido siempre contrario á mi voluntad, á mi carácter y á la idea que yo tengo de la posible perfeccion en la tierra. Para ser perfecto, es necesario luchar, y luchar con fe y con gran constancia, y derramar el bien á manos llenas aun sobre la tierra dura é ingrata.

Conozco que todo esto será para vos muy largo y muy pesado. Mas perdonadme, conde. Os quiero como á un amigo, y os confío mis secretos. Vais á saber todo lo que pasa en mi corazón, vais á juzgar, vais á aconsejarme. Continúo, pues, con vuestra vènia. Una idea cruza por mi mente; quiero ser á toda costa hermana de la caridad. No hay vida en mi sentir tan exaltada, tan virtuosa, tan digna de Dios y del cielo.

No vivir para sí, y vivir para los demas; llorar con todos los que lloran, sufrir con todos los que sufren; incli-

narse sobre la cabeza del enfermo y aliviarle en sus males; orar al lado del moribundo y recoger su último suspiro; ir á los campos de batalla, donde todo es odio, á verter el amor, la caridad, la vida; enseñar al huérfano sus deberes; aparecer en todas partes como un mensaje de la Providencia, como un iris de paz y de consuelo, es un destino que parece mas hermoso, mas grande que todas las coronas del arte, que lucen un instante y se apagan luego, sin dejar tras sí nada mas que el fosfórico fuego fatuo, el recuerdo del placer.

Yo lo confieso, conde, yo he amado mucho, he amado con todo mi corazon, y ahora me persuado de que no he amado un objeto, sino por la exaltacion de mi amor hácia toda la humanidad. Mi amor, y os hablo con entera franqueza, mi amor es demasiado grande, demasiado intenso para fijarse en un solo hombre. Es el amor que me posee como el alma de mi alma, que ya no cabe en mi cerebro, y estalla y lo rompe; que ya no cabe en mi corazon, y lo desgarrá. Siento un anhelo vivo, vivísimo, de sacrificarme, sí de sacrificarme por mis hermanos. Yo no quiero, ni mis triunfos fáciles en el teatro, ni mis amistades del mundo. Quiero dejar de mi alma una huella inextinguible; la única huella que el alma deja en la tierra, es la

virtud. Considerad vos mismo qué va á ser de mí, sin esta decision suprema. Tal vez mañana Dios aparte de mi lado á mi madre. Mi corazon se ha cerrado completamente al amor. Cuando yo no amo á un sér como vos tan digno de ser amado, es porque Dios no ha querido concederme el don divino del amor. Sola, sin familia, destinada á distraer el fácil oído de gentes frívolas, de elegantes insensibles, de cortesanos corrompidos, mi porvenir es tristísimo, mi vida es inútil. Recurriendo ahora á esta decision suprema, recurro al único puente que me resta para pasar tranquilamente de esta vida á la eternidad. Me despido de mis coronas artísticas como de un peso abrumador. Abandono la gloria, los aplausos, como si abandonara la candente atmósfera de una gran tempestad. Huyo del mundo, como el prisionero de una cárcel.

Cierro mis labios y apago mi voz como si apagara un gran lamento. Me parece que voy á entrar en la eternidad. Hasta ahora mi alma ha revoloteado por la vida como el ave entre las ráfagas de las grandes tempestades y de los horribles huracanes. Desde hoy me parece que he encontrado el árbol donde puedo respirar, aguardando tranquilamente la muerte. Creedlo, os lo digo con toda la ingenuidad de mi carácter, con toda la sincera espon-

taneidad de mi alma. Levantada en el dintel de otra vida, volviendo anhelante los ojos al tiempo que dejó tras de mí, resuelta ya y decidida á subir al último escalon de mi destino, solo un recuerdo me enternece, vuestro recuerdo; solo un sér me arranca una lágrima, vos, vos, señor conde; porque yo os hubiera amado si no fuera tan infeliz, tan desgraciada. Me ahogo de dolor. A Dios. —

ÁNGELA. »

El conde recibió esta carta, la leyó y se sintió poseído de una desesperacion inexplicable. Perder á Ángela era una sentencia de muerte para el conde. Su dolor, en tan supremo instante, fué tanto mayor cuanto que alguna vez quiso vislumbrar, entrever un destello, un relámpago de esperanza, de esas esperanzas fugaces que nunca abandonan al desgraciado.

Su dolor en este trance fué intensísimo. Léjos de tomar ese aspecto de horrible desesperacion, tremendo, mas pasajero, tomó el aspecto de una tristeza infinita, de una de esas tristezas que no asoman al rostro, y apagan poco á poco la luz de la vida con un soplo. Volvió el conde los ojos á todos lados, y no encontró ningun consuelo, ninguno. Dejó caer la cabeza sobre el pecho, y empezó á murmurar estas palabras :

— ¡Oh! Ha llorado por mí. Si yo pudiera beberme esas lágrimas..... Me abandona á mi dolor, á mi desesperacion; ángel puro, ángel divino. Creo que me moriré. He llegado á concebir esa esperanza. Sí, sí, me moriré, me moriré ¡Qué felicidad! Ya estoy tranquilo; respiro mal, toso mucho, siento una calentura lenta; Dios se ha compadecido de mí, y me envía la muerte. En este fuego acrisolaré todas las manchas de mi vida. Yo me muero de amor, y el que se muere de amor debe encontrar misericordia en Dios. ¡Ah! yo imagino á Ángela, pisando estrellas en el cielo, resplandeciente de hermosura, entre los coros de los ángeles entonando el cántico de la bienaventuranza. Yo, si no puedo conseguir su amor en la tierra, lo conseguiré sin duda alguna en el cielo. Sí, sí, porque me muero.

Cuando el conde estaba embebido en estas reflexiones, apareció su criado Frank.

— Señor conde.

— ¿Qué queréis?

— Una carta.

— ¿Por qué has entrado á interrumpirme?

— ¡Ah! Me han dicho que era urgentísima.

— Bien, déjala ahí.

Frank la dejó y salió.

— El conde cogió distraído la carta ; fijó la atención en el sobre.

— Es letra de Margarita, dijo. Será dar gracias por el perdón. Bien está, dijo, y la dejó caer sobre la mesa.

Después dió dos ó tres pasos por el gabinete, embobado en su idea, que nunca le abandonaba. Maquinalmente cogió la carta, la abrió, y comenzó á leerla. Conforme leía se contraían sus facciones, se saltaban de las órbitas su ojos, temblaba todo su cuerpo. Veamos qué decía esta carta fatal :

« Señor conde : Sé que os debo la vida. Mas por lo mismo, creo de mi deber revelaros un secreto que pesa gravísimamente sobre mi conciencia. Ángela os ha engañado, Ángela ha querido salvar á mi esposo, al que era su amante, al que lo es hoy, pues me ha robado su amor. Allí, en el oscuro fondo de aquel mismo calabozo, he oído yo, yo, sus ósculos de amor, que han sido una grave, gravísima injuria contra mí. Ya veis que os engañéis en el juicio que sin duda habéis formado de Ángela. Desde el momento en que descendió al calabozo Ángela, yo no he vuelto á ver á Eduardo. Andan sin duda entregados á ese amor, sí, á ese amor criminal que vos habéis protegido,

que vos habéis alentado con vuestro generosísimo perdón. Creo de mi deber en este instante pagaros vuestro perdón con esta carta, y para que conozcáis todos los abismos, todos los corazones que os rodean. Si deseáis saber cuál ha sido el móvil de mis acciones, de todas mis acciones en este supremo instante, recordad, recordad que os debo la vida, y que esta gratitud me lleva á revelaros secretos, que pesan con inmensa pesadumbre sobre mi conciencia. A Dios. — MARGARITA. »

El conde, en el primer instante, despues de haber leído la carta, la estrujó como para arrojarla en el suelo. La rabia, la pasión le cegaron. Los celos se despertaron atropelladamente en su corazón. Recordó que Ángela le había hablado de sus amores á Eduardo. Aquel recuerdo, como una puñalada, le taladró el corazón; le hirió profunda y amarguísicamente.

Mas bien pronto la reflexion dominó al sentimiento. El recuerdo purísimo de Ángela, se deslizó como una estrella sobre las alteradas ondas de sus pasiones, sobre el rumor horrible de sus celos. Era imposible que Ángela, aquella mujer tan virtuosa, tan buena, tan ideal, manchara en el lodo las blancas, las hermosas alas de su alma, la pureza de su corazón y de sus sentimientos.

El amor que el conde profesaba á Ángela, era un amor puro, un amor verdadero. Mas que la pasion tempestuosa y pasajera del sentido, era la pasion intensa, profunda, del alma. Así, sus celos pronto cobraron serenidad; sus dudas se desvanecieron, y el amor á Ángela, vivo en su corazon, ardiente, exaltado, pero ingenuo y puro, ese amor le convenció de que Ángela era pura como el pensamiento que inspiraba á su mente, y el casto afecto que inspiraba á su corazon. Despues el conde conocia de antiguo á Margarita, sus rencorosas pasiones, sus venganzas, su innoble corazon, sus perversísimos sentimientos, y sabía hasta qué punto se dejaba llevar, arrastrar de sus pasiones, y cómo sus pasiones la cegaban hasta no ver nunca, nunca, cuando se encontraba en este período de delirio, ni la verdad, ni la virtud, ni la justicia.

Así, tomó el conde una decision, que nosotros no calificaremos, pero que sirvió mucho para acelerar de una manera triste el desenlace de esta triste historia. Inmediatamente que recibió esta carta, que pensó en la maldad de Margarita, que se persuadió de que no era, no podia ser cierta la infame acusacion de Ángela, aquella acusacion que el genio del mal habia querido escupir á la frente de la mujer que él amaba, se decidió á mandar esta

carta de Margarita á Eduardo, con estas terribles palabras :

— Ahí tenéis, Eduardo, ahí tenéis una imágen fiel de la maldad de vuestra esposa.

XXXVI.

Casualmente Eduardo en todos aquellos días no había intentado mas que ver á Ángela. Descaba postrarse ante el ángel que se le había aparecido en el calabozo, al dintel mismo de la eternidad, y lo había apartado del borde horrible del sepulcro.

Mas Ángela, con esa virtud severa, verdadero distintivo de su vida y de su genio, se había negado á toda suerte de entrevista. Una tarde, al anochecer, salía Ángela á sus visitas cotidianas, á la casa del pobre, del desvalido, á repartir el pedazo de pan que le sobraba, y ese otro pan mas sabroso aun, el consuelo del espíritu. Eduardo se le acercó.

— Ángela, dijo.

— Caballero, no os conozco.

— Por Dios, Ángela, óyeme.

— Ya sabéis, caballero, que no puedo escuchar vuestras palabras.

— Tengo que pedirlos un consejo, dijo Eduardo, ya ofendido.

— Pedídmelo por escrito ; pero no me habléis. Idos, idos por Dios.

Eduardo se fué, entristecido de ver la actitud de Ángela.

— Al día siguiente le escribió esta carta :

« Ángela : Me he separado de Margarita. Desde que se reveló toda mi vida pasada á mis ojos atónitos, he decidido volver á acercarme á los tiempos en que mi alma era inocente. Para volver á esos tiempos, necesito olvidar á mi mujer, que me ha precipitado en hondos abismos. He tomado este partido despues de muy meditado. Mas como á mis ojos se ocultan muchas veces manchas que vos veis ; como necesito una inspiracion, un consejo en este instante supremo, recurro á vos para que me digáis en conciencia qué debo hacer. Yo no puedo absolutamente vivir unido á Margarita. Esa union me volveria á perder. Tambien conozco que separarme es dar pábulo á la maledicencia de las gentes, y estar mal mirado en la sociedad. Pero no hay remedio ; no puedo vivir con Margarita. Su alma es mas honda y mas oscura que la prision de que me habéis libertado. Sus palabras son una cuchilla mas

afilada y mas fria que la horrible cuchilla que apercibia el verdugo para segar mi garganta. Por lo mismo, poco importa haberme libertado de la muerte del cuerpo, si he de ir á dar en la muerte moral, en la muerte del alma. Vos habéis querido, Ángela, que no recuerde aquellos tiempos, que son hoy mi delicia y mi tormento; no los recordaré. No queréis que recuerde lo que vos erais para mí, lo que era yo para vos; no lo recordaré tampoco. Pero, Ángela. dadme por Dios un consejo. »

Ángela contestó á Eduardo de esta suerte :

« Hacéis bien, Eduardo, en tratarme como si nunca nos hubiéramos conocido. La pasion, que era la fuente de todas nuestras acciones, se ha emponzoñado, y puede ser causa de nuestra perdicion. Guardémosla, pues, en el fondo del alma; que no salga nunca á los labios, que no se asome á los ojos, que no aparezca ni aun allá en la region misteriosa y sagrada del pensamiento. Es necesario que este fuego nos consuma, nos devore ántes mil veces que dejarlo escapar de nuestro sér, de nuestra alma. No hablemos ya mas de esto. Olvidémoslo completamente. Me pedís un consejo; no tengo inconveniente ninguno en deciros mi sentir. Creo que hacéis mal, muy mal, en separaros de Margarita. Creo que faltáis completamente á

vuestro deber. Tengo por inmoral, por indigno de un hombre, por reprobable á todas luces, eso de estar desunido, separado de la mujer á quien libremente habéis entregado vuestra honra, vuestra alma ; de la mujer á quien os ha unido la Providencia.

Por lo mismo os ruego que no os separéis de Margarita. Sé que muchas veces sus consejos, sus palabras, os han arrastrado al mal ; pero esto, léjos de disculparos, agrava mas y mas vuestra falta. Margarita es mujer, y mujer apasionada ; los afectos de amor y odio toman en ella cierta discupable violencia. Mas, vos su esposo, vos hombre mas reflexivo y mas frio, debisteis, ya que erais su compañero, refrenar con avidez esas pasiones instintivas, y ser en la vida como la fria razon de Margarita. El hombre debe estar siempre deferente y obligado á la mujer que elige por compañera ; mas cuando encuentre en ella instintos contrarios á la razon ó á la justicia, debe combatirlos á toda costa, mucho mas si considera que las faltas de la mujerson siempre, siempre, de mucha mas grave trascendencia en la sociedad y en la familia, que las faltas del hombre.

Por eso la sociedad, en cuyos menores actos hay siempre un gran instinto de justicia, ha querido que la mujer

sea fiel, fidelísimo guardian de la vida moral de la familia, y ha hecho su honor mucho mas quebradizo que el honor del hombre, para que lo guarde con mas celo, con mas religiosidad, con mas cuidado.

Queréis de mí un consejo, y os lo voy á dar en estas palabras. Debéis vencer todos los malos instintos de Margarita ; debéis corregir y refrenar sus pasiones. Mas nunca, en ningun tiempo, ni por ninguna causa, ni por ningun motivo, nunca debéis, Eduardo, nunca. separaros de ella. Es una parte de vuestro sér y la mitad de vuestra alma. Á su lado debéis reposar en el sepulcro ; á su lado debéis vivir en la eternidad. Á Dios. »

XXXVII.

Eduardo recibió esta carta de Ángela al mismo tiempo que recibia la carta feroz que Margarita habia mandado al conde. Al ver tanta perfidia de parte de Margarita, tanto odio, un corazon tan pervertido, una inteligencia tan depravada, una intencion tan manifiestamente criminal, Eduardo se indignó de tal suerte, que concibió el proyecto de hacer pagar cara á su mujer aquella ofensa. Encaminóse á su casa. Desde el dia terrible que fué puesto en libertad, no habia vuelto á ver á Margarita. Entró en su palacio, siendo muy acatado por los criados. Preguntó por su mujer, y le guiaron á un gabinete apartado. Entró en él con paso tardo y ademan amenazador y sombrío. Margarita estaba hojeando un libro con interes. Era una de esas novelas inmorales y obscenísimas escritas en italiano.

— ¡ Margarita ! dijo el jóven.

— ¡ Eduardo, Eduardo ! ¿ Tú aquí ?

— Yo aquí, Margarita; yo que vengo aquí como la Providencia.

— Creí que estarias con Ángela.

— Calla, infame; sella ese torpe labio.

— ¿Qué mucho, si desde que te viste en la prision has abandonado tu casa, tus deberes?

— Es verdad, he abandonado esta casa, que ha sido mi perdicion; he abandonado estos deberes, que han sido mi cadena.

— ¡Y ahora lo sabes!

— Ahora. La proximidad á la muerte, á ese instante sublime en que la vida se aclara y se presenta á nuestros ojos en toda su realidad, me ha revelado todas mis faltas, todos mis crímenes; y mis faltas y mis crímenes han nacido aquí, en este recinto, y han sido inspirados por tu venenoso aliento.

— Me agrada, en verdad, Eduardo, la apología que haces de ti mismo; confieso que me agrada.

— ¡Ah! ¡Ah!

Y Eduardo temblaba como epiléptico.

— Me agrada, sí, porque veo, veo tu dignidad de hombre.

— Margarita, la he perdido por ti.

— Eduardo, esa es tu mayor acusacion, esa es tu sentencia inapelable.

— Sí, por ti.

— Y eres hombre, y no tenias la libertad bastante á sobreponerte á mi capricho; y eres hombre, y no tenias voluntad bastante á contrastar mi voluntad; y detestabas el crimen, y te avenias con dejarte llevar al crimen. ¡ Ah!

— Sí, sí, eso me sucedia.

— Pues si te sucedia eso, eres mas que criminal, eres despreciable.

— ¡ Margarita!

— Criminal, serías grande; al ménos tendrías la responsabilidad de tus actos. Juguete de otra voluntad, eres despreciable, eres como el asesino pagado...

Eduardo hizo un gesto de horror.

— Ó si te parece muy duro, añadió Margarita, como el veneno, como el puñal, que sin conciencia mata.

— Y tú, tú me echas en cara mis crímenes; tú el único sér acaso que en la tierra pudiera disculparlos; tú, que sabes de qué medios tan rateros, tan viles, tan infames, te valiste para inspirarme una pasion criminal, la pasion loca y reprobable del sentido.

— ¡ Dices que yo debiera disculpar tus crímenes! Nadie

mejor que yo conoce su causa; nadie, por lo mismo, puede mas profundamente despreciar tu carácter. Hombre de impresiones, te dejas llevar de un instante, de un amor, de una sensacion, como la débil hoja de la planta caida en la corriente.

— Sí, temo mi carácter, y quiero aprovecharme de este instante supremo, en que mi voluntad reina sobre mí, para castigarte cual mereces.

Margarita se levantó despavorida para huir. Eduardo habia cerrado la puerta; Margarita conoció que era imposible huir, y exclamó :

— ¿ Qué pretendes?

— Que te **sientes**.

— ¡ Eduardo ! ¡ Eduardo !

— Margarita, estás en mi poder.

— ¡ Ah ! Conozco que son terribles los caractéres como el tuyo. Hoy las impresiones del momento hablan contra mí en tu corazon. ¿ Quién sabe si te arrepentirás mañana ?

— ¡ Me conoces bastante ! No sabes aun de lo que soy capaz. Este instante, en que el corazon me habla contra ti, lo aprovecharé, Margarita, y pagarás todas tus culpas.

— ¡ Santo cielo ! ¿ Qué vas á hacer ?

— Á emplear contra ti todos los medios que tú me has

enseñado, toda la vileza que te debo. La serpiente que has abrigado, te morderá el seno.

— ¿Qué oigo?

— Sí, sí, Margarita, soy la Providencia.

— ¡La Providencia! Orgullo terrible.

— Orgullo fundado.

— ¿En qué?

— En la idea de justicia.

— ¡Justicia injusta!

— Justicia del cielo.

— ¡Tú, tú!

— Yo, yo soy instrumento de la justicia del cielo...

— Eduardo, vuelve en ti.

— En mí estoy.

— Acuérdate de que soy yo...

— La serpiente que se ha enroscado á mi cuello.

— Acuérdate de que me has amado.

— ¡Amor nefando, que maldice el cielo!

— Acuérdate que estás unido á mí por un juramento.

— Tú, tú invocas los juramentos... ¡Tú, perjura!

— Eduardo, ¿qué piensas?

— Pienso castigarte.

— Perdon, perdon, dijo Margarita, cayendo de rodillas.

— No hay perdón.

— Perdóname, por Dios.

— No puedo, no debo.

— ¿Qué te he hecho?

— Levántate del suelo.

— Eduardo, ¡ por nuestro amor ! Cálmate.

— Levántate y lee.

Eduardo sacó la carta que Margarita había escrito al conde.

— Lee, lee.

Margarita cogió horrorizada la carta, y leyó en efecto.

— La he escrito yo, dijo lanzando un sordo gemido.

— ¿ La has escrito?

— Sí, la he escrito yo,

— ¿ La has escrito?

— No te lo niego.

— ¿ Y qué merece esa carta?

— Merece tu amor.

— ¡ Mi amor ! Mejor dijeras mi eterna maldición, mi eterno odio.

— ¿ No sabes lo que son celos?

— Lo sé.

— Pues bien, celos tan solo han dictado esta carta.

— ¡ Celos !

— Sí, celos, te lo juro.

— No : la ha dictado un sentimiento de maldad innato en tu alma.

— ¡ Ay !

— Está escrita con el veneno que guardas en ti.

— No, con mi amor.

— Y el amor, que hace á todos los seres virtuosos, ¡ te hace á ti mas perversa, mas inicua, mas malvada !

— ¡ Qué palabras á una débil mujer !

— ¡ Débil mujer la que maneja esas armas !

— Débil mujer, en quien está depositada tu honra.

— ¿ Y me lo recuerdas ?

— ¿ Por qué no ?

— ¿ Pues no sabes que ese recuerdo puede darte la muerte ?

— ¡ La muerte

— Sí, sí, lo que mereces.

— ¡ Intentas matar á tu esposa !

— Mi esposa no, mi deshonra.

— Eduardo, solo el cielo puede desatar el lazo que nos une.

— Y la muerte.

— ¿Quieres matarme para unirme con Ángela?

— Calla, calla, infame.

— Aleja, Eduardo, ese pensamiento de ti.

— ¿Quieres que lo aleje, cuando te veo y oigo?

— ¡Dios mío, estoy perdida!

— Sí, perdida para siempre.

— Llamaré.

— Nadie te escuchará.

— Me defenderé contra ti.

— Prueba.

— Tú no puedes matarme.

— Debo.

— ¿Vas á manchar tus manos con mi sangre?

— Sí.

— ¿Lo has meditado bien?

— Lo he meditado.

— ¿Y lo dices así, imposible?

— Imposible.

— ¡Cielos!

— Nadie te puede socorrer aquí.

Lee las palabras que me escribía Ángela, léelas y avergüénzate de ti misma.

— ¿Qué? ¿De qué me hablas?

— De una carta de Ángela.

— Dámela.

— Toma, toma y lee.

Margarita cogió con mano convulsiva la carta, la leyó y la dejó caer con menosprecio.

— Compara, dijo Eduardo recogiendo la carta, compara tu lenguaje con ese lenguaje.

— Gazmoñería...

— Eso dice siempre el vicio de la virtud.

— La virtud; no creo en las virtudes que así desean lucir a los ojos del mundo.

— En la virtud que te ha salvado de la muerte.

— No debo agradecer esa salvacion.

— ¿Tambien ingrata?

— No debo agradecerla, digo.

— ¿Por qué?

— Porque no me salvó por mí, sino por salvarte á ti, por salvar á su amante.

— Margarita, dijo Eduardo con tono solemne; solo tú en el mundo ha insultado á Ángela.

— Porque yo sola conozco el corazon humano.

— Y lo juzgas por el tuyo.

— Lo juzgo por sus flaquezas.

— ¡También escéptica!

— He notado, Eduardo, que echas mucho de ver mis faltas.

— Tú las muestras.

— Mas las mostraba en otro tiempo, y no las veías tanto.

— ¡La embriaguez de la pasión!

— Que ha pasado ¿no es verdad? por otra embriaguez.

— Estás provocando mi justicia.

— ¡Tu justicia!

— Sí.

— ¿Y qué derecho tiene sobre mí tu justicia

— El que me ha delegado la Providencia.

— ¿Y quién te castigará á ti?

— Dios.

— ¿Y á mí tú?

— Sí. yo.

— De suerte que para que nuestros deberes sean recíprocos, y nuestros derechos también, yo tengo el derecho de castigarte, dijo Margarita en son de burla.

— ¿Y te parece poco castigada mi falta por ti? El tenerte por esposa es una de las grandes desgracias de mi vida, es mi torcedor, es mi tormento.

— Desgracia, torcedor, tormento que no has sentido hasta que no bajó Ángela á tu calabozo.

— ¡Infame !

— Esto es histórico.

— Y de ahí deduces lo que has dicho en la carta al conde.

— Sí, sí, lo repito, y lo repetiría delante de la muerte.

— ¡ Margarita ! Has pronunciado tu sentencia.

— La verdad me sentencia.

— No, esa lengua infernal, ese corazón depravado.

— No tan miserable como el tuyo.

— Dios se ha cansado ya de sufrirte.

— Siempre invocando á Dios, cobarde.

— Lo soy, cuando todavía no he realizado mi intento; lo soy, cuando vives.

— ¿ Quieres escudarte también con que Dios te ha inspirado el nuevo crimen que intentas ?

— Las pruebas de ese crimen están aquí.

Y Eduardo señalaba las cartas.

— Es verdad, el crimen de haberte amado, es terrible, es imperdonable.

— Yo te lo perdono, yo que soy la víctima.

— ¡ Generosidad excusada !

— Mas lo que no te perdono nunca, lo que no te perdonaré jamás es...

— ¿Qué?

— Esa carta.

— Como que ha herido á la mujer que adoras, á tu amante.

— ¡Infame! ¿Así insultas la virtud acrisolada, la pureza inmaculada y divina?

— ¡Virtud, pureza, nombres vanos!

— Para ti lo serán siempre.

— Yo creo en la virtud que se manifiesta en la vida.

— ¿Y no crees en la virtud de Ángela?

— No.

— ¿Por qué?

— Porque yo he oído vuestro beso de amor en el calabozo.

— ¡Oh! Esa calumnia vil, esa infamia solo puede pagarse con la vida.

— ¿Qué oigo?

— Sí, vas á morir.

— ¡Cielos!

— Á morir, prepárate á morir.

— ¡Oh! no. Á tu esposa...

— No es mi esposa, no puede serlo mujer que así piensa, mujer que así procede.

— ¡Eduardo, piedad!

— No te escucho.

— Perdon.

— No hay remedio.

— ¿Y no puedo llamar?

— No; estás condenada.

— ¡Qué horror!

— Condenada á morir.

— ¿Y para eso me has libertado del verdugo?

— No conocia todo lo horrible, todo lo negro de tu alma.

— Eduardo, ¡piedad, piedad!

— Yo solo oigo la voz de mi conciencia.

— ¿Tendrás valor?

— Sí.

— ¿Para asesinar á tu mujer?

— No eres mi mujer.

— Acuérdate de tu juramento.

— Solo me acuerdo de esta carta.

— ¡Ah! Te ha embriagado el amor, el amor hacía Ángela.

— ¡Ah!

— Maldita sea.

— ¿Qué oigo?

Y Eduardo sacó un puñal. Al verse amenazada, se horrorizó la jóven. Un sudor frio bañó su frente, una angustia mortal la poseía. Cubrióse el rostro con las manos, y comenzó á gritar.

— Dios mio, amparadme.

— Dios no te oye.

— Salvadme de este monstruo

— Solo te acuerdas de Dios en los grandes trances de la vida.

— ¡Oh! no me matarás.

— ¿Crees que aun soy débil?

— No me matarás.

— Lo he dicho.

— Me defenderé.

Y dirigiéndose á un estuche, sacó un puñal, que empuñó con furia, blandiendo de manera que parecia el aguijon de una serpiente herida.

— Margarita, ántes que en matar, piensa en reconciliarte con Dios.

— Yo, yo...

— Arrepíentete de lo que has dicho.

— Nunca.

— Arrepíentete.

— ¿Y me perdonas?

— No.

— ¡Ah! Pues bien, yo creo que eres un malvado.

— En verdad, soy tu esposo.

— Creo que tu gozmoña amante quiere que vuestro amor, vuestra falta cometida en el oscuro calabozo, sea velada por un respeto aparente á la moral; y quiere unirse á ti, y para eso yo soy un obstáculo; y por eso la infame, la fementida, me mata por tu mano; víbora que yo aplastaré.

Eduardo no pudo sufrir mas; cogió con rabia á Margarita del brazo, la sacudió fuertemente, y levantando el puñal, sin misericordia ninguna, ciego de ira, de rabia, se lo clavó en el pecho. Margarita dió un grito agudísimo, espantoso, un grito horrible; la sangre brotó de la herida, y cayó exánime en el suelo. Eduardo salió de aquel gabinete despavorido, horrorizado; bajó, tomó la puerta de la calle, y huyó á todo huir de su casa como un loco.

XXXVIII.

Despues de estas escenas que acabamos de describir, suceden grandes acontecimientos para los personajes que forman el alma de nuestra narracion. Eduardo se ha partido, huyendo de la justicia, al África, á sentar plaza en el ejército francés. Margarita no muere de la puñalada que le asestó su marido en la última noche en que se vieron; pero perdidos todos sus bienes, confiscadas todas sus propiedades, separada del mundo, reducida á la miseria que puede imaginarse, en una casa solitaria, sin amigos, sin nadie, enferma, completamente enferma, pasa la vida mas triste y angustiosa que puede imaginarse. ¡Tremendo castigo el que la Providencia prepara y hace sufrir á tan desgraciada, á tan infeliz mujer ! Habia educado un hombre para el crimen, y aquel hombre hiere sus entrañas. Lo habia sacrificado todo al poder, y cae despeñada en gran envilecimiento. Habia solo estimado la riqueza, y se encuentra reducida á la última miseria. Habia corrido tras las adulaciones de los cortesanos, y se ve sola y sin

amigos. Habia amado el placer, y se encuentra en la flor de su edad, cuando la vida debia serle mas grata, cuando la felicidad debia desplegar sus alas sobre su frente, se encuentra enferma, sin poder respirar, sin poder apenas vivir. Solo una infeliz mujer del pueblo, se atrevió á recogerla. Sus amigos habian huido todos de su presencia, como de la peste. Aquella mujer infeliz padecia todos los tormentos y todos los castigos que mas podian humillarla, que mas podian hacerla sufrir, que mas la martirizaban. La Providencia, siempre justa, la Providencia que da á cada uno su merecido, la Providencia habia mostrado una vez mas su poder en la tierra, su incontrastable poder.

Las confiscaciones; las deudas, nacidas de lo mucho que habia prodigado sus rentas; el abandono de sus propiedades y de su riqueza, todo esto fué la causa de la perdicion total de Margarita. Un dia se vió arrojada de sus palacios, de sus jardines; vió vender públicamente sus joyas, sus dorados muebles, todo el ajuar de su casa; vió sus grandes propiedades vendidas para pagar sus deudas. Las pocas joyas que habia sacado de su casa, las fué vendiendo para comer en una casa de huéspedes. Mas como su herida la habia dejado muy mal parada, necesitaba gastar mucho en medicamentos, mucho, todo lo que reclama una

larga enfermedad. Después la echaron de la casa de huéspedes ignominiosamente, porque no tenía de qué pagar su hospedaje. Una noche se encontró sola en las calles de Nápoles. Un pobre traje le cubría las carnes. Hacía muchísimo frío. Su herida la atormentaba; sus pies pisaban casi el barro, pues apenas bastaban á cubrírselos sus rotos zapatos; sus cabellos estaban como muertos, y por una inclemencia del cielo, desusada en estos hermosos climas del Mediodía, copos de nieve se desprendían de la atmósfera, y todo era horror en aquella espesísima y atroz noche.

Margarita, herida, pálida, enferma, recordaba con horror las noches en que ella paseaba aquellas largas calles reclinada muellemente en su carretela, acompañada de sus adoradores. Entonces á su solo nombre se abrían todas las puertas; ahora todo estaba para ella cerrado; entonces su casa era el gran festín de Nápoles, y ahora no tenía siquiera un pedazo de pan que llevar á la boca. Y el frío de la noche arreciaba, y arreciaba el horror de Margarita; y la nieve caía sobre ella, y sus miembros estaban yertos como su alma; y todo era angustia, tristeza, horror. No había una ventana abierta, no había un recurso, no, había una esperanza. Iba á morir sin remedio. Margarita, altiva

como siempre, como siempre llena de grandes pasiones, pero con un temor invencible á la muerte, se sentó sobre un monton de mojadas piedras. Estaba allí meditando qué haria, á qué recurso apelaria. No contaba un amigo; no tenia adó volver los ojos en tal trance.

Ni una persona siquiera le quedaba fiel, le quedaba amiga en la adversidad. Todos los horizontes se habian cerrado á sus ojos. Entónces comenzó á llorar, sí, á llorar amargamente su terrible suerte.

Cuando estaba así perdida, abandonada, una sombra se apareció á Margarita. Esta gemia.

— ¿Quién llora ? preguntó la sombra con voz femenil.

— Una desgraciada.

— ¿ Quién sois ?

— Una infeliz enferma, sin amparo en el mundo.

La sombra se acercó, y á la luz del farol miró el rostro de Margarita, y lanzando un grito, dijo :

— ¡¡¡ Margarita !!!

— ¡ Ángela ! gritó á su vez Margarita.

— ¡ Vos aquí en esta oscuridad, en este abandono !

— Yo, yo, sí. ¿ Y vos me lo preguntáis ?

— Venid conmigo.

— Nunca, nunca.

— ¿ Por qué ?

Porque estas heridas que llevo en el pecho, y que me atormentan, son vuestra obra.

— Margarita, ¿ y lo creéis vos ?

— ¡ Que si lo creo ! Si las fuerzas no me faltaran, si no estuviese moribunda y aterida de frio, ¿ creéis que vivierais ?

— Por Dios, no os entreguéis á esas violentas pasiones.

-- No tan violentas, en verdad, cual mi desgracia.

— Calmaos.

— Idos.

— Sin salvaros no me voy.

— Señora, idos de aquí.

— Margarita, seguidme. Os alojaré en mi casa, os cuidaré mucho ; todo lo que merece vuestro estado.

— Despues que vos me habéis herido.....

— ¡ Yo ! Ese es desvarío de vuestra mente.

— Hace mas de seis meses que padezco esta herida en el pecho.

— ¡ Infeliz !

— Mas de seis meses que me hirió mi marido, y no lo he vuelto á ver; y no tengo hogar, ni amigos, ni familia, ni nadie en el mundo.

-
- ¡Triste suerte!
- Tristísima. ¿Pero quién la ha causado, quién?
- ¡Oh!
- No seáis gazmoña, Ángela. Vos habéis sido la causa principal de todos mis dolores.
- ¡Yo! Infeliz de mí.
- Vos, vos.
- Pues bien, si he sido, perdonadme.
- Nunca.
- Perdonadme, y venid conmigo, y seguidme.
- No puede ser, no debe ser.
- ¿Por qué?
- Porque la víctima rechaza á su verdugo.
- Os cuidaré.
- No quiero ni la salud de vos.
- Por Dios, Margarita.....
- ¿Qué habéis hecho de Eduardo, Ángela, qué habéis hecho?
- Lo ménos hace seis meses que nada he sabido de él.
- ¡Mentira!
- Os lo aseguro.
- Vos me lo arrebatasteis.

— No es verdad, Margarita. Vuestro enojo os trastorna el seso.

— Aun me insultáis.....

— Os digo que hace mucho tiempo que no he visto á Eduardo.

— ¿Y por qué se ha ido?

— No se ha ido por mi consejo.

— ¿Y por qué me ha abandonado?

— No os ha abandonado tampoco por mi consejo.

— No me digáis eso.

Os digo la verdad, toda la verdad.

— Y yo sola, y yo pobre, y yo muriéndome por esas calles de Nápoles, sin abrigo, sin casa.

— Tomad, tomad mi abrigo, dijo Ángela, descñéndose el que llevaba.

— Ya os he dicho que nada quiero de vos.

¿Por qué?

— Porque de vos solo quiero, y solo debo tomar una cruel venganza.

— ¡ En estos instantes pensáis en vengaros !

— Me faltan fuerzas, pero no voluntad.

— Pensad en Dios.

— Dejadme de gazmoñerías.

— Dios, que es el único, el eterno consuelo del infeliz.

— Yo no tengo consuelo en nada ni en nadie.

— Os rebeláis contra Dios.

— Já, já, já.

Y Margarita lanzó una carcajada.

— Sí, contra Dios, porque os envía el consuelo por mi mano, y no queréis aceptarlo.

— No, no, nunca.

— Porque os socorre, os envía el pan, y vos envenenáis sus presentes.

— Dejadme; estáis atormentándome.

— No me puedo resignar á dejaros aquí sola.

— Pues me estáis matando.

— Margarita, por Dios, seguidme.

— No, mil veces no.

Y Margarita se levantó como herida, y miró á todas partes como delirando, y exclamó :

— ¿Cómo me libertaré de esta mujer? Á Dios.

Y como sacando fuerzas de flaqueza, se perdió en una oscura encrucijada.

XXXIX.

Ángela se fué con el corazón oprimido, y los ojos llenos de lágrimas. Había salido de su casa á repartir con mano generosa en las sombras de la noche el consuelo al desgraciado, el pan al hambriento. Ella, ardiendo siempre en caridad, en amor por todos los infelices, había querido consolar á Margarita, y Margarita había rechazado sus consuelos. Así se fué á su casa, toda congojosa y angustiada y triste.

Margarita se dejó llevar de su instinto. Huir de Ángela, huir de aquella mujer á quien atribuía todos sus males, era su principal instinto. Margarita, apasionada como siempre, no podía ver en su presencia aquella beldad, que le recordaba á Eduardo; aquella mujer, que había ejercido una decisiva influencia en su vida. Mas la noche se espesaba, crecía el frío, la nieve caía en abundancia, las calles eran como un desierto, y Margarita imaginaba que debía ser aquella la última noche de su vida.

¿Dónde ir? ¿Qué hacer? Todo se oscurecía á sus ojos, todo. En aquel mundo inmenso no encontraba un asilo. Era mas desgraciada que el último reptil de la naturaleza; mas desgraciada que los seres que se movían bajo sus plantas, que los mil insectos desparramados por los campos. Volvió á sentarse sobre una piedra, y la nieve materialmente la llenaba, y parecía que iba á enterrarla bajo sus copos, y el frío sacudía todo su cuerpo.

Cuando ya se creía próxima á morir, Dios le reveló un pensamiento; llevó á su memoria un recuerdo. Se acordó que allí, cerca del sitio donde estaba, vivía una pobre mujer, que habia estado en otro tiempo á su servicio. Aquella mujer habia recibido de ella algunos beneficios, y podia acordarse de esos beneficios. Una duda le asaltaba en aquel instante. ¡Cuántas y cuántas personas habian asistido á sus bailes, á sus fiestas, y ninguna, absolutamente ninguna, se acordaba de Margarita! ¡Ah! Si la desgraciada hubiera creído mas en Dios y en su Providencia, hubiera visto que ese mal, ese placer, ó muerte instantáneamente, ó da tarde ó temprano de sí el dolor, al paso que el bien y la virtud producen siempre, siempre, grandes bienes, divinas é inextinguibles virtudes.

Margarita por fin se encaminó á la casa donde habia

pensado ir, á la casa de la pobreza, donde tal vez encontraría el asilo que le negaba la casa del poderoso. Dió con ella, y llamó repetidas veces. Dormían, y la pobre mujer se levantó, como quien se ve interrumpido en el primer sueño, maldiciendo y renegando. Abrió una ventana, y al pronto no conocía á Margarita. Mas así que se cercioró de que era su antigua señorita, salió á abrir la puerta, la abrazó, encendió lumbre para que se calentara, la coció unas sopas, la rebujó bien con un ropon suyo, la acarició mucho, casi llorando, al ver aquella grande y enorme desgracia, y por fin le cedió su lecho. ¡ Merecida lección de la Providencia; tremenda como todas las que da la Providencia !

Aquella mujer orgullosa iba á bajar su altiva frente en la choza de un pobre; aquella mujer, que despreciaba los palacios, tenía que recurrir á las cabañas; aquella mujer, que llevaba en pos de sí una corte de aduladores, se veía sola y abandonada. Aquella mujer, que había tantas veces dudado de la Providencia, solo fué salvada por la Providencia en aquella tremenda y horrible noche. ¡ Lecciones merecidas que da la Providencia ! No me cansaré nunca de inculcar en el ánimo de mis lectores algunas máximas que creo salvadoras. Debemos amar el bien por ser bien;

debemos apartarnos del mal por ser mal. Ningun interes debe llevarnos á las buenas acciones, ni debemos separarnos de las malas por temor al castigo. Desde el instante en que un principio, un sentimiento de utilidad se mezcla á una buena accion, pierde todo su esplendor, toda su grandeza, todo su brillo. Desde el momento en que solo el temor de un castigo cierto nos retrae de cometer una mala accion, moralmente es como si la hubiéramos cometido. Pero, á pesar de todo esto, no debemos olvidar que así como una verdad encierra una larga serie de verdades, el bien, la buena accion, contiene muchas buenas acciones, y el mal, las malas acciones, contienen muchas acciones de su mismo género; y que al fin el bien, como consecuencia de nuestra naturaleza, nos enaltece; y el mal, como contrario á nuestro espíritu, nos degrada, nos rebaja y engendra el mal.

XL.

Ángela habia ya decidido de su suerte; se habia abrazado á su vocacion. á ser con todo el entusiasmo propio de su gran alma, hermana de la caridad. El teatro, que habia sido para ella tan glorioso; el arte, que habia circundado de tantas y tan espléndidas coronas su frente, le repugnaba; parecíale que la virtud, y solamente la virtud, era hermosa y grande y perdurable. Todo lo demas del mundo era á sus ojos como si no fuese. El consuelo del afligido, la salud del enfermo, el amparo del huérfano, todo eso queria ser, todo eso debia ser Ángela. En la noche en que encontró á la infeliz Margarita, despues de haber largo tiempo combatido con su corazon, que le inclinaba á ir en pos de Margarita, se retiró á su casa. Estaba en vísperas de abrazar su nueva carrera, de consagrarse á Dios. Algunas veces habia luchado contra esta tendencia de su corazon. No se crea que Ángela habia llegado á esa decision suprema de su alma sin luchas y sin combates, no se crea esto.

Muchas veces la hermosura del mundo la hubiera distraído de su pensamiento; muchas veces, al verse en los grandes bailes, en los magníficos salones, al calor de aquella atmósfera, se había despertado en su alma el deseo de anegarse, de perderse en aquel mar de sensuales delicias; pero la voz poderosísima de su virtud, la pureza de su alma, su mismo desgraciado amor, habían sido bastante á salvarla en el oscuro horde de los abismos.

Otras veces, cuando oía los aplausos que la acompañaban en el teatro; cuando el entusiasmo enardecía los corazones; cuando mil flores caían á sus piés, y una corona de laurel ceñíase á su frente, aquella tempestad de entusiasmo, tan propio para despertar en el ánimo grandes ambiciones, la llevaba á creerse feliz; felicidad angañosa, que caía deshojada como una flor, y que se derramba por los aires como un suspiro.

Pronto volvía en sí de su entusiasmo, y pronto echaba de ver la nada de aquellos triunfos. En esta noche llegó á su casa. Estaba profundamente conmovida, y abrió la ventana de su habitación. Se veía el mar y el Vesubio, que exhalaba una especie de sonrosado vapor, parecido á los primeros albores de la mañana. La blanca nieve cubría el suelo y los tejados; y la luna, habiendo podido herir

con su tenue rayo las nubes, rielaba, aunque fugazmente, en las aguas y en la nieve.

Cuando á traves de un nublado de oscuridad densa llega el alma á ver un pedazo de cielo, se regocija, como cuando en la desgracia y en el abandono ve un amigo. Ángela sentia cierto placer en este instante; parecíale que aquel espectáculo de la naturaleza convidaba al amor. Una especie de sensacion voluptuosa la hacía aspirar las emanaciones de la naturaleza, el soplo de las brisas, como si fueran los besos de un amante. El deseo de vivir y hasta el deseo de gozar, se despertaba en su alma, ó mejor dicho, en sus sentidos. Hay en la naturaleza meridional cierta voluptuosidad, que embriaga. El mar en calma, el cielo que se aparece á traves de gasas que huyen, el rayo de la luna, que ora brilla, ora se esconde, los copos de la nieve, apénas prendidos á los árboles, prontos á deshacerse á un beso de fuego, el Vesubio hirviendo, todo esto debia despertar el deseo en el ánimo de Ángela.

En esto se oyó una música voluptuosísima tambien. Parecia la voz de la naturaleza que convidaba al amor. Era una serenata, una serenata á Ángela, una serenata que le daba el conde. No parecia sino que el mundo habia

querido escuchar la aspiracion de Ángela, y que la luna, las brisas, los campos y las ondas entonaban un cántico para ofrecerle la dorada copa del placer.

Una cancion de amor, una dulce cancion de Bellini, hirió los aires. No ha habido en el mundo poeta que haya expresado el amor como Bellini en sus cánticos. Y en el silencio de la noche, bajo el cielo de Italia, á la luz pálida de la luna, en presencia del azulado Mediterráneo, al pié de la ventana de una hermosura que palpita con el pecho rebosando amor, una cancion de Bellini, entonada por la voz de un amante, y de un amante que delira, y de un amante que es desgraciado; una cancion de Bellini debe ser como el canto del amor en su esencia, como el acento inimitable de todos los grandes dolores y exaltadas pasiones del alma.

Ángela sintió toda la triste melancolía de aquel canto. El corazon latió con fuerza en el pecho. Todo el amor de su corazon, todas sus grandes pasiones se despertaron en su alma. El deseo de vivir, de amar, se apoderó completamente de su ánimo. Sintió en un instante todo lo que se oculta de hermoso, de grande, en la naturaleza, en la creacion, en la sociedad, en el arte. Su sangre, jóven, hervia con el calor de la juventud, al abrasado soplo de

las ardientes pasiones. Sacó la cabeza para respirar las auras, las brisas húmedas de la noche; los rizos de su cabellera le cubrieron el rostro, y un rayo de luna, que atravesó las nubes, rodeó de una hermosísima auréola aquella artística y hermosísima cabeza. Renunciar á todos los placeres de la vida, á los aplausos de un público entusiasmado, á los goces de la familia, á la esperanza de un nuevo amor, á todos esos efectos y pasiones que encantan la vida, es un tristísimo, un cruento sacrificio. Y cuando la vida late con todo el entusiasmo de los primeros amores; cuando la sangre corre por el cuerpo como exuberante sávia; cuando la imaginacion abre sus pintadas alas llenas de mil ilusiones, matizadas de mil colores; cuando el espíritu aspira á lo infinito y se pierde en sueños, delicias, imágenes, sentimientos; cuando sucede todo esto en ciertas edades felices de la vida, separarse del mundo, separarse de la sociedad, es superior propósito á la débil naturaleza; y así Ángela, embriagado su corazon por todo lo que presenciaba, por todo lo que veía y oía, se olvidó por algunos instantes de su juramento, y pensó vivir, y vivir en la sociedad, en el mundo.

Hubo un instante en que creyó que iba á amar; un

instante en que creyó que el conde habia tocado en su corazon; el espectáculo de la naturaleza, el olor de las violetas, que en un jarro tenia en su ventana, la luz de la luna, las brisas del mar, el eco de aquella voz enamorada, el acento de aquella música voluptuosa, todo, todo esto habló en su ánimo con su irresistible elocuencia, y enardeció la sangre de su corazon.

Pero entónces el rayo de la luz de la luna iluminó una alta cruz, que se levantaba sobre un campanario. El signo de la redencion humana, destacándose del oscuro fondo de las negras nubes, relució como un lábaro santo á sus ojos, como la divinizacion del dolor y de la tristeza. Entónces las alas de las pasiones terrenas, que se habian apoderado de su espíritu, quedaron quemadas en aquel fuego de amor divino, y un mar de lágrimas inundó su rostro. El sacrificio, el sacrificio, decia Ángela, es necesario, el sacrificio á toda costa. Vivir para el arte, para el teatro, es vivir para el placer de los felices; vivir para el hospital, para el campo de batalla, es vivir para el consuelo de los desgraciados. Hermosa, muy hermosa es la corona de diamantes que el poderoso arroja como un don á las plantas del artista; pero es mas hermosa esa otra corona ideal, que las lágrimas de los infelices, cuajadas en invi-

sibles perlas, ciñen á la frente de la hermana de la caridad. Triunfar con el canto, con el arte, en un hermoso teatro, inundado de luz, resplandeciente de hermosura, lleno de beldades que latén de amor, de placer, á los ecos divinos de aquellos cantares, puede ser muy hermoso, muy bello; pero es sublime, verdaderamente sublime bajar á los tristes hospitales, á los campos de batalla, á las negras chozas, á las casas miserables, al lecho infeliz del moribundo á sostener en su combate la virtud, á exaltarla al cielo, á recoger el último soplo del moribundo, á guiar su alma á la bienaventuranza, á orar sobre su cadáver inanimado y frio, á seguir el vuelo de su alma purificada por el martirio y el dolor hácia Dios. En esta sociedad de egoísmo frio, en esta sociedad que aísla á cada sér en sí, en su casa, en su propia vida; en esta sociedad positiva, un sér que se sacrifica por sus hermanos, que busca el dolor, las lágrimas, los quejidos, que se goza en derramar por doquier consuelos, que vive para dar vida á todos los que sufren, un sér consagrado á la heroicidad mas alta, á la heroicidad moral, es indudablemente un ideal de virtud que brilla como el astro, como la estrella, entre las espesas tinieblas de la noche.

XLI.

Un dia ántes de que Angela abrazara su nuevo estado, el conde Asthur fué á verla á su casa. Estaba mas hermosa que nunca. La tranquilidad de su alma se reflejaba en su mirar y en su frente. Estaba vestida de blanco; sus cabellos le caian en dos gruesas trenzas, descuidadamente, sobre sus espaldas. Su hermosura, decíamos, resplandecía como nunca. Era como el último rayo del sol cuando se balancea sobre el ocaso, que parece á nuestros ojos mas puro, mas limpio y mas hermoso.

El conde le dirigió al entrar estas palabras :

— ¿No hay remedio?

— No le hay.

— ¿Mañana?

— Mañana.

— ¡ Terrible dia!

— El dia mas hermoso de mi vida,

— ¡ Ángela ! Sois muy cruel.

— ¿Por qué?

— Porque vais á abandonar, por la religion de la caridad, la dulce religion del arte.

— No lo siento.

— Porque vais á abandonar á vuestros amigos, y estáis alegre.

— Señor conde, solo por algunos amigos siento abandonar la sociedad.

— ¿Por mí? ¿Acaso por mí?

— Acaso por vos.

— Soy feliz.

— ¡Ah!

— Soy feliz. porque he logrado inspiraros algun sentimiento.

— Siempre me habéis inspirando una acendrada, una verdadera amistad.

— ¿Nunca amor?

— Nunca.

— ¡Y vamos á separarnos!

— Para siempre.

— Ángela, en mi vida no puede haber ya tranquilidad.

— Rogaré á Dios por vos.

-
- ¡Una oracion!
- Tambien una oracion.
- ¿Ningun otro recuerdo?
- Ninguno.
- Yo no puedo vivir en el mundo.
- No creo tal.
- No me resigno á vivir en un mundo de que vos habéis huido.
- Nada mas fácil que encontrar consuelo.
- ¡Ah! No, no lo hay para mi herido corazon.
- No parece, conde, sino que soy yo sola en el mundo.
- Para mí, sola.
- Otras mujeres...
- No, no.
- ¡Conde!
- No puede ser.
- Consolaos.
- No puedo consolarme.
- La vida es tan espinosa...
- Pero esta muerte anticipada es tan triste.
- No puede ser muerte la consagracion á la caridad.

-
- Para mi corazon es la muerte de la esperanza.
- ¿Y por vuestro corazon medís el mundo?
- Sí.
- ¿Y por vuestro corazon medís el cielo?
- Sí.
- Os engaña ese vuestro duro egoísmo.
- ¿Egoísmo un amor que me abrasa el alma?
- Será egoísmo de dos, pero al fin es egoísmo.
- Y no podré veros?
- No : mi vivienda será el campo de batalla, el hospital y la choza del pobre moribundo.
- Vos, que habiais nacido para el arte...
- Sí, es verdad, para el arte ; pero no para ese arte que vos encarecéis.
- ¿Queréis negar á Dios hasta la grandeza del don de canto que os ha concedido?
- No, en verdad.
- ¿Pues cómo renegáis del arte?
- Hay un arte mas grande y mas difícil que el arte que encarecéis á mis ojos.
- ¿Cuál es?
- El arte de la vida.

— ¿Y no podiais vivir bien aquí en el mundo? ¿No podiais ser feliz, vos la primera artista de Italia?

— Mas feliz me creo siendo su última hermana de la caridad.

— Me partís el pecho.

— Credme, credme.

— Me desgarráis el alma.

— Conde, hermosear el alma es nuestro destino.

— ¿Y el alma, no es hermosa cuando lleva su ira, cuando entona un dulcísimo canto?

— No es tan hermosa como en los instantes supremos en que se acerca á un desgraciado y consuela a un afligido.

— Mas para eso, ¿era por ventura necesario que fueseis hermana de la caridad?

— Lo era

— Pues no advierto la causa.

— Lo era.

— ¿Por qué?

— Porque yo no me contentaba con dedicar un instante á mis hermanos, instante que les regateaba el arte y el mundo.

— Ángela, ¡y para hacer felices á tanto séres, me hacéis á mi infeliz !

— Vuestra infelicidad no podía yo consolarla.

— Es cierto. Hermana de la caridad, vais á consagraros á curar enfermedades, á socorrer infelices, á serenar tempestades y desgracias : ¿y no podéis curar esta gran enfermedad de mi alma? ¿Qué sirve, pues, vuestra ardiente caridad?

— Mi caridad se cernerá sobre el lecho del enfermo.

— ¿Y la enfermedad de mi alma?

— Esa enfermedad la puede curar vuestra razon.

— No, ni la misma muerte. Atravesaré el tiempo que me separa de la eternidad, y al entrar en la eternidad llevaré conmigo este dolor inmenso, infinito, esta incurable desesperacion, que es, que ha sido, que será mi eterna desgracia.

— Aun así os podéis consolar.

— ¿Cómo, cuándo, de qué manera?

— Mucho desconfiáis de Dios.

— ¡Ah ! ¿ No veis impresa en mi frente la indeleble huella de su justicia ?

— ¿ Por qué. por qué os quejáis así ?

— ¿ Y me lo preguntáis vos, Ángela?

— El mundo, nuevos amores ofrecen consuelo.

— El mundo para mí está vacío, el amor me es imposible sin vos.

— ¡ Conde ! Ya os he dicho que Dios me ha negado el amor.

— ¡ El amor para mí !

— El amor mio solo puede ser ya el fuego de la caridad.

— ¿ Conque al fin me abandonáis ?

— Sí, conde. Esta debe ser nuestra última entrevista; estas palabras, nuestras últimas palabras.

— ¡ Ah ! Se me oprime el alma.

— Tambien sobre mis ojos cae como una niebla.

— Sentís...

— Siento este instante.

— ¡ Oh ! No volvernó á ver.

— No.

— ¿ Nunca ?

— Nunca. La vírgen consagrada al Señor, en su ardiente caridad, debe desceñirse de todos los lazos materiales, quebrar todas las cadenas, el amor, la amistad ; ser solamente para sus hermanos.

— Yo no puedo ya ver el mundo; me parece un mundo

sin sol. Separado de vos, de mi amor, yo no puedo vivir.

— Conde, cerrad vuestro labio á esas palabras.

— ¡ Oh! La verdad pura como el cielo, como la inmaculada luz, no puede ser nunca, nunca un crimen. Dios no puede castigar la verdad.

— Señor conde...

— Dios no puede castigar esta pasión que, en medio de su gran desgracia, me ha enseñado el camino de la virtud, el camino del cielo.

— Pues bien, seguidlo hasta el fin; seguidlo, y me daréis una prueba de que no olvidáis mi nombre.

— En este instante abandono el poder.

— Tenéis razón; hay un poder mas alto, que es el poder de hacer bien.

— Abandono la corte.

— ¡ Conde!

— Y en un retiro, en el campo, pasaré mi vida. para que el mundo no me distraiga de mi pensamiento.

— Pero una vida abandonada á la soledad, es una vida estéril.

— Vos lo habéis dicho : no pienso esterilizar mi vida.

— Empleadla en aliviar á vuestros hermanos en sus males.

— Voy á reunir á mi alrededor una pequeña colonia de trabajadores.

— Justo, justo.

— Les enseñaré sus derechos y sus deberes; les hablaré de Dios; haré que sea su vida feliz en el trabajo.

— Eso debéis hacer.

— ¿Quién sabe si de aquellos pobres infelices nacerán buenos hijos de Italia?

— ¡ Oh! En el mundo moral como en el mundo físico, cada cosa produce sus semejantes. La semilla de la virtud dará de sí grandes virtudes.

— Y entónces no habrá sido estéril mi vida. Yo recordaré en el silencio de mi retiro que vos habéis sido la estrella de mi vida, que vuestro nombre y vuestra alma me han guiado á la virtud.

— Comprenderéis un amor mas sublime que este amor.

— Todos los dias, al salir el sol, os benedeciré; porque vos habéis sido el sol de mi vida y de mi alma.

— Me enternecéis.

— Recordaré que yo estaba sumido en el polvo de las bajas pasiones, en la venganza, en la sed hidrópica de riqueza y de poder.

— Justo, justo.

— Y recordaré tambien que vuestra voz, ese dulce y celestial reclamo, despertándome á la vida, ha abierto en mi ánimo los horizontes infinitos de la virtud.

— ¡ Oh, señor conde ! Me reeconciliais con la vida.

— Mi primera oracion será para vos ; mi última palabra para vos. Dios me admitirá en la eternidad, porque llevaré vuestro recuerdo.

— No, porque llevaréis la virtud.

— Mi virtud, mi virtud, la fuerza misteriosa de mi alma, es vuestro amor.

— Conde, debemos separarnos. Suena la hora...

— Separémonos, pues.

— No me olvidéis.

— Yo, yo...

Y el conde se ahogaba de dolor.

— Pensad en Dios.

— Pensaré en vos.

— Orad por mí.

— ¿ Y vos ?

— Yo rogaré al cielo que seáis feliz.

— Mi felicidad sería...

— ¿ Qué ?

— Un recuerdo vuestro.

— Le tendréis.

— ¡ Oh !

— Sí, le tendréis.

— Dadme vuestra bendicion, dijo el conde, hincando la rodilla en tierra. Ángela puso sus dos manos sobre la cabeza del conde, y murmuró una religiosa plegaria. El conde se levantó y dijo estas palabras:

— Ya estoy mas animado para este tremendo trance. Á Dios.

Dos grandes sollozos se mezclaron en los aires, al mismo tiempo que aquellos dos seres se separaban.

XLII.

Era una hermosa mañana. Á la puerta de la iglesia de Nápoles se reunia gran multitud, que aguardaba un extraordinario acontecimiento. Muchos coches, ricamente engalanados, llenaban las avenidas, mostrando con su lujo y sus preseas que todas las clases igualmente se interesaban en aquella religiosa ceremonia. La curiosidad se pintaba en todos los semblantes, afecto que se trasluce y trasparente de una manera admirable. Y en verdad, el acontecimiento no era para ménos. La mujer cuya voz habia sido la delicia de la corte, el ángel del arte, la reina de la moda en Nápoles, habia menospreciado sus triunfos, habia desoido sus aplausos, habia roto sus refulgentes coronas, y se abrazaba á la cruz, y hacia el gran sacrificio de condenarse á arrastrar su gloriosa vida por los hospitales, por los campos de batalla, por las chozas de los enfermos, por todos los triste hogares donde llora y sufre la triste humanidad.

Era esta una gran lección dada el mundo, un gran ejemplo dado á la sociedad. Las que andan tras los adoradores; las mujeres que solo viven oyendo el engañoso rumor de la lisonja, veían una mujer, de tantos idolatrada, abrazarse á su única tabla en el gran naufragio de la vida á la virtud, al sacrificio. Los seres que solo gustan de los aplausos, que viven respirando ese aroma que pasa y se desvanece, y se disipa como el humo, veían á la mujer aplaudida, y la mujer coronada, hollar sus coronas, y en vez del grito de entusiasmo escapado del pecho herido por el arte, buscar el ¡ay! desgarrador del moribundo y del enfermo. Los que no creen en la virtud, seres desgraciados, que imaginan la sociedad un centro de vicios, y el corazón humano sepulcro lleno de miserias, en aquella mujer ideal veían un ángel que llevaba en sus sienes la auréola mas preciada que puede alcanzarse en la tierra, la rica auréola de la perfección moral. Así, nunca el triunfo de Ángela habia sido mas grande, mas esplendoroso; nunca su voz le habia granjeado tantos aplausos, nunca en el teatro vestida deslumbradoramente, llena de perlas y diamantes, se habia mostrado tan hermosa como en aquel supremo día de su vida, cuando iba á vestir el tosco sayal y la humilde toca.

Sin duda reconoce el mundo, ese mundo tan injustamente tratado por muchos moralistas, que la belleza mas bella, y la sublimidad mas sublime, es la virtud; reconoce el mundo que la perfeccion moral se refleja con un tinte sonrosado en el rostro, y hermosea todo nuestro sér y lo engrandece, y lo exalta, y lo transfigura, pues siempre el mundo tiene para la virtud gloria y respeto.

Así es que toda aquella muchedumbre que se agolpaba á la puerta, que iba allí á ver á la mujer extraordinaria, en realidad, de aquel espectáculo, aprendia una enseñanza moral mucho mas alta y provechosa que las pláticas de muchos libros y de muchos sermones de muy severos y graves moralistas. No hay ideal de virtud tan bello como el que ven los ojos; no hay enseñanza tan grande como la enseñanza práctica. Así, el ser virtuoso es á un tiempo mismo la idea y el hecho, la leccion y el ejemplo, la teoría y la práctica, la enseñanza y el modelo, la voz que excita á la virtud, y la fuerza que separa los grandes obstáculos de que el camino de la virtud se halla sembrado, mostrando en la hermosura de su vida y en la grandeza de su alma, nortes adó convertir la mirada en las grandes tempestades y en los amargos trances á que está sujeta nuestra dolorosa existencia. Por eso Ángela se

presentaba en esta ocasion tan grande, y ninguno de sus triunfos igualaba á este triunfo, y ninguna de sus glorias igualaba á esta gloria. Despues de todo, el arte mas difícil es el arte que consiste en hermostear nuestra vida; el objeto mas bello á que podemos consagrarnos, es á iluminar con la virtud nuestra alma. La virtud es un deber; pero es un deber muy hermoso, muy grato. El camino de la virtud está sembrado de flores. La tranquilidad del ánimo, la luz en la conciencia, la esperanza en el corazon, son dones riquísimos del cielo, dones que no apreciamos en todo su valor, sino cuando no los tenemos, cuando nos aflige el agudo y penoso remordimiento.

La iglesia se presentaba como para una fiesta. El altar mayor está cuajado de flores y de luces. La Virgen, madre de Dios, se levanta en el ara, cubierta de rosas. Los ángeles la rodean, y la miran como arrebatados de amor. El incienso sube en espirales al cielo; el canto sagrado resuena solemne y acompasadamente bajo las sagradas bóvedas. La gran cantora, el ornamento del teatro, va á ceñir el tosco sayal de hermana de la caridad. Á un lado del altar se ven las damas dela corte, cargadas de pedrería; el mundo que va á dejar Angela; á otro lado del altar se ven las hermanas de la caridad con sus toscos sa-

yales ; el mundo que va á elegir Ángela. Allí se ve bien manifestamente lo que es la vida, lo que es la virtud. Aunque unas aparecen mas lujosas, las otras llevan sobre su frente una auréola mas preciada, mas luminosa. Todos los concurrentes, sin embargo, se entregan á profundas meditaciones. ¡ Qué enseñanzas tan sublimes no dan los grandes hechos que pasan á nuestra vista !

Aquella pobre muchacha que anduvo un dia cantando por las calles de Nápoles, fué realzada á reina de los salones y de la moda por la corte. Aquella mujer, desde el alto asiento á que la alzara la Providencia, va á ser por su propia eleccion hermana de la caridad. Muchas, la mayor parte de aquellas damas, no pueden comprender ni explicar el sacrificio de Ángela. Una mujer que abandona ricos brocados por un sayal, los salones por los hospitales, á la mayor parte de aquella frívola gente de corte, le parecia asunto mas para una novela que para la vida real.

Ángela es el único sér que no se maravilla. Su accion le parece tan natural, que ni siquiera la extraña, ni siquiera considera el trance en que se encuentra, Va á abrazarse á la cruz, á seguirla en el mundo. Desde lo alto de aquella cruz sabe que puede, transformada, bendecida, re-

generada, levantarse como un hermoso ángel á los cielos.

Así Ángela no miraba, ni aquellas cabezas que se apiñaban para contemplarla, ni aquellos preparativos, ni el mundo que tras de sí iba á dejar ; solo miraba con verdadero entusiasmo aquellas sus hermanas, sencillamente religiosas, con las señales de su martirio, de sus luchas, de sus sacrificios en la frente, como estrellas que guían á la eternidad.

Sus amigas la abrazaban, y en algunos instantes sentia abandonarlas. Mas cuando algun asomo de duda ó de incertidumbre pasaba por su ánimo, volvía los ojos á sus hermanas, á sus compañeras en el sacrificio, y sentia un nuevo aliento en su pecho, una nueva y mas espléndida inspiracion en su conciencia.

Llegó el instante de separarse de su anciana madre. En tan supremo instante, se le partía el corazon en mil pedazos. Su valor era sombrío, triste. como esas tempestades que nunca pueden resolverse en lluvia. Un gemido sordo se escapó de su pecho ; sus rodillas temblaban, y cayó de hinojos, y su madre le dió su bendicion, que la animó para proseguir en su calvario.

Ángela dejaba á su madre muy bien, con grandes ren-

tas para vivir en compañía de unos parientes, á quienes ella amaba mucho. Mas la separacion era dolorosa y triste; y como se prolongase mucho aquella escena de angustia y de dolor, se levantó y fué despidiéndose una á una de todas sus amigas, de todas las que la habian acompañado en la corte de Nápoles. Por fin, parecia que era aquel ya el último tránsito de una vida á otra vida, el adios de un mundo á otro mundo, el abandono completo de la sociedad, y la exaltacion á otra sociedad, donde el dolor es el mayor timbre, la mejor prenda del alma, donde se mide la vida por sus buenas acciones, por sus buenas obras.

En un momento, el recuerdo del mundo que dejaba, se apareció á los ojos de Ángela. Cuando llegaba en su despedida al grupo donde estaban sus amigos, salió entre ellos el conde.

— ¡Ángela !

— Á Dios.

— Mi última plegaria.

— No es oida.

— Por Dios.

— Dios me llama al cielo.

— El amor.

— Solo el amor de Dios me llama.

— Oidme.

— No puede ser.

— La ingratitud...

— Conde, á Dios.

— Ángela, me matáis.

— Fio en Dios que os ha de consolar.

— Hoy mismo salgo para mi retiro.

— Que seáis feliz.

— ¡Ángela !

— No puedo oiros.

— En esto volvió á presencia de su madre. Todos los espectadores respetaban aquella escena y aquel dolor sublime.

— Hija mia...

— Madre...

Un prolongado sollozo volvió á interrumpir sus palabras.

— Me parece cada momento mas triste nuestra separacion.

— ¡Madre mia !

— Piensa bien, Ángela, lo que vas á hacer.

— Lo he pensado.

— Los dolores que te aguardan.

— Hemos nacido para padecer.

— Las tristezas que han de rodearte.

— Esas tristezas no serán tan grandes como la que llevo yo dentro del pecho.

— Las fuerzas que necesitas.

— Hasta la muerte puedo llevar mis fuerzas.

— Los grandes males y las grandes miserias...

— ¡Oh! Males y miserias que me abrirán el camino á otra vida mejor.

— Tu madre, tu anciana madre...

Ángela no pudo sufrir esta elocuente palabra, y cayó á los piés de su madre anegada en lágrimas.

— No me necesitáis...

— Una madre necesita siempre de sus hijos.

Y la pobre mujer se ahogaba de angustia, de pesar.

Ángela conoció que necesitaba consolarla.

— ¿Nos veremos todos los días ?...

— Sí, sí, madre.

— ¿Nos veremos ?

— Todos los días, madre mia.

Y Ángela, no pudiendo sufrir mas, se levantó y siguió en aquella larga calle de amargura. En un lado encontró

el ermitaño á quien fué á ver en cierta ocasion para comunicarle sus grandes angustias y dolores.

— ¿Me conocéis? le dijo.

— Sí.

— ¿Os acordáis de mí?

— Me acuerdo.

— ¡Os habéis decidido á este gran sacrificio!

— Con todo mi corazon.

— ¡Infeliz!

-- ¿Me compadecéis?

— Sí.

— Me creí digna de envidia.

— Os compadezco, porque quizá nadie de los que os rodean os comprende.

— ¿Y vos?

— Yo comprendo que vos habéis nacido para la sociedad.

— Es cierto.

— Que vos amabais la gloria.

— Es verdad.

— Que vos habéis deseado mil veces los goces tranquilos de la familia.

— Sí, sí.

— Que vos habéis amado mucho.

— Mucho.

— Y que sin embargo, os decidís á este cruento sacrificio.

— Sacrificio que es mi única salvacion.

— Pero sacrificio en cuya ara habéis derramado todas vuestras lágrimas, toda la sangre de vuestro corazon.

— Sí, sí.

— Mártir del Señor, entrad por las puertas eternas de su gloria.

Ángela se levantó transfigurada, y se acercó al hermoso altar.

Ángela oyó una breve plática de labios del sacerdote. Este le pintó lo escabroso de la senda que iba á recorrer, y lo grande é inmenso de las fuerzas que necesitaba para recorrerla; el aliento que un pecho femenino habia menester para lanzarse en ese mar de dolores. El enfermo, le decia, huele mal; en sus delirios suele olvidar hasta las leyes de la decencia; en sus males suele renegar hasta de lo mas santo; vuestra caridad ha de ser tan pura, tan desinteresada, que sabiendo todo esto, y aun mucho mas

que de triste ofrece la negra y fria realidad, ha de seguir al enfermo hasta el pié mismo de su sepulcro, si muere, y hasta su completa convalecencia, si sana.

No ha de repugnaros, ni las llagas, ni la lepra, ni las mil asquerosas enfermedades á que la humanidad está sujeta, decia el sacerdote. Cuando la muerte extienda sus negras alas sobre un campo de batalla, entónces debéis aparecer allí vos, interponiéndoos entre enemigo y enemigo, curando á todos los heridos, aun á los que hayan caido por causa contrária á la de vuestra patria ó á la de vuestra fe. Ni el clima ardiente, ni el clima frio debe impresionaros, ni detener vuestro paso las olas del mar, ni impedir vuestra obligacion sagrada los lazos de la familia, de la amistad ó del sentimiento. Vuestro hogar, desde hoy, va á ser el pobre tugurio donde habita el pobre enfermo, la choza, el hospital; vuestra familia, todos los que lloran, todos los que padecen. Muchas veces encontraréis la ingratitud; el mismo corazon que habéis socorrido, la misma sangre que habéis restañado, se sublevará contra vos; olvidarán vuestros sacrificios, vuestros desvelos y vuestras angustias. No debe importaros. Vos debéis hacer el bien por ser bien. Dios, que vive en medio del dolor y de la desgracia, agradecerá

siempre vuestro sacrificio. La sangre que restañéis, es como su sangre; la herida que cerréis, como si fuera su herida. Lo dijo en su Evangelio, en esa palabra divina, que permanecerá siempre, aun cuando se apague el sol, y se caiga el cielo; y lo que en su Evangelio dijo, se cumplirá.

Ya veis cuántos caractéres divinos tiene una religion, que comienza por haceros ver en un enfermo, á pesar de su palidez, de su dolor y de su miseria, al mismo Dios, que resplandece con gloria inmortal sobre miriadas, y miriadas de mundos y soles. Meditadlo bien, hija mia : si el mundo que abandonáis, los aplausos que oís, las mil adulaciones que en la vida os han tributado, han de aparecer á vuestros ojos despues, turbando vuestro reposo, abierto tenéis el camino, aun está abierto; podéis volveros, podéis elegir en tan supremo instante entre las obras de arte y las obras de caridad ; entre el enfermo, el desvalido y la corte; entre el hospital y el teatro.

Pensad lo que allí dejáis, y lo que aquí venís á recoger. Allí dejáis un público que oye frenético vuestra voz; trunfos, aplausos, coronas, todo el falso ruido de que está ocompañada la gloria del mundo; aquí venís á recoger lágrimas, suspiros; aquí no oiréis mas aplausos que

el quejido del moribundo; aquí no aguardéis mas recompensa que la tranquilidad de vuestra conciencia y la esperanza en Dios. Este es el mundo que venís á abrazar, y ese el mundo que vais á dejar. Miradlos surgir á los dos; miradlos con los ojos del alma; elegid aquel á que mas se inclina vuestra voluntad, la voluntad, que siempre se inclina, por su desgracia, al placer. Meditad, meditad. Que Dios ilumine vuestra conciencia.

Un silencio augusto y solemne siguió á estas palabras. Todo el mundo detenía el aliento para escuchar. La voz del orador, resonando augusta en el seno del templo, habia mostrado á los ojos de Angela todos los halagos y encantos de la vida que dejaba, todas las penalidades y tristezas de la nueva vida en que iba á entrar. Ángela no quiso contestar en el mismo instante, en que fué de aquella manera invocada la rectitud de su corazon y de su conciencia. Si hubiera contestado confusamente, hubiéramos dicho que, irreflexiva y apasionada, se arrojaba en aquel estado y vida, como el infeliz desesperado que cierra los ojos, y en un vértigo se arroja y se despeña en una sima. Así el silencio de la jóven parecia una tregua; su prolongacion una retirada. Todos se miraban, todos. Á todos les parecia que iba á dar de mano á todas las ideas

que la habian llevado al pié del ara, á levantarse y á volver á dotar el mundo con los acentos de su divina voz. Los mil apasionados que tenia, apasionndos de su genio, apasionados de su voz, apasionados de aquella estrella del arte, que relucia en la memoria de las gentes sobre todos los genios que habian hasta entónces brillado en la escena, recobraban alguna esperanza. Mas bien pronto se disiparon estas dudas, cesó esta incertidumbre. Ángela, con voz firme, inteligible y clara, dijo :

— Quiero ser para siempre hermana de la caridad.

Y prestó su juramento é hizo su voto.

Un inmenso agudo grito de dolor salió de todos los pechos, de todos los corazones. Unos veian irse, desaparecer, la gran cantora; otros la inolvidable amiga; todos sentían y admiraban á un tiempo aquel desenlace de una vida tan grande, tan virtuosa, tan sublime, tan heroica; vida que habia sido un continuo sacrificio, que se remataba por un grandioso sacrificio tambien. El conde Asthur, apoyado en una columna, pálido, fuera desí, miraba con ojos desencajados aquella blanca y hermosa figura que se destacaba al pié del altar, como un ángel enviado por Dios desde las alturas del cielo, como el hermoso ideal de la virtud y del heroico sufrimiento.

Toda su esperanza huía, toda. Es tan loco el deseo humano, que no se da por vencido, ni aun delante de la fría invencible realidad. El conde hasta aquel instante, como si las palabras de Ángela hubieran sido inventadas, sentía algún consuelo, algún alivio á su imponderable dolor, á su aflicción sin límites; pero desde que la oyó jurar, cayó como negra espesísima noche sobre su triste conturbado espíritu. Sus ojos se nublaron de lágrimas; el corazón se le quería salir del pecho; le faltaba la respiración. y basta la tierra huía bajo sus plantas; que no hay enfermedad tan aguda y tan triste como la honda, la profunda enfermedad moral del corazón.

Ángela se retiró. Fué á desceñirse los vestidos que llevaba, y á vestir el saco de hermana de la caridad. Los pliegues de su traje, muy ceñido, dibujaban como las vestiduras de las estatuas griegas sus esbeltas formas; su blanca pura toca parecía como una alba nube del cielo, que circundaba de inmaculada pureza sus sienes.

XLIII.

Por fin Angela abrazó su cruz. La separacion de sus amigas y de su familia, fué para ella dolorosa ; pero la paz de aquella mansion le pareció santa. Inmediatamente que entró, consagróse con todas sus fuerzas al trabajo. No habia labor que no comprendia y no acabara con su igual constancia; no habia trabajo que la hiciera flaquear; no habia desgracia que no socorriese, ni enfermedad que no aliviase con ese heroísmo, con esa constancia propia de su carácter, dulce y fuerte al mismo tiempo. Desde que entró en el convento, parecia que su vida se habia serenado, que su salud habia vuelto á recobrar las perdidas fuerzas. En su rostro, en su frente, se reflejaba la serenidad interior del espíritu, la dulce y serena paz del corazon. Era así su vida como un suspiro, como una plácida alegría, como un instante feliz, que no se concluia nunca. Es verdad que habia hecho grandes sacrificios; pero todo cuanto habia perdido, lo olvidaba para recordar tan solo

aquello que habia deseado. Sus hermanas la querian mucho. Los niños, cuya educacion tenia á su cargo, la idolatraban; los enfermos decian que aquella mujer era su providencia. No solamente curaba las enfermedades del cuerpo, con esa solicitud que era, y no podía ménos de ser, timbre de su carácter; curaba tambien las enfermedades del alma con sus consejos, con su dulce palabra, con su buen ejemplo. Cuando se inclinaba sobre el lecho de algun enfermo para darle la medicina, le devolvía la tranquilidad con su sonrisa, con su gracia, con su dulce alegría. Nunca acongojaba ni se acongojaba; nunca se mostraba inquieta; nunca hacía desesperar el ánimo del enfermo. Al mismo tiempo parecia su actividad infinita. Se encontraba en todas partes, asistía á todas sus obligaciones, aun le sobraba tiempo para ejercer por sí la espontánea caridad de su alma. Su vida, su alma eran como un fuego purísimo, como una llama en que se purificaban muchas vidas y muchas almas. Hablando siempre de Dios, de su infinita misericordia y bondad, sosteniendo á los débiles, aliviando á los afligidos, siendo la providencia de los menesterosos; llena de energía, de actividad, soñando con un ideal divino, que se traducía en todas sus obras, en todas sus acciones, Ángela era como

una artista de la caridad; pues la caridad, como si fuera su creacion, resplandecia sobre su frente. Su alma hermosa, hermosísima, su virtud semejante á una estrella sin ocaso, aunque cuidadosamente oculta, resplandecia á los ojos de tódo el mundo. No habia mujer del pueblo que no la tuviera por santa; no habia alma elevada que no la viera, desprendida ya de la tierra, vagar en el dorado éter del firmamento, en los arreboles de la bienaventuranza. Esos séres virtuosos y buenos son un gran consuelo para el alma, y un gran ejemplo y una gran enseñanza moral. Cuando se ve en la vida uno de esos séres, no hay duda de la realidad de la virtud. El corazon mas turbado y mas empedernido cede á la evidencia, y cree y confiesa que la virtud, con todós sus hermosos resplandores, existe viva y pura en la tierra. Por eso el hombre debe ser virtuoso. Cuando una existencia se corrompe, no se corrompe nunca sola. El ponzoñoso hálito que exhala trasciende á todos los séres, corrompe y envenena toda la atmósfera. El mal ejemplo es como nube que empaña el cielo, al paso que el buen ejemplo es como una estrella perenne y fija siempre en la bóveda celeste. Los que se extravían, cuando ven la hermosura que la virtud presta, dejándose el mal camino, vuelven fiel y

tranquilamente á la virtud, con el corazon rebosando alegría. No hay nada mas bello, nada mas grande, nada mas hermoso que el cumplimiento del deber, el ejercicio de la libertad, y hasta el sacrificio para conseguir aquello que creemos un bien.

Así, Ángela era en la vida un ideal, que heria los ojos de todos los descreídos, una enseñanza que aleccionaba á todos los desesperados, un norte á que dirigian sus pasos muchas almas que, sin ese gran ejemplo de alta moralidad y virtud, acaso acaso se hubieran perdido para siempre en los intrincados laberintos del mundo. La vida de Ángela era un continuo trabajo para el bien. Á las cinco de la mañana, cuando apenas en ciertas estaciones del año comenzaban á disiparse las sombras, abandonaba su lecho, y pasaba algunos instantes en su tocado. Su traje era un sayal negro. Una blanca toca adornaba sus sienes. Un ligero velo negro caía sobre su espalda. Con este traje parecia mas hermosa. En seguida, si no habia pasado la noche en vela, se dirigia á prestar sus atenciones á sus enfermos. Despues bajaba al templo á cumplir sus deberes religiosos. Subia á su celda y hablaba algunos instantes con su madre, á quien veia sin falta alguna todos los dias. En seguida reunia á cinco niñas pobres que tenia á su cui-

lado, y les enseñaba la moral y la religion cristiana con esa elocuencia maternal, clara y sencilla, que solo posee el corazon de la mujer. Volvia despues á sus enfermos, y á la cabecera del lecho del dolor pasaba sus dias y sus noches, hasta que el cansancio la rendia y la obligaba á conciliar el sueño para recobrar las perdidas fuerzas.

Habia dias extraordinarios en que iba á visitar las cárceles de mujeres, á llevar limosna á la choza del pobre. Tenia tal acierto para repartir la limosna, tal conocimiento de las necesidades y faltas de las familias pobres, que se puede asegurar que la llamaban la limosnera general de Nápoles. En efecto, las almas caritativas que necesitaban hacer alguna limosna, acudian á Ángela y depositaban los donativos en sus manos, y dejaban á su discrecion el repartirlos. Así iba siempre haciendo bien, siempre derramando consuelos. Al hambriento le daba pan, al enfermo la salud, al descarriado el ejemplo, al niño la luz de la educacion, y entre todos repartia la esencia purísima de su alma.

Su modestia, su virtud tranquila y pura, el cuidado con que guardaba sus buenas acciones, su palabra dulcísima, su voz encantadora, su carácter blando y sencillo, su exaltada caridad, todas sus prendas hacian de esta mujer extraor-

dinaria un ángel purísimo, un mensajero de Dios enviado del cielo para hermohear la tierra.

Y sin embargo, esta jóven tan buena, padecía mucho, muchísimo. La llaga de su amor no se había curado. El recuerdo de Eduardo no se había extinguido en su memoria. Aun se aparecía á sus ojos, con toda su belleza, el sauce, la fuente, el mar, la barca en que Eduardo cortaba las olas; aun resonaba en sus oídos la dulce voz de su amado.

Ninguna de las grandes transformaciones de su existencia habia sido bastante poderosa para aliviarla del grave peso de este recuerdo, ninguna. Huyó de los patrios campos. y fué á Nápoles. Allí se le aparecía Eduardo. Volvió otra vez á su antigua vivienda. Allí veía en todas partes la imagen de Eduardo. Llegó á la gloria; allí, en medio de los aplausos que oía, entre el entusiasmo del público, en la cumbre de la fama, sus ojos solo acertaban á ver la imagen de Eduardo. Ni el olvido ni la ingratitud pudieron ser parte á borrar en su corazon este recuerdo que la atormentaba, y que era al mismo tiempo el secreto de su vida, la esencia misteriosa de su alma.

Entró en el convento, y en la soledad del claustro veía siempre la misma imagen, y hasta al pié del altar se le

aparecia Eduardo. Su dolor era inmenso, inexplicable. Era el dolor infinito de un alma que huía del mundo, y que ha perdido el mayor bien del mundo, la esperanza.

Así en vano había recurrido á los mil medios de que podía disponer para borrar aquella pasión de su exaltado pecho. Todos habían sido inútiles, completamente inútiles todos. Puro su amor, pero vivo como el primer día, llenaba toda su alma. El recuerdo de Eduardo era la principal idea de su mente. En vano se había herido, se había martirizado en vano; de los dolores de su alma, de las maceraciones de su cuerpo, salía mas refulgente aun la gran pasión de su alma, la verdadera lumbre de su vida, el espíritu que animaba todo su sér y embellecía toda su existencia.

Así es que aquella pasión, despues de todo, era lo que mas vivo había en su corazón. Solo su voluntad de hierro podía contrastar aquella tendencia de su corazón; solo ese amor á la virtud, mas grande aun que su amor á Eduardo, pudo sacarla á salvo en aquella deshecha tempestad de su vida. Por eso necesitaba vivir en medio de una atmósfera candente, respirar el aliento de grandes huracanes, sentir vivas pasiones, inspirarse en el seno de una vida sobresaltada; por eso buscaba el sacrificio, la

penitencia, el dolor; por eso iba en pos de los desvalidos, de los enfermos, sí, porque de esa suerte el espectáculo de grandes miserias, el dolor, las pasiones que rodaban como un torbellino á su alrededor, el costoso sacrificio que hacía de todas sus glorias, la sustentaban en tan tremenda como peligrosa lucha, y hasta calmaban un poco el dolor de su corazón. ¡Pobre mártir! Había hecho de la tierra un ara, y en esa ara se entregaba de grado al sacrificio. Su alma subía al cielo como el torbellino de humo que subía del ara de los altares antiguos. Víctima inocente, padecía, lloraba mucho, porque la infeliz había también amado mucho. Y su vida tan pura y tan hermosa, era como una flor arrebatada por la corriente de una inmensa pasión.

XLIV.

Un día estaba Ángela entregada á sus labores, cuando se oyó una voz de una mujer del pueblo, que decia:

— Necesito de una hermana de la caridad.

— ¿Para qué? le preguntaba la portera del convento.

— Para favorecer á una infeliz señora que se está muriendo.

— Creo que hoy solo Ángela estará libre.

— Pues bien, que venga Ángela, que venga por piedad. Ángela apareció á la puerta.

— Iré, iré, despues de pedir permiso á mi superiora, por si dispone de mí para otra cosa.

Salieron Ángela y la pobre mujer, que iba amargamente llorando, cruzaron callejones y encrucijadas, corrieron calles muy estrechas, esas calles que en las hermosas ciudades aun parecen y son mas tristes y mas feas, y dieron por fin con la casa donde iban, de pobre y mezquino aspecto, verdadero templo del dolor y de la miseria.

Ábrese la puertecilla. merced al empuje de la mujer, aparece una escalera estrecha de caracol, se lanza por ella Ángela con rapidez, como un ángel que sube al cielo, y entra en una estancia ennegrecida, sala y cocina de aquella vivienda, donde solo se veían algunas sillas rotas, dos ó tres pucheros en un rincón, y en otro un colchón de paja tendido en el suelo, y en el colchón una mujer pálida como la muerte.

Ángela se lanzó con prontitud al colchón á ver la enferma, y le cogió la mano con efusión. Mas apenas la había estrechado contra su pecho, cuando por un movimiento involuntario la retiró horrorizada, dando un grito.

— ¿Qué tenéis? dijo la mujer.

La enferma abrió los ojos; Ángela se volvió de espaldas, como quien se oculta.

— ¿Qué tenéis? sor...

— Christ, dijo Ángela.

— Os habéis puesto muy pálida.

— Es verdad.

— ¿Qué os ha sucedido?

— Callad.

Y se llevó á la mujer á la ventana.

-
- Es necesario sacarla de aquí.
- ¿De véras?
- El aire que aquí se respira es malo.
- Ciertamente.
- La cama es incómoda.
- ¡Ah!
- El ruido que se siente es mucho.
- Sí. sí.
- Vos no podéis cuidarla.
- No.
- Y vuestros hijos tienen que estar aquí...
- Sí.
- ¿Segun está?
- Sí.
- Por lo mismo no hay medio de que se quede donde está.
- Lo conozco.
- ¿Lo sentís?
- Mucho.
- ¡Pobre mujer! Fiad en Dios, que os recompensará.
- ¿Y decis que será necesario sacarla?
- Inmediatamente.
- Como vos queráis.

-
- ¿No habéis adivinado lo que padece?
- Padece de una herida....
- No, padece de otra enfermedad mas proíunda.
- ¿De qué?
- Se muere de verse aquí.
- ¿Lo creéis?
- Sí, lo creo.
- Esa señora es una gran señora.
- Lo habéis adivinado.
- Ha sido de lo mas opulento de Nápoles.
- Justamente.
- Y hoy se ve reducida á esta miseria.
- Es verdad.
- No tenia ni una casa donde albergarse.
- Es cierto.
- Y vos la habéis recogido.
- Yo, yo.
- Y á pesar de eso se muere.
- Delira de una manera....
- ¿Y cómo la sacamos de aquí? Espira, creedlo.
- ¡Ah! tienen razon en llamaros santa. Lo sabéis todo.
- ¡Calla, infeliz! No hay aquí nada de sobrenatural ni extraordinario.

— Algo debe haber, cuando todo lo sabéis. ¿La conocéis?

— La conozco.

— ¿Sabéis su desgracia?

— La sé.

— ¿Que su marido la abandonó?

— Vamos, callad ; lo sé.

— Ignoráis que le dió una puñalada.

— No lo ignoro ; callad.

— ¿Por qué?

— Porque esa historia la sé, y es inútil que la contéis.

— Si vierais desde entónces cuánto ha sufrido...

— ¡Infeliz!

— Abandonada en una casa de huéspedes primero...

— ¡Oh!

— Arrojada por la noche de esa casa...

— Lo sé.

— Sin tener dónde ir, ella que habia tenido palacios.

— ¡Desgraciada!

— Próxima...

— Á helarse en la única noche que despues de mucho tiempo ha nevado en Nápoles.

— ¿Tambien sabéis eso?

— Tambien lo sé; pero ignoro lo que sigue.

— Vino aquí.....

— ¡Y se ahogaria en esta vivienda!

— Se moria.

— Lo concibo y lo veo.

— Materialmente se moria.

— ¿Y qué hicisteis?

— Nuestros cuidados la volvieron la vida.

— Mas la tristeza...

— La tristeza la tiene así, como la veis, sin se tido, espirante.

— No soy médico; pero conozco esa enfermedad, y me prometo curarla.

— Bien es verdad que aquí nada podíamos hacer por ella. Ha tenido frio, y no podíamos abrigarla; ha tenido hambre, y no podíamos darle pan. Yo me quitaba de la boca hasta el que debia dar á mis hijos. Ha tenido una sola camisa, y esa hecha pedazos, y no he podido darle otra. He salido muchas noches á la calle á pedir limosna para ella.

— ¡Pobre Margarita! dijo Ángela llorando amargamente.

— ¡Tambien sabéis su nombre!

— Tambien lo sé.

— Sí, es verdad. Se llama realmente Margarita.

— Pues bien, es necesario ocurrir á su curacion.

— Como queráis.

— Es necesario á toda costa.

— Bien, bien.

— Pero hay que usar medios extraordinarios.

— Y para ello...

— Trataré yo de todo, de todo. Mirad, dentro de poco vendrán por ella en una litera, en una rica silla de manos.

— Bien, bien.

— Acompañadla. La llevarán á un hermoso palacio.

— ¡Á un palacio!

— Sí, á un palacio. La entrarán en una alcoba forrada de seda.

— ¡Qué cambio!

— Aquella alcoba dará á un jardín.

— ¡Tambien jardín! Por eso estaba suspirando siempre.

— En aquella alcoba tendrá un hermoso peinador blanco y todas las ropas necesarias para vestir.

— ¡Oh!

— Habrá un piano.

— ¡Un piano!

— Sí, y todo lo necesario para su convalecencia.

-
- ¿Sois una maga... ó un ángel?
- Callad ; que no nos oiga.
- ¡ Santo cielo !
- Á vuestros hijos....
- Es verdad, no me puedo ir; mis pequeñuelos....
- Mandadlos á mi convento.
- ¿ De véras ?
- Sí, allí cuidaré yo de ellos.
- ¡ Cielos !
- Cuidaré, sí.
- Como queráis.
- Nada les faltará.
- Sois un ángel.
- Nada absolutamente.
- ¡ Oh ! Sois un ángel.
- Es necesario salvarla.
- ¡ Salvarla, sí !
- Á toda costa.
- Como queráis.
- Á toda costa.
- ¡ Cuánto ha padecido, cuánto !
- Mas una sola cosa os ruego.
- ¿ Qué ?

— Que ocultéis mi nombre.

— ¿ Por qué ?

— Porque no debe saber mi nombre.

— ¡ Qué pena !

— No, no debe saberlo.

— Señorita Ángela...

— Nada.

— Y va á gozar de todo esto sin saber...

— Quien se lo ha proporcionado.

— Eso es una crueldad.

— Es necesario.

— Mas lo sentirá.

— No lo sentirá.

— ¡ Cielos !

— Lo ruego.

— No, no puede ser.

— Lo exijo.

— No, no.

— Lo exijo.

— Yo le he de decir algo.

— Lo mando.

— Si lo mandáis...

— Mucho sigilo.

-
- Bien.
 - Mucho silencio.
 - Por supuesto.
 - Mucho cuidado.
 - Bien, bien.
 - Nada de emociones,
 - Así lo haré.
 - Que se encuentre allí como si estuviera otra vez en su casa.

- ¡ Ah! Pero la ausencia de su marido...
- Su marido volverá.
- Volverá...
- Volverá.
- No puedo creerlo ¿ Sabéis vos dónde está?
- Yo lo sé.
- ¡ Ay, señorita!
- Yo lo sé.
- ¡ Qué ilusiones se forja vuestra caridad!
- Ya digo que tengáis mucho cuidado.
- Lo tendré.
- Es necesario irla despertando de ese letargo.
- Justo.
- De esa estupidez en que está sumida.

-- Cierta.

-- De esa especie de paralización del sentido y de la vida.

-- Tenéis razón.

-- Y para esto se necesitan los medios que os he propuesto.

-- ¡Ángela!

-- Callad, que no oiga mi nombre.

-- Sois un ángel.

-- Á Dios.

-- ¿Vendrán pronto?

-- Antes de dos horas. Pronto, sí, la habré salvado.

Ángela dirigió una mirada al mismo lecho donde yacía Margarita; lloró, y se partió con gran prisa á su convento.

Ángela cogió la pluma al llegar á su convento y escribió á la madre del conde Asthur la siguiente carta:

« Señora: Os distinguís en el mundo por vuestra ardiente caridad. Mil veces me habéis dicho que teniais por el mayor placer del mundo hacer bien á los infelices, á los desgraciados; y cuanto mayor es la desgracia, mayor debe ser la compasión. Yo os pido por lo mismo que no dejéis de vuestra mano á una infeliz. Necesito el pabellon de vuestro jardin para alojar allí una persona desgracia-

da; necesito allí todo un hermoso y elegante ajuar de prendas para una jóven distinguida y hermosa. Solo á este precio puedo salvarla de la muerte, y me he acordado de vos. Es necesario, muy necesario, ocurrir á esta necesidad con toda la solicitud de corazones encendidos en amor y entusiasmo por sus hermanos. Os ruego que no me preguntéis el nombre de la infeliz, y que si estáis dispuesta á la buena obra que os pido, al anochecer me enviéis á la puerta del convento un coche con librea. Es necesario guardar una esposa para su esposo, y hacer tal vez por medio del agradecimiento una buena madre de familia. — ÁNCELA. »

XLV.

En efecto, á la hora prefijada, el coche estaba á la puerta del convento. Ángela habia dado todas las instrucciones, habia ocurrido á todas las necesidades de aquella portentosa obra de caridad. Comenzó por arreglar una bata riquísima, blanca, y adornarla con lazos azules, y la envió en el coche para que vistieran á Margarita. En efecto la pobre mujer, á cuyo cuidado estaba la altiva Margarita, la vistió, sin que ella echase de ver apénas aquel súbito cambio; tan enferma estaba. Bajáronla con sumo cuidado, y la colocaron en el coche. El coche comenzó á rodar por calles y calles, hasta que llegó á las puertas de un jardín. Abriéronse las puertas, y entró el coche en un hermoso paraíso: Bosques de naranjos, palmeras, cipreses, arroyuelos destrenzándose por la verde grama, surtidores subiendo graciosamente á los aires, mil pajarillos de cien colores, ya por la tarde escondidos en la enramada, pero piando al ver entrar alguna persona

en el jardín, grutas cubiertas de yedra, y en medio un pequeño, pero hermosísimo pabellon, de mármol blanco, rematado por una preciosísima estatua.

Así que llegó el carruaje á la puerta del pabellon, dos hermosas jóvenes aparecieron, y ayudaron á subir el casi inanimado cuerpo de Margarita á su estancia. Su habitacion era un hermoso gabinete. Las paredes estaban forradas de raso azul celeste con estrellas de plata. Mesas de mármol blanco lucian hermosos jarrones de porcelana, y en los jarrones rarísimas y hermosas flores. Cortinas de raso blancas encubrian las puertas, y en una pequeña, pero hermosa alcoba, habia una cama dorada.

Desnudaron á la pobre Margarita, y con mucho cuidado la pusieron en la mullida cama. Un médico de antemano la pulsó, le recetó algunas bebidas y rogó á la pobre mujer que nunca la abandonaba, á María, pues así se llamaba, que velara muy especialmente en aquella noche el sueño de Margarita, para darle noticias al dia siguiente. María, maravillada y confusa de todo cuanto á su alrededor sucedia, se quedó sentada á la cabecera del lecho de Margarita. Nada faltaba en aquella casa. Á la hora en que pudiera creerse que acostumbraba á cenar, apareció una de las jóvenes que las habian recibido á la puerta, y en-

caminó á María al cenador, mientras ella se quedaba velando á Margarita. María, pobre mujer, acostumbrada á larga miseria, se quedó extática ante aquella mesa profusamente adornada. María satisfizo cumplidamente su hambre, sin mostrar glotonería, y volvióse á velar á Margarita.

Esta, que todas las noches anteriores, casi acostada en el suelo, respirando el humo de paja que salía de aquella negra chimenea y llenaba la estancia, atormentada por los juegos y los lloros de quejidos y risas de los niños, no había conciliado ni un instante el sueño, presa de horribles delirios, azotada por sacudimientos nerviosos, así que estuvo depositada en aquella estancia, sin haber echado de ver el tránsito y el cambio, pues padecía como de un prolongado y penoso letargo, durmió dulce y blandamente, sueño reparador que volvía sin duda á equilibrar su vida. Este sueño pudo también en un magnífico y cómodo sillón reconciliarlo María, y las dos durmieron largamente en aquella feliz noche.

Á la mañana siguiente abrió temprano el médico la puerta. Preguntó si había dormido la enferma, y como le dijese que sí, aseguró que aquel día se desarrollaría en ella una fuerte calentura, signo evidente de una salvadora

crisis. Al poco tiempo, en efecto, la calentura comenzó á desarrollarse con gran fuerza.

Poco á poco se fué mejorando Margarita. Su salud herida y quebrantada se fué recobrando, á medida que el cuidado y el alimento le devolvían las fuerzas. Parecíale un extraño encantamiento lo que á su alrededor sucedía y pasaba. Aun no levantaba la cabeza de la almohada, y ya tenía allí ricos y elegantes vestidos. Á un lado de la estancia su piano, á otro, libros; la puerta abierta para bajar al jardín, criados que se inclinaban en su presencia, todo cuanto podía halagar el orgullo de una mujer de suyo orgullosa y altiva. Mas Margarita lo que en realidad quería era escudriñar el motivo de su dicha, la causa de su felicidad. En vano interrogaba á los criados que la asistían, ninguno le contestaba; en vano se dirigía á su misma pobre bienhechora, á María; María callaba. Allí entre las flores, entre los alegres pajarillos, al manso rumor del agua de las fuentes, mirando el cielo azul y el mar, alojada regiamente, pasaba el tiempo de una manera dulce y rápida, recobrando las perdidas fuerzas. Su felicidad presente, borrando muchos dolores de su pecho, muchos tristes recuerdos de la memoria, iba endulzando su corazón y su carácter. Mujer de alteradas pasiones, una larga calma

podia acostumbrarla á la paz y aun abrir en su alma el dormido sentimiento religioso, que nunca se extingue por completo en el corazon de una mujer, aunque esa mujer sea Margarita. Casi casi habia visto prácticamente la Providencia, de cuyo amparo dudaba toda su vida; casi casi, en el fondo de su desgracia, habia encontrado el néctar delicioso de la felicidad, no bien creida ni imaginada en la próspera fortuna; habia encontrado seres que se desvelaban por aliviar su triste suerte.

Su vida corria tranquila. Se levantaba temprano, se vestia su blanco traje con lazos celestes, que habia sido su traje favorito de casa en los dias de prosperidad, y bajaba al jardin despues de un corto pero sabroso y bien servido desayuno. Allí, con esa poesía que nunca abandona el corazon de la mujer, entrelazaba una corona de flores, acariciaba á los pajarillos, corria, saltaba, se divertia, bien jugando con el agua de los arroyuelos, bien haciendo saltar las fuentes y los surtidores; y así pasaba las primeras horas de la mañana, hasta que el sol la obligaba con su calor á volverse á su pabellon, donde se daba á labores propias de su sexo, ó bien á tocar el piano, ó á leer, ó coser, y aquello, en fin, que mas ocupaba su atencion y la distraia.

Por las tardes volvía á bajar, paseaba por un gran parque, se metía en un oscuro bosque, allí se sentaba y vivía tranquila y contenta. Por las noches el piano era toda su vida, y toda su delicia el piano y el canto. Allí recordaba los primeros días felices y los alborotados días de su opulencia. Después leía hasta la hora en que le entraba sueño. Esta vida tranquila, desnuda de cuidados, vestida de encantos, le había vuelto la salud. Sus ojos cobraban su prístina luz, sus mejillas carmin, su frente aquel fuego que en ella reflejaba siempre una centelleante y ardorosa idea. Mas lo que no cobraba, lo que no podía cobrar, era la salud y la paz del alma. ¿Qué casa era aquella? No la conocía. ¿Qué genio tutelar la salvaba de la miseria? No lo sabía. ¿Quién estaba así velando por su tranquilidad? No lo adivinaba. Y lo peor era que había adivinado que la pobre María estaba de todo al cabo, y así ni á sol ni á sombra la dejaba para que le dijese el secreto de aquel enigma. Una joven inteligente y ansiosa de saber un secreto, y una mujer, aunque no lerda, ganosa de revelarlo, no habían de luchar en verdad por mucho tiempo. Así es que cuando aparecía un traje nuevo, flores raras, cuadros, libros hermosos y otras sorpresas, ora en la casa, ora en el jardín, María se esforzaba muchísimo,

hasta la violencia, para no revelarle á Margarita el genio misterioso que así trataba de divertir y endulzar las ajenas desgracias.

Una tarde, al pasear Margarita por el jardín, se encontró con una infinidad de pajareras, en que habia parleras aves de mil colores, con blancas domesticadas palomas, que la seguian como corderillos, con varios iuegos de agua no esperados y vistosos. En presencia de esta solicitud, lágrimas de gratitud vinieron á sus ojos, y comenzó á hablar de esta suerte con María:

— ¿No sabes quién se desvela por mí?

— Ya lo sabréis algun dia...

— Pero todo este agradecimiento del corazon, qué estéril se está perdiendo.

— Guardadlo, que os ha de faltar, si cual merece, pagais á vuestra protectora su amor.

— ¡ Protectora has dicho! Luego es mujer.

— Sí.

— Luego tú sabes quién es.

— Lo sé, acabemos, lo sé.

— ¿Y no me lo dices?

— Me han encargado el secreto.

— Rómpelo por mí.

-
- No puedo.
- Por mi salud.
- No debo.
- Eres asaz ingrata.
- Señora...
- Me ves padecer.....
- Señora.....
- Y te empeñas en atormentarime.
- Pero, señora.....
- Yo me pondré otra vez mala.
- ¿Cómo?
- Me moriré.
- ¡ Por Dios!
- Sí, de curiosidad.
- ¡ Santo cielo!
- Sí, me moriré.
- ¡ Por Dios!
- Yo no puedo estar aquí.
- ¿Por qué?
- Porque yo no puedo estar en una casa cuyo dueño ignoro.
- ¿Y qué falta os hace?
- Mucha, muchísima.

— Pero si es una promesa.....

— Mira, ó me dices quién es el dueño de esta casa, ó me voy ; elige.

— ¿Qué hacer?

— Lo que te digo.

— Preguntadlo á los criados.

— Nada me han dicho.

— Yo no puedo.

— ¿Lo dices?

— No, señorita.

— Pues me iré.

— ¡Ay!

— Vámonos.

— ¿Dónde?

— Vámonos.

— Esperad.

— ¿Qué?

— ¿Me prometéis el secreto?

— Sí.

— ¿No decir nada?

— Nada.

— ¿No cambiar en nada?

— En nada.

— ¿Seguir como hasta aquí?

— Como hasta aquí

— ¿Olvidarlo, si es preciso?

— Olvidarlo.

— Hacer....

— ¡Oh! me desesperas con tantos preámbulos.

— Pues bien, vuestra protectora...

Y María se quedó con la palabra suspensa.

— Acaba.

— Es....

— Acaba, digo.

— Es Ángela.

Margarita dió un grito terrible. Se cubrió el rostro con ambas manos, y cayó sin fuerza en un banco del jardín.

— ¡Oh, cuán desgraciada soy!

— ¿Por qué, señorita?

— Vámonos.

— ¿Adónde hemos de ir?

— Léjos, muy léjos de aquí; vámonos pronto, muy pronto; ahora mismo.

— Señora, por Dios.

— El aire de estos jardines me sofoca; la luz que aquí veo hiere y ofende mi vista; todo me envenena.

. — ¿Queréis decirme de todo esto la causa?

— Antes vámonos á nuestro humilde retiro, á otro mas oculto, pero huyamos de aquí.

— ¿Por qué, señora, esa tenacísima porfía?

— Porque esta casa es de mi infame rival.

— ¿De vuestra rival?

— ¿Quién nos ha traído aquí, quién?

— Ángela.

— Tú misma lo dices.

— ¡Ángela vuestra rival!

— Sí.

— ¿La hermana de la caridad?

— La hermana de la caridad.....

— ¿La mujer mas virtuosa de Nápoles?

— Esa mujer....

— No lo creo.

— Ella dirigió contra mi pecho el puñal que en mi pecho se ha clavado; ella embriagó con su loco amor á mi esposo.

— Callad, señora, callad.

— No callo. Huyamos de este sombrío y oscuro recinto; huyamos pronto.

— ¡Oscuro, sombrío este jardín tan hermoso!

-
- Es la prision de mi alma.
- Pero pensad en lo que va á sucederos.
- Ya lo he pensado.
- En el hambre, en lamiseria, en la afliccion.
- Todo lo arrostro.
- En esa enfermedad de melancolía que os mata.
- Prefiero la muerte á estar aquí.
- En mí misma.
- Quédate aquí.
- En el hambre que van á pasar mis hijuelos.
- Nada atiendo.
- Señora, por piedad.
- No puedo tener piedad ; vámonos.
- ¿Y rehusáis todo el bien?
- Todo.
- Sabel que á este jardin debéis la vida.
- ¡Vida ponzoñosa y desgraciada!
- ¡Y rehusáis la vida!
- Todo, todo.
- No seáis tan cruel.
- Sí, quieren conservar mi vida, mi existencia con un mal fin.
- ¡Con un mal fin ! Si la hubierais visto llorar...

— Sí, sería el lloro del cocodrilo.

— Puras lágrimas, que han hecho brotar flores á vuestras plantas.

— Flores que tienen veneno en su cáliz.

— ¡Desdichada!

— Sí, lo soy. Quieren conservar mi vida, porque mi vida la necesitan.

— ¿Para qué?

— Para atormentarme.

— ¿Para atormentaros?

— Sí.

— No lo creáis.

— Ama á Eduardo, es de Eduardo amada.

— Es una virgen del Señor, pura como un ángel.

— Quiere que yo viva, porque, muerta yo, su amor no tendria ya el gran placer de mi tormento.

— Horrible pensamiento.

— Aun he concebido otro mas atroz.

— ¡Señora!

— Esta es la verdad de lo que pasa entre ellos.

— Vuestro esposo está en África.

— Mentira.

— Todo Nápoles lo sabe.

— Mi esposo está aquí, sí, aquí, amando en secreto á Ángela.

— ¡Qué horrible y espantosa blasfemia!

— Y yo tengo un pensamiento, sí, un pensamiento que he acariciado en la soledad.

— ¿Cuál? ¿Qué pensamiento?

— El de matar á Ángela.

— ¡¡¡Cielos!!!

— Esa virtud usurpada....

— Virtud que brilla como el sol.

— Lo he dicho y lo haré.

— ¿Estáis loca?

— No sé; pero vámonos.

— Señora.....

— Ahora mismo.

— Por Dios.

— Quédate. Yo me iré.

— No en mis días.

— Quédate.

— ¡Cielo!

— Yo me voy.

— ¿Cuándo, ahora mismo?

— Yo así que venga la noche.

XLVI.

Y en efecto, cuando la noche extendió sus velos, Margarita y María salieron de aquella casa, y se internaron por las calles de Nápoles para volver á su humildísimo tugurio. Con el hervir de la sangre, con la salud, con la vida, Margarita habia recobrado todas sus exaltadas y tempestuosas pasiones.

Aquellas dos mujeres salieron, despues de algunos momentos de haber anochecido, precipitadamente para su antigua casa. Margarita se salió de su albergue, sin mas que la bata blanca con lazos azules y un abrigo. La infeliz María se despidió casi llorando de aquellos objetos, donde habia encontrado algunos instantes de pasajera felicidad. Por fin, llegaron á su casa. ¡Qué diferencia! Los árboles, fuentes, flores, el cielo puro, azul, sereno, el lujo de aquella naturaleza se habia trocado en una casa negra, ahumada, llena de polvo, de telarañas, oscura, en

un cuarto donde apenas entraba ni el sol ni el aire, en un verdadero calabozo desmantelado, sucio, frio y pavorosamente triste. Así que llegaron, Margarita se dejó caer en el colchon de paja, donde habia pasado su larga enfermedad.

No lloraba. Su dolor habia tomado una faz mas triste y mas solemne. Era un dolor seco, tempestuoso, sombrío. Algunos gemidos hondos y amargos salian de su pecho; algunos relámpagos de odio iluminaban sus ojos y su rostro. Fuertes convulsiones, convulsiones horribles, sacudian todo su cuerpo, presa de crueles dolores. Su idea de matar á Ángela, de hacer correr su sangre, se le aparecía como una esperanza deleitosa. En su delirio, se veía á sí misma con los ojos desencajados, el cabello suelto, sardónica risa en los labios, negra furia en los ojos, un puñal en la diestra, y arrastrando á la infeliz Ángela hasta sus plantas, y clavándole el puñal hasta el mismo corazon, y viendo salir con gozo, con alegría salvaje, de la entreabierta herida, un arroyo de sangre. En su sobreexcitacion, estas continuas visiones, estos terribles sacudimientos, su exaltacion, su fuego, el dolor que habia en su alma, todo esto, por necesidad sobreexcitó á Margarita, y la hizo caer en una calentura terrible, que fué toda la noche un

puro delirio; pero un delirio que se bañaba gozoso en mares de sangre.

Así pasó toda la noche aquella mujer desventurada. Muy temprano se levantó María, y Margarita se levantó también.

— ¿No ha muerto aun? decia.

— ¿Quién?

— Ángela.

— Desechad esos pensamieutos.

— La he asesinado

— Volved en vos.

— Mirad, mirad como corre la sangre.

— No delirís.

— Ya estoy satisfecha, ya ha pagado todas sus culpas, ya su sangre empapa la tierra, ya su alma se precipita en los infiernos.

— ¡Pobre señora! Todo cuanto hemos hecho por su salvacion ha sido inútil.

— Ahí, ahí arderás como la resina; ahí en el infierno. Como los hipócritas, llevarás en el infierno, sobre tus espaldas, un manto de plomo derretido, que te abrasará sin quemarte; manto de plomo, tan pesado como mis maldiciones.

— ¡ Señora, señora !

— Déjame gozarme en contemplarla con su corona de llamas en la cabeza. Las flores que ceñía en el teatro se han tornado serpientes, sí, serpientes que le chupan la sangre; y cuanta mas beben mas hay en sus alteradas sienes.

— ¡ Qué horror !

— Yo, yo la he precipitado al infierno; yo, con este puñal. Me robó mis riquezas y mi esposo, el alma, y la tierra, y el cielo, y todo me lo robó, todo; infame, paga tu culpa. Sí, págala: mira qué cara pone, ¡ ay qué cara ! ¿ Padeces ? Pues mas he padecido yo por tu cansa, mucho mas. No, no te rías, no te rías, que me haces reir. Já, já, já...

Y la infeliz lanzó una terrible, epiléptica, carcajada, que parecia que se iba á quebrar su pecho y su garganta. Por fin, merced á mil medios á que apeló María, pudo aquietarse y se durmió un poco; sueño fatigoso, hijo mas bien de su horrible calentura que de su naturaleza. ¡ Espantoso cuadro !

Decir todo lo que sufrió Margarita despues de haber salido de aquel hermoso jardin, despues de haberse encontrado en aquella tristísima vivienda, es punto ménos

que imposible. Pasaba sus días en una calentura lenta, que la iba consumiendo; sus noches en un eterno delirio. Aquella estancia terrible, ahumada, negra, la ahogaba, y allí se perdía, se descoloraba su vida. No tenía ni ropa para abrigarse, ni muchas veces pan para satisfacer su hambre.

El trabajo de María no alcanzaba nunca á cubrir sus necesidades. Una mañana se levantó mas tranquila y hasta mas contenta.

— ¿Estáis mejor, señorita ? le preguntó María.

— Sí, me parece que estoy mejor.

María lloraba, aunque iba devorando sus lágrimas.

— Parece que tengo gana, dijo Margarita.

María lanzó un profundo suspiro.

— ¡ Oh ! suspiras...

— No, no.

— ¿Qué te sucede?

— Señora... habladme de vuestra mejoría.

— Sí, tengo gana.

María lanzó otro sollozo.

— ¿Qué sucede, qué pasa?

— Hoy no tenemos ni un pedazo de pan.

— ¡ Santo cielo!

¡ Qué desgraciadas somos!

— Lo somos en verdad. Yo no puedo estar aquí mas tiempo.

— ¿ Por qué?

— No, no puedo, porque te arrebato el pan de tus hijos.

— Por Dios, señora.

— Sí, el pan de tus hijos.

— Por Dios.

— Y no tenemos nada que empeñar.

— Nada.

— Mi bata.

— Se empeñó ayer.

— Pues bien, nos moriremos aquí de hambre.

— ¡ Oh ! por vos lo siento.

— Y tengo hambre.

— ¡ Dios mio!

— Sí, mucha hambre.

— Calmaos un poco; saldré á pedir una limosna.

— ¿ Y por mí vas á hacer eso?

— Sí, lo haré por vos.

— No, no, me moriré.

— Me voy, señora.

— No lo consiento.

— La Providencia me guiará.

— ¡ La Providencia ! Já, já, já...

Y Margarita lanzó una carcajada sardónica.

— Dios no abandona á los suyos.

— Nosotros no somos de Dios, segun nos abandona.

— Toda mi vida he sido pobre, pero aun no me he muerto de hambre.

— Vaya un consuelo.

— Estáis desencajada

— Sí,

— Se conoce que tenéis hambre.

— Es verdad.

— Habéis dormido mal.

— He dormido un poco.

— ¡ Oh ! No acostumbrabais á dormir en estas pajas.

— Es verdad.

— ¡ Tan duras !

— Es cierto.

— Pues á Dios, señoría.

— No te vayas.

— Vuelvo.

— ¡ Oh !

— Sí. al instante.

-
- ¡ Por mí vas á pasar esa vergüenza !
- No temáis, mas pasó por todos Nuestro Señor Jesucristo.
- ¡ María !
- Señora
- ¿Cómo te he de pagar esto ?
- Con vuestro cariño.
- Poco es.
- Es demasiado. Á Dios, hasta ahora mismo.
- ¡ Oh ! No vayas, no vayas.
- Por todos los santos, dejadme.
- Me acongoja pensar...
- ¿ Qué ?
- Tu humillacion.
- Cá, peor es robar.
- ¡ Qué vida !
- Consolaos.
- No puedo.
- Á Dios. Vuelvo.
- Y María se fué llorando.
-

XLVII.

Un delirio horrible sobrecogió á Margarita. Su frente ardía, su corazon latia con fuerza, sus ojos le saltaban de las órbitas, su respiracion era fatigosísima y cansada. No podia sostenerse de pié; no podia estar en su lecho. Su idea de venganza, su idea de inmolar á Ángela, aun la sostenia. Esta idea y la del suicidio vagaban juntas en su alma. No queria irse á la otra vida sin llevarse en pos de sí una víctima. Sabía que una hermana de la caridad puede renunciar á sus votos, y se imaginaba que, muerta ella, Ángela y Eduardo podian ser felices. Así es que mil veces habia pensado en la muerte, porque su vida no le parecia llevadera, y nunca se habia decidido. En el instante en que nos encontramos, pareció animada de una resolucion suprema; se levantó de su lecho y se puso sus rasgadas vestiduras.

El delirio de la infeliz Margarita fué siempre creciendo. En vano trajo algunos alimentos para saciar su hambre la

próvida María, en vano; Maagarita ya no acariciaba mas que dos ideas; su muerte, la muerte de Ángela, De nada le habia servido la gran enseñanza del infortunio, ese maestro de la vida. De nada el verse pobre, aterida de frio, abandonada en aquella oscurísima y triste madriguera. Todo habia sido en vano. Ni el hambre, ni la pobreza, ni la desgracia, habian podido mudar aquel carácter vengativo y tenaz, aquella inclinacion al crimen. Y sin embargo, ¡qué lecciones le habia dado tan terribles la Providencia, qué lecciones! Ella, ansiosa de poder, se veia en la miseria. Todo esto necesariamente exaltaba su carácter de suyo exaltado y entusiasta. Así es que la idea de dos crímenes, como dos hierros candentes, abrasaban su alma, y la tenian en una febril exaltacion, en un continuado y atroz y negro delirio; terrible delirio, sin calmante, sin consuelo.

Aquella noche pudo tener alguna esperanza de realizar sus intentos. La imagen de Ángela se le aparecia á los ojos, como desafiándola á perpetrar el horrible crimen. Todo yacia en calma. Dormia su buena María con ese sueño profundo que inspira la tranquilidad del ánimo y el cansancio del trabajo. Margarita se levantó, cogió su puñal, se envolvió en sus pobres vestiduras, y como una sombra,

como una aparicion fantástica, se deslizó de su vivienda y salió á la calle. Era una noche clara y serena. El cielo sonreía, la luna derramaba su melancólica luz por los infinitos espacios. El silencio de la noche solo era interrumpido por el paso de algun que otro transeunte, muy pocos que pasaban por las calles. Margarita, despeinada, con sus cabellos sobre la espalda, envuelta en sus desgarradas vestiduras, destellando pálido odio de sus ojos, desencajada, convulsa, andando, como si se arrastrara, Margarita parecia la imagen de alguna evocacion infernal.

Dirigióse la infeliz, llevada por su delirio, al convento de las hermanas de la caridad. La calentura nerviosa que la agitaba le hizo ver lo que no sucedia; le hizo palpar lo mismo que imaginaba. Vió, merced á su delirio, salir á Ángela de su convento; tiembla, se acerca á ella, le clava el puñal en el pecho, la sangre mancha su frente, y exhalando un grito, despues de verla caer exánime, arroja lejos de sí el puñal, dándose á correr desolada por las calles. Nada de esto habia en realidad sucedido. Era un sueño de su fantasía, un cuadro que trazaba su pasion, una imagen grabada en el espacio por la electricidad tempestuosa que agitaba todo su cuerpo. ¡Infeliz mujer que hasta en sus delirios, lejos de imaginar algo que, aunque

fingido, la consolara, imaginaba muertes, víctimas, sangre, todo lo horrible y espantoso que puede haber en la voluntad humana !

Decíamos que llevada de su delirio se dió á correr, á huir por las calles de Nápoles, horrorizada de sí misma. Ya la vida no le podia ser llevadera. En medio de su delirio, de su calentura, decia : « Voy á morir. ¿Qué mas me da morir de hambre, ó cortar yo misma, por mi propia mano, el hilo de mis dias ? » Pasaba á sus ojos su porvenir, el hambre, la miseria, una muerte lenta, horrorosa, tristísima. En esto llegó á las orillas del mar ; ya iba comenzando á amanecer. Margarita se sentó en un peñasco. Los primeros albores de la mañana borrraban el resplandor de la luna en los cielos. Las estrellas se escondian, como un ángel que pliega sus alas y se duerme en el seno del Señor. El mar estaba en calma, y se sonreía como si se apercibiera para recibir con amor la naciente aurora. Toda la naturaleza se reía y se regocijaba en este supremo instante, y sin embargo la tristeza caía mas espesa sobre el corazon de Margarita. Á medida que el dia avanzaba, su dolor avanzaba tambien ; á medida que se iba descorriendo un pliegue del velo de sombras que ocultaba el horizonte, iba cayendo una sombra mas espesa en su conciencia.

Parecía que la noche se refugiaba en su seno, Aquella claridad, aquella luz, la ofendía, la martirizaba. El sonrosado color de la aurora, teñía de negro su espíritu. La alegría de la naturaleza, su sonrisa, su dulce encanto, el amanecer, el mar, el beso de las auras, el espectáculo de los cielos inundados de luz, todo esto es dulce y encantador para el alma riente y feliz; pero es triste y sombrío para el alma anegada en la desgracia, como el alma de Margarita.

Esta alegría de la tierra era la tristeza de Margarita. No podía esperar de ninguna manera al nuevo día. Cuando el sol alumbraba los cielos, alumbraría su venganza. ¿Qué dirían en Nápoles al ver á la reina de los salones, andrajosa, llena de miseria? ¿Qué dirían? Este relámpago de orgullo cruzó sobre su alma, abismada en el dolor, y la iluminó tristemente. No, no le era posible vivir; no le era posible. Se decidió, pues, á la muerte. En esto oyó á sus espaldas voces humanas, seres que venían adonde ella se encontraba. Esto, lejos de contenerla en su terrible propósito, la empujó á la perdición. La voz humana, cuando la desgracia se muestra tan empedernida, parece una burla, un afrentoso sarcasmo. Margarita, que estaba sentada en un peñasco, viendo cómo las olas se estrellaban

en él, alzó los brazos al cielo, y se precipitó en lo profundo del mar. En este instante todo fué horrible. Al caer en el agua, ora la impresion del frio de las aguas, ora la proximidad de la muerte, le devolvió el sentido ofuscado en su alma. Abrió los ojos del espíritu, y se vió suspendida sobre la eternidad, próxima á hundirse en su ignorada vida. Su alma sufrió un tormento mayor aun que el que sufría su cuerpo; tormento pasajero, pero horrible, que compendiaba en un solo instante las penas del infierno. En esto, la falta de aire, el agua, todo contribuyó á que perdiera el sentido, aunque el instante de la vida, superior al conocimiento, la hacía luchar horriblemente en el húmedo elemento, pero luchar con fuerza desesperante y terrible. Parecía que aquella agonía, aquel estertor, aquella lucha desesperada conmovia todo el mar. Á su alrededor las aguas se agitaban, como si las moviera el viento. Alguna vez lograba sacar por un instante la cabeza fuera del agua; un relámpago, un destello de vida la iluminaba, y bien pronto volvía á caer en su terrible frenesí. Era tanto el dolor, que se clavaba las uñas en las carnes, y se las rasgaba y hendía, sacándoles sangre. Cuando ya le faltaba casi la vida, cuando iba á llegar el último instante de esta agonía, las voces que habia oido Margarita,

voces humanas, resonaron sobre lo alto del peñasco. Eran tres marineros. Llegaron, extendieron su vista por el mar, é inmediatamente echaron de ver la terrible lucha de la infeliz Margarita. Con ese instinto misericordioso del marinero que, en sus luchas con el húmedo elemento, se halla siempre dispuesto á robarle sus presas, los jóvenes vieron un sér humano que batallaba con las olas, se echaron tal como iban, sin despojarse ni de una prenda, y se apoderaron del cuerpo de Margarita, sacándolo á la orilla, y depositándolo en la arena.

— ¡ Hermosa mujer ! dijo uno.

— ¿ Está muerta ? exclamó el otro.

Y aplicaron el oído al corazón.

— No está muerta.

— No, no lo está.

— ¡ Oh ! Santo cielo.

— Aun respira.

— La hemos salvado.

— ¡ Albricias !

— ¡ La hemos salvado ! Alabado y bendecido sea Dios.

— Alabado sea.

— ¡ La hemos salvado !

Y todos los marineros exhalaban estos y otros gritos de

alegría, al ver que habian salvado á la jóven. Margarita, al poco tiempo, abrió los ojos, dió un grito agudísimo, y se volvió á quedar como muerta.

— Es necesario darle consuelo.

— ¿ Adónde la llevaremos ?

— ¿ Adónde ?

— La cosa es clara ; al convento de las hermanas de la caridad.

— Se la encargaremos á sor Ángela.

— ¡ Qué mejor Providencia podria ampararla !

— Y los marineros, cogiendo el cuerpo de Margarita, se encaminaron al convento de las hermanas de la caridad.

Llamaron, y Ángela estaba de guardia. Salió al instante.

Los marineros se descubrieron respetuosamente, porque es propio de la virtud inspirar religioso respeto.

— Sor Ángela, os traemos una desgraciada.

— Sea en buen hora venida.

— Es una infeliz que se estaba ahogando.

— ¡ Santo cielo !

— Se conoce que la infeliz se habia arrojado al mar por desesperazion.

— Bien venida sea ; aquí la cuidaremos.

— ¿ Quién cómo vos ?

— Veremos si nos es dable curarle tambien el alma. Entradla, entradla.

Margarita continuaba en su estupor, sin movimiento, sin vida.

— Á la sala general de enfermos.

Y los marineros se dirigieron adonde les señalaba Ángela: pero de pronto dió esta un grito.

— ¿Qué tenéis, señora?

— ¡ Oh ! Providencia del cielo, justicia de Dios.

— ¿ Qué ? ¿ Qué ?

— Y os marineros se miraban sin saberse dar explicacion de lo que les pasaba y de la turbacion de Ángela.

— No, á la sala general no la llevéis. Traedla aquí.

Y llevándola por un largo pasadizo, llegaron á una especie de celda. Eran sus paredes blancas como el alabastro. Algunas sillas de pino eran su único adorno. Una cama muy limpia, muy blanca, y colgada sin lujo, pero con gracia, se veía en uno de los rincones. La ventana era una reja rasgada hasta el suelo, cubierta de enredaderas, al traves de las cuales se veía un jardin, una fuente murmuradora, y revolotear mil pajarillos.

Ángela mandó que depusieran allí el cuerpo de Margarita. Inmediatamente se despidió de los marineros, que

ofrecieron volver á ver á la mujer que habian salvado. Ángela solo se ocupó en socorrer á la desgraciada enferma. La vistió de nuevo, la depositó en la cama, llamó á los médicos, y proveyó á todo lo necesario, para que la infeliz pudiese encontrar consuelo. Toda su solicitud fué esmeradísima.

Habia en su deseo algo mas que salvar la vida de Margarita; queria salvar su alma. Era ya un empeño de su voluntad. Redimir aquel alma de sus pasiones, salvarla de la tristísima tempestad en que se agitaba, era una empresa digna de su virtud, de su inspirado genio. Conservarla para la tierra, decia Ángela, es conservarla para el cielo. Salvar á Margarita de tan amargo tance, es lo mismo que salvarla de una eterna perdicion. Cuanto los médicos proponian, otro tanto hacia con la velocidad del pensamiento Ángela. Toda su caridad se habia concentrado en salvar aquel alma, aquella vida. Solo vivia para Margarita, para su antigua rival, para su enemiga. No queria que nadie, ninguna de sus hermanas, cuidase á la pobre mujer que habia tomado bajo su amparo. No dormia, no; toda la noche la pasaba en un sillón á la cabecera del lecho de la enferma. Cuando Margarita descansaba, descansaba ella tambien un poco; cuando Margarita no dormia,

estaba atenta á su respiracion, á sus suspiros, á sus congojas ó á su tranquilidad; á todo cuanto en ella sucedia, para atender mejor á su pronta salvacion.

Margarita habia comenzado por un letargo horroroso, y habia concluido por un delirio horrible. En este delirio de su alma centelleaban todas sus pasiones. Ángela oia insultos, blasfemias, maldiciones; oia que ella era el blanco de toda la ira de aquel corazon que rebosaba saña; oia que en su odio le negaba la infeliz mujer hasta la honra. Nada, sin embargo, la retraia de su empeño. Habiéndose propuesto sacar á salvo la vida y el alma de Margarita, devoraba en silencio aquellos insultos de un alma siempre extraviada, y mas extraviada en aquella sazon por el delirio. Al traves de sus palabras inconexas, se descubria un drama terrible, se descubria que ella imaginaba haber traspasado con un agudo puñal el corazon de la misma que á la cabecera de su lecho, sin darse punto de reposo, estaba inclinada como un ángel mensajero de la Providencia, enviada del cielo.

Ángela no se indignaba, no; comprendia á aquella mujer.

Por fin, poco á poco se fué despejando Margarita. Su alma sacudió las tinieblas que la circundaban.

El delirio se apacigua, el vértigo se concluye, y comienza una especie de fiebre lenta, signo de una gran crisis. Ángela, cuando ve que empieza Margarita á conocer, procura esquivarse á su vista. Quiere ser como la Providencia, sagrada é invisible; quiere derramar el bien sobre la cabeza de su rival sin que ella lo sepa.

Así es que casi siempre se echaba el velo sobre la cara, y se ocultaba á los ojos de Margarita, y fingia la voz para no ser conocida. Margarita, ora por la fiebre, ora por el traje nuevo que lleva la que le asiste, no conoce á Ángela. Sin embargo, su solicitud, su amor, su cariño maternal, impresionan profundamente el corazon de la jóven enferma, que quiere á todo trance conocer á la que le asiste, y le pregunta mil veces su nombre, y cómo ha llegado hasta allí, y cómo pasó por todos aquellos trances. La tranquilidad que se respira en aquella celda, el aire perfumado de aroma, el cielo centelleante de alegría, el sol que lleva sus rayos hasta el pié del lecho, todo esto la alegra, la tranquiliza, la devuelve las fuerzas. Y sin embargo, Margarita no conoce á Ángela.

XLVIII.

Un dia estaba Margarita dormida. Ángela oraba al pié de un Crucifijo. El sol, penetrando en la estancia, la inundaba de luz. Parecia que era como una auréola de santidad y de pureza. Los ojos de Ángela, perdidos en la oracion, se teñian con un tinte de lo infinito, con un resplandor de cielo. Parecia que la eternidad se dibujaba en su mirada, como el cielo se dibuja y refleja en el mar. La actitud de Ángela, su rostro inundado de celeste felicidad, sus ojos perdidos en el cielo, sus labios perfumados por una religiosa plegaria, sus manos plegadas, el resplandor del sol, que la envolvía en un éter luminoso; todo esto la exaltaba como si perdiendo su naturaleza humana, tomara otra naturaleza mas esplendorosa y mas alta.

Margarita abrió los ojos y exclamó:

— ¡ Ah ! Os conozco.

Ángela se cubrió el rostro con las manos.

— ¿ Me conocéis ?

— Sí, sí.

— Perdonad, dijo Ángela con dulce voz, que me haya ocultado á vos.

Margarita levantó al cielo los ojos inundados de lágrimas.

— ¡ Oh ! No sé lo que pasa por mí.

— Yo os lo contaré.

— Contádmelo, Ángela, que en verdad habéis...

Un gran silencio siguió á estas palabras de las dos jóvenes. Ángela bajó la cabeza. Margarita se cubrió el rostro con las manos. Por fin, esta interrumpió el silencio, y como arrepentida de su primer impulso generoso de gratitud, de reconocimiento, dijo con aspereza :

— ¿ Quién me ha traído aquí ?

— Os trajeron unos marineros.

— ¡ Unos marineros !

— Sí ; os habiais caído al mar.

— Me habia caído, no ; me habia precipitado.

— Tenéis razon, os habiais precipitado.

— No, no he hablado con propiedad ; me habiais precipitado vos, Ángela.

— ¡ Yo ! Una pobre mujer como yo.

Sí, sí. Todo lo debéis oir, todo absolutamente.

— Hablad, Margarita, os escucho.

-
- ¿Tendréis paciencia para cirme?
- Ya os atiende, hablad.
- ¿Qué es de Eduardo?
- Eduardo está en África.
- No lo creo.
- Si no me habéis de creer, excusáis preguntarme.
- ¿Y cómo sabéis que está en África?
- Como lo sabe todo Nápoles.
- Pues bien, Eduardo se moría de amor un tiempo, y esto no lo negaréis, por vos.
- ¡Un tiempo! Es verdad, es verdad. No lo niego.
- Y este amor, mal apagado, renació de sus cenizas.
- Creo poder aseguraros que fué agradecimiento, no amor lo que sintió.
- ¡Agradecimiento! ¿De qué?
- ¿No lo recordáis?
- No.
- Pues yo tampoco.
- ¿Qué debía agradecer?
- Hablaré para justificarle. Vos recordáis una oscura prision.....
- ¡Oh! Sí.
- ¿Recordáis que allí no respirabais apénas?

— Es verdad.

— ¿Recordáis que el verdugo?

— Sí, sí. Justamente.

— ¿Recordáis que en la hora suprema entré yo y quebranté vuestras cadenas?

— Sí, lo recuerdo. ¡Qué frio hacía en aquellos calabozos! Asquerosos insectos corrian por el suelo, negros murciélagos se anidaban en el techo.

— Pues bien; perdoneme Dios de haber recordado esto, Eduardo sintió agradecimiento.

— ¡Solo agradecimiento!

— Pudo sentir tambien amor.

— ¡Y lo confesáis!

— Pudo sentirlo; pero en mi pecho no halló nunca, nunca correspondencia.

— No lo creo, no puedo creerlo.

— Margarita, Dios es mi testigo; Dios y mi conciencia.

Habia tal solemnidad en las palabras de Ángela, y tal eco de verdad en su acento, que Margarita no se atrevió á contradecirla. Sin embargo, despues de algunos instantes, dijo:

— ¿Y vos, entónces, no le amabais?

— ¡Ay! Margarita. ¡Qué pregunta!

— ¿No le amabais?

— ¿Y para qué, para qué anheláis saber eso?

— Quiero conocer vuestra ingenuidad.

— ¡Mi ingenuidad! ¿No os acordáis de la pobre cantora, que en vuestro jardín os dijo á vos la verdad?

— Me acuerdo.

— ¿No os acordáis de la actriz, de la aplaudida actriz que nunca os quiso negar la verdad?

— Me acuerdo.

— Pues la pobre cantora, la actriz no se desmiente bajo el manto de la hermana de la caridad.

— Decid la verdad, decidla. ¿Le amabais?

— Vos lo sabéis.

— Yo no lo sé.

— ¡Oh!

— ¿Me queréis decir que no le amabais?

— No. De ninguna suerte.

— ¿Por qué?

— Porque no podia deciros eso.

— ¿Y cómo no podiais decirme esto?

— No podia, porque le amaba entónces, y le amo todavía con todo mi corazon.

— ¡Ángela!

— ¡Margarita !

— Yo le amo tambien.

— Es vuestro esposo.

— Yo le amo aun.

— ¡ Amor santo !

— ¿ Y vos ?

— Yo, no volváis á preguntarme nada.

— ¿ Vos le habiais amado, Ángela ?

— Sí. Fué el único sér á quien yo pude consagrar mi corazon.

— ¡ El único !

— Educado en la soledad mi corazon, en presencia de Eduardo se abrió al amor, ¡ ay ! amor infinito, que ha sido mi desgracia.

— ¿ Y ahora no le amáis ya ?

— ¡ Margarita ! Toda aquella grande y exaltada pasion que fué mi vida, se ha tornado en amor por la humanidad.

— ¿ Y qué placer os reporta este amor hácia la humanidad ?

— Os empenáis en parecer peor de lo que sois.

— No tal.

— Si no fuera así, no me hriais esa pregunta.

— Os lo pregunto, porque en mi humilde sentir, este amor es muy estéril...

— ¡Estéril! No, no, amor fecundo en grandes bienes para el alma.

— ¿Qué bienes?

— La tranquilidad de la conciencia, la esperanza en Dios.

Margarita se encogió de hombros.

— Y aunque eso no fuera, siempre la grandeza del deber...

— ¡Deber! No veo que tengáis ese deber.

— Todo el que se siente con fuerzas para socorrer á sus hermanos, para asistirlos, para salvarlos, debe consagrarse á su bien, á su dicha.

— ¿Y vos gozáis mucho?

— Gozo, sí, viendo que puedo calmar el hambre del pobre, el dolor del enfermo, el triste desamparo del desvalido.

Margarita meditó un instante.

— Yo estaba agonizante, hundida en el mar, y me han traído aquí, y me habéis cuidado luego.

— Sacad vos misma la consecuencia.

— ¡Oh! No, no. Y Margarita se echó á reir fuertemente.

— No quiero que un ataque de nervios, una carcajada epiléptica, un instante de mal humor os arranquen de ese estado en que os encontrabais, ni que hielen esa convulsion en vuestros labios.

— ¿Qué anheláis, pues?

Las dos jóvenes suspendieron por algunos instantes su conversacion, hasta que Margarita exclamó:

— Y vos, Ángela, ¿por qué habéis tomado por mí este gran interes?

— Porque mi corazon me dice que debo á todos mis hermanos proteccion y auxilio.

— ¿Yo vuestra hermana?

— Vos.

— ¡Yo que debia ser vuestra rival!

— Ya sabéis que hace tiempo que para mí no podéis ser rival.

— ¿Por qué?

— Porque desde el punto en que os vi esposa del hombre que yo habia amado, ahogué en mi alma toda aspiracion á ese amor, y creí que solamente vos teniais derecho á su corazon en el mundo.

— ¡ Oh ! Sois demasiado buena para ser creída.

— No me creáis.

— No puedo yo creer en tanta virtud.

— Esta no es virtud , ó al ménos no es virtud heroica.

— ¿ Pues tan extraordinaria creéis la virtud que no apellidáis así á vuestra abnegacion, á esa abnegacion que me prestáis ? dijo Margarita con cierta sonrisa escéptica y burlona.

— Padecéis de un grave mal, Margarita.

— ¿ De qué mal ?

— De que la sociedad donde habéis vivido, os ha infiltrado en las venas toda su ponzoña.

— Já, já, já.....

Y Margarita se echó á reir.

— Sí, toda su ponzoña.

— Dura estáis al juzgar esa sociedad.

— No, sino muy blanda.

— Proseguid.

— Esa sociedad os ha dicho que la virtud es difícil.

— No me lo ha dicho, me lo ha manifestado con hechos evidentes.

— Mas en mi favor. Os lo ha manifestado ; convenido.

— ¿Y qué?

— Que vuestra alma ha caído en el escepticismo.

— Piensa mal y acertarás.

— Terrible palabra, que no es cierta.

— Es mas fácil ver la luz que las manchas.

— No se ve mas fácilmente la luz, se reparan mas las manchas. La luz es natural, y las manchas son mas raras. Por eso la virtud no nos maravilla y sí el vicio.

— Aun queréis sacar de esto una doctrina en pro de vuestro ascetismo.

— Sea de ello lo que quiera. ¿No es verdad que de todo el mundo dudabais?

— Es cierto.

— ¿No es verdad que la mas leve accion la echabais á mala parte?

— Es verdad.

— Como el que tiene ictericia, que todo lo ve pálido.

— ¡Ángela!

— Y no hay nada mas triste que esa creencia.

— Ya lo veo.

— Es el desencanto de la vida.

— Pero es un buen sistema contra las ilusiones.

— ¿Qué sería de nosotros sin la ilusion?

-
- ¿Tambien defendéis la ilusion?
- Como la flor de la vida.
- Todo lo extraordinario y engañoso defendéis.
- No tal, todo lo que es cierto.
- ¡Cierto eso!
- ¿Os burláis?
- Tentada estaba de ello.
- Pues, sin embargo, no os estudiais á vos misma.
- No hay en mí ni una ilusion.
- No puede ser.
- ¿Por qué?
- Porque es imposible así la vida.
- ¿Imposible la vida sin ilusiones?
- Sí.
- No atino con la razon.
- Pues, sin duda, es muy sencilla.
- Decidla.
- Porque vivimos mas en el espíritu que en la naturaleza.
- Sobrado metafísica estáis.
- Me explicaré. El tosco sentimiento no puede engendrar el amor que es hijo del espíritu.
- Margarita se encogió de hombros.
- ¡Oh! Margarita. Creed en la virtud, dijo Ángela.

— Es muy difícil tal creencia para un alma como la mía.

— ¿Y no podéis comprender que el bien es mas hermoso que el mal?

— Es cierto.

— ¿No esperáis que si alguna vez, de buena fe, seguís el camino de la virtud y la amáis, acaso podéis encontrar la mas grande y grata de las dichas humanas, la paz del hogar doméstico?

— Esa paz tan monótona.....

— Esa paz, que yo no puedo gozar.

— ¡ Oh ! ¡ Yo, yo, sin mi esposo !

— Quién sabe si la Providencia os lo deparará.

— Á mí, no. Me aborrece.

— Acaso os ame mañana.

Margarita se sonrió tristemente.

— No puede ser, dijo.

— Esperad.

— Me cree muy mala.

— Pues hay un medio de combatir su creencia.

— ¿Cuál?

— Ser muy buena.

— Ya no es posible. Mi corazón solo vive para la venganza, para el odio.

— Os engañáis.

— Ahora mismo estoy maravillada de la calma de mis pasiones.

— ¿Lo veis?

— ¿Qué?

— Que la virtud se aprende tambien con la enseñanza práctica, positiva, con el ejemplo.

— No creo tal.

— En esta santa casa de caridad os encontráis mas tranquila y mas serena.

— Es verdad.

— No de otra suerte que se respira mejor en un jardín, en una selva, que en un lugar fétido y pantanoso.

— Mas creo que esta serenidad proviene de que el dolor y la enfermedad han embotado mi alma.

— No, no, proviene de que habéis visto que hay en el mundo seres que se interesan por sus hermanos, seres que os aman.

Margarita lanzó una carcajada epiléptica.

— Sí, prosiguió Ángela, habéis visto que la caridad existe; que existe la abnegacion y el sacrificio; habéis visto que hay en la tierra aun muchos seres buenos; habeis visto que la Providencia reside en el cielo, y dirige

toda la vida. Eso lo habéis visto prácticamente, de una manera positiva, cierta, indudable, como veis ahora el rayo de luz que penetra por esa ventana. Dios, sí, os ha iluminado; Dios, que nunca abandona á sus criaturas; Dios, que vive y reside en la conciencia pura, en la conciencia limpia y serena que refleja el cielo

— ¿Venís á predicarme á mí? ¡Cómo os engañáis! ¡Á predicar á quien tiene ya pasadas en cuenta todas esas cosas y sabe su valor; á quien alcanza lo que son esas gazmoñerías, á quien no se deja engañar de frases huecas ni de apariencias mentidas, que engañan ciertamente, no á mí, no, al vulgo que tiene ojos y no ve, que tiene oídos y no oye!

— Margarita, os comprendo. Queréis rebelaros contra el influjo de lo mismo que sentís en vos; queréis ahogar el gérmen de la virtud, próximo á brotar en vuestro corazón; queréis sumir vuestra alma en un mar espesísimo de tinieblas; queréis precipitar vuestra vida en su antigua cárcel, y ya es imposible, porque habéis visto el bien, y ha herido vuestros ojos, y ha cautivado vuestro corazón.

— ¡Insensata arrogancia! Creéis que cuatro palabras, cuatro mimos, las flores con que envolvéis el áspid, el

brillo del puñal, pueden ocultarme la mordedura, pueden dorar la puñalada; no, no, destila sangre; ¡ay! sangre de mi corazón, sangre que salpica vuestra frente.

— Nunca lo hubiera creído, nunca, si no os escuchara.

— Creiais haberme ganado para el cielo, para ese cielo en que vos creéis albergaros. Pues os engañáis.

— No me albergo en ningún cielo. Misera mortal, vivo también aquí en la tierra sujeta á todas las debilidades de los mortales.

— Justo, exclamó Margarita con sardónica sonrisa; hasta estáis sujeta á la debilidad de amar á mi marido.

Ángela alzó al cielo las manos y los ojos. Una lágrima surcó su mejilla. Una nube de tristeza pasó por su frente; y después de mirar con gran compasión á Margarita, salió de la estancia, exclamando con un acento profundamente conmovido:

— La dejo abandonada á sus remordimientos. Ya debe tener remordimientos.

XLIX.

Margarita se quedó, en efecto, como habia dicho Ángela, abandonada á sus remordimientos. Sentir remordimientos, podia ser una prueba de que la razon y la virtud habian triunfado en aquella ciega y empedernida alma. El dolor puede ser el mensajero de una gran revolucion en el espíritu. Si las palabras y el ejemplo de Ángela no la movian á un pronto arrepentimiento, Margarita estaba perdida sin remedio. ¿Será mas contagioso el mal, que purificadora la virtud? ¿Una jóven pura no podrá estar en un lupanar sin mancharse de barro, y una jóven impura podrá estar en medio de la virtud, sin sentirse inspirada de un anhelo á la perfeccion, ó al ménos de un dolor punzante por su pasada vida? Yo no creo, no puedo creer eso. Creo que el ejemplo de la virtud puede mucho en las almas; creo que estamos obligados á ser buenos, á cumplir con todos nuestros deberes, no solo por ser ley de Dios, ley de la conciencia, deber riguroso, no solo por ser el bien tan amable en sí y tan dulce,

sino tambien por no dar ni malos ejemplos ni malas enseñanzas á los que nos rodean, y viven de nuestra misma vida.

Por esto creo con firmeza que aquella atmósfera de virtud, aquella luz que heria la frente de Margarita, aquella flor, el alma de Ángela, que purificaba el aire, debian purificar tambien el alma, el pensamiento, el corazon de Margarita, no de otra suerte que los gases por el dia desprendidos de los árboles oxigenan la atmósfera.

En efecto, al irse Ángela, Margarita sintió deslizarse como una culebra en su pecho el frio remordimiento, que clavándose en sus entrañas, se las partia, las devoraba, como suele suceder, mal de su grado, á todos los que alguna vez han sacrificado en aras del crimen, aunque no haya sido mas que un dia de su vida.

Margarita comenzó á recapacitar allá en lo interior de su mente, y pensó que era muy cruel con Ángela. ¿Quién la habia dos veces libertado de la muerte? ¿Quién la habia asistido como un ángel á la cabecera de su cama? ¿Quién habia derramado el rocío de las lágrimas en aquella vida seca y gastada? ¿Quién la habia seguido y habia velado por ella cuando sola, pobre, abandonada, no tenia á su alrededor ni una persona que velara por su tranqui-

lidad y por su paz? Todas estas ideas se levantaban en su alma oscurecida, como esas estrellas que aparecen á través de las ráfagas de la tempestad, ó de las nubes que manchan y oscurecen un cielo azul, brillante y puro. Mas en el alma de Margarita las nubes eran tantas, la oscuridad tan espesa y tan horrible, que bien puede decirse que no había esperanza de que el alba pura de la luz amaneciese en sus horizontes. El remordimiento, solo el remordimiento podia ser parte á salvarla. Si no sentia dolor, estaba perdida, completamente perdida. Y en efecto, Margarita se dolia de haber insultado á la pobre Ángela. ¡Insultarla! Ángela era á todos los ojos el númen misterioso y divino del bien. Ángela era la personificacion del bien; Ángela era la imágen purísima del sacrificio; Ángela era un ideal de virtud.

Margarita, en fin, dejó caer la cabeza sobre el pecho y lloró amargamente, amarguísimamente. Aquel lloro podia ser como la lluvia del cielo, que descendia sobre sus alteradas pasiones; aquellas ideas como el iris que se dibuja entre las negras y pavorosas nubes.

El remordimiento es un aviso del cielo, un anuncio de que en el alma del criminal hay conciencia. Un remordimiento era el primer despertar de la razon en el espíritu

de Margarita ; el primer albor de espíritu en aquella organización. Así, cuando Margarita sintió este dolor del corazón, esta aguda espina que le taladraba el alma, sintió también que se había transformado su vida. Ella, que había vivido en medio de los placeres ; ella, que había ideado las mas grandes emociones ; ella, que había seguido una senda de perdición, sin sentir ni el asomo de un remordimiento, verse dolorida y afligidísima, era, en verdad, un milagro, una maravilla. El primer impulso de Margarita fué de rabia, de ira, al sentir aquella extraña impresión en su alma ; el segundo movimiento fué de exaltadísimo dolor. Incluyó la cabeza sobre el pecho y se dió á llorar amargamente. Este lloro, que salia de lo mas profundo de su alma, era como la ráfaga de la tempestad que purifica el cielo. Su conciencia, mas clara, mas luminosa, mas trasparente, se levantó al cielo y absorbió su luz. Despues de este lloro, una tranquilidad verdadera fué el estado de Margarita. Sin embargo, las pasiones no abandonan de una vez su presa. La ira volvió á rugir en aquel corazón despedazado. Se avergonzó de haber llorado, se acordó de quién era, paseó su mirada por aquella estancia ; el fiero orgullo se posesionó de su alma, y sacudió como un sueño aquella leve sombra de arrepentimiento.

Pero en este instante se abrió la puerta y apareció Ángela. Traía un cordial en la mano derecha, un ramo de flores en la izquierda, una sonrisa plácida en los labios, una alegría infinita en los ojos.

— Os he oído llorar, y vengo á veros.

— ¡ Ángela ! ¡ Ángela ! ¡ Me habéis oído llorar !

— Sí, sí. Os he oído llorar. Y me alegro.

— ¡ Os alegráis de mis lágrimas ! Eso es vuestro sentimiento.

— ¿ No sabéis que las lágrimas son un rocío del cielo ?

— Amargo rocío.

— No ; que desahogan el alma.

— Eso es cierto.

— Si yo no hubiera llorado muchas veces, acaso ahora no sería.....

Margarita suspiró. Toda la rabia que en su alma ardía se apagó al dulce soplo de la palabra de Ángela.

— Margarita ; Margarita mia, dijo Ángela acariciándola.

Margarita dejó caer la cabeza en el seno de Ángela, y comenzó á llorar amarguísicamente.

— Sí, sí. Llorad, llorad, Margarita.

— ¡ Oh ! Soy muy mala, muy mala.

Ángela, cuando oyó estas palabras, se postró en el suc-

lo, plegó sus manos, y una oracion se levantó de su alma.

— Ya sois buena, Margarita, ya.

— ¡ Oh ! No, no.

— Sí, Dios ha tocado en vuestro corazon.

Margarita volvió la cabeza con indolencia, y dijo:

— Para mí no hay esperanza.

— Sí, Dios nunca abandona á los suyos.

— ¿ Nunca?

— Nunca.

— ¿ Y yo soy de Dios?

— Como la última de las criaturas.

— ¿ Y yo voy á perder mi naturaleza?

— No, esas pasiones agitadas se tornarán en. tranquila felicidad.

— ¡ Ah ! Abandonada de todos.....

— No, no. De mí no.

— ¡ Abandonada de Eduardo!

Este nombre hirió el corazon de Ángela. El amor volvió á recordarle todo lo que Eduardo significaba para ella. Sin embargo, haciéndose superior á sí misma, exclamó entusiasmada:

— Eduardo volverá á vuestros brazos.

— ¡ Oh ! ¡ Á mis brazos !

— Sí, sí.

— ¿ Quién me lo asegura ?

— Yo.

— ¿ Luego sabéis dónde está Eduardo ?

— No lo sé.

— ¡ Oh !

— No lo sé.

— ¡ Y entonces !

— Á una hermana de la caridad está abierto el mundo.

— Ángela, Ángela.

— Sí, el mundo entero recorreré yo para haceros feliz.

— Dios mio, ¿ y por qué ?

— ¡ Oh ! Por hacer bien.

— ¿ Solo por hacer bien ?

— Por redimir un alma, un corazon.

— Ángela, admiro vuestro heroísmo.

— No es heroísmo el cumplimiento de un gran deber.

— ¡ Un deber ! No atino cómo puede ser un deber.

— Lo es ; porque yo he influido tristemente en vuestro vida.

— ¡ Tristemente !

— Sí.

— ¿No me habéis libertado de la muerte? ¿No me habéis recogido aquí?

— Es verdad; pero he inspirado siempre celos y recelos á vuestro corazon.

— Eso es verdad.

— Celos que os habrán hecho padecer.

Entónces un remordimiento se levantó en el ánimo de Margarita.

— Yo tambien os he hecho padecer mucho.

— Sí. Pero erais inocente.

— ¡Inocente!

— La causa del dolor de mi vida es Eduardo.

— Es verdad.

— Me amaba.

— ¿Y le amabais?

— Mucho.

Margarita se sonrojó de celos.

— ¿Y os abandonó? dijo Margarita.

— Me abandonó á mi soledad.

— ¿Padeceriais mucho?

— Pasaba mis dias llorando, mis noches en cruel insomnio.

— Tenéis razon, ¡cruel!

— Cuando amanecía, me inclinaba en mi ventana y ponía los ojos en el horizonte.

— Y allí.....

— Allí no apartaba la vista del mar.

— ¡Qué ansiedad!

— Cada vela que descubría, imaginaba que era él, cada bote que se presentaba á mis ojos, creía que era el bote en que solía venir Eduardo.

— ¡Qué crueles padecimientos!

— Para mí no había luz en el cielo, ni aire en la tierra. Yo me ahogaba.

— ¡Y habéis resistido!

— Sin duda Dios hizo la naturaleza humana para el dolor, y por eso el dolor la vivifica.

— ¿Y continuais queriendo á Eduardo?

— ¿Queréis remover las cenizas de mi corazon?

— Os lo pregunto con fe, con deseo vivísimo de que me contestéis.

— Por Dios, Margarita.

— Sí, os ruego que me contestéis.

— Ya os he dicho que soy causa de vuestros pesares.

— No, son aprehensiones que se van calmando y desvaneciendo.

— Pues bien, oid lo que siento.

— Sí, sí, decidlo.

— Aun le amo.

— ¡Santo cielo!

— Aun en mis ensueños veo su imagen ; aun en mis delirios invoco su nombre. No he podido de ninguna manera domoñar estos sentimientos de mi corazón.

— ¡Oh!

— Mi pasión vive hoy tan pura como el primer día que la sentí; yace tan inmaculada en el fondo de mi alma.

— ¿Y deciais que no le amabais? exclamó irritada Margarita.

— Nunca he dicho eso.

— ¿Y deciais que deseabais mi felicidad, mi unión con Eduardo?

— Sí, la deseo vivamente.

— Es imposible.

— La deseo con todo mi corazón.

— ¡Mentira!

— ¡Margarita!

— Mentira, repito.

— ¡ Oh! Hemos vuelto á nuestro antiguo estado.

— Si le amabais, ¿ cómo deseáis que yo vuelva á verlo?

— Porque en mí domina la razon al sentimiento.

— Entónces no le amáis.

— Ojalá fuera cierto lo que decís.

— No le amáis; porque si le amarais, diriais: ántes que todo en el mundo, primero que todo, sobre todo, su amor.

— No puede sucederme eso que decís.

— ¡ Ah! Si le amarais, sentiriais un vacío inmenso, una paralización en la vida, un tormento, un horror al mundo; cuando él no estuviera á vuestro lado, renunciariais á todo, ménos á su amor, sí, á su amor, sin el cual ni siquiera os sería posible concebir la realidad de la existencia.

— Pues, ¿ por qué llevo este sayal; por qué en mi primera juventud me he encerrado en un convento? ¿ Creéis, por ventura, que todo es virtud? No. Os engañáis. Es mi desesperacion la que me ha traído aquí, mi desesperacion la que me ha separado del mundo, mi desesperacion la que ha obrado en mí todos estos milagros, sí, la desesperacion.

— No os comprendo, no os puedo comprender. ¿ Por qué si tanto le amabais, no le habéis seguido?

— Porque hay una cosa superior al amor.

— No hay nada.

— O¿ engañáis; hay el deber.

— Sí. Pero es tan fácil dejarse arrebatar por los impulsos del corazon.....

— No cuando la conciencia grita y avisa dónde están los escollos y los peligros.

— ¿ Hay peligro en amar bien?

— En amar bien no le hay. En amar mal, en amar ilegítimamente, hay mas que peligro, hay perdicion.

— ¡ Qué leyes de moral tan estrechas!

— No le creáis; son amplias como el espíritu que se agita en lo infinito.

— Son una cadena.

— Ese es otro error.

— No veo ahí ni sombra de libertad.

— Hay que combatir en el mundo muchas preocupaciones. Se cree generalmente que la libertad consiste en dejarse arrebatar de las pasiones, no; el que tal hace, se doblega á la esclavitud mas vil, á la torpe esclavitud de los sentidos.

— Pero el esclavo del deber.....

— El esclavo del deber es libre. La libertad consiste en sujetarnos á nuestra propia razon.

— Admito esa explicacion.

— Cuando nos sujetamos á nuestra razon, no dependemos de nadie.

— Cierto.

— Cuando no dependemos de nadie, somos libres.

— Es verdad.

— La razon es nuestra misma vida, nuestra misma alma, nuestro espíritu, lo que hay mas íntimo en nuestra naturaleza.

— Justamente.

— Pues bien, nuestra razon nos dice que cumplamos con nuestros deberes religiosos, morales y sociales. ¿No os dice eso vuestra razon?

— Sí, sí.

— ¿Puede decirnos otra cosa?

— No.

— Luego cuando os dejáis llevar de extraños sentimientos; cuando os dejáis llevar de las pasiones, caéis en la esclavitud.

— ¡Es verdad!

— Y cuando seguís los consejos de vuestra razon, la voz de vuestra conciencia, sois libre, completamente libre.

— ¡ Triste libertad !

— No lo creáis. Prescindiendo de que solo debemos amar la virtud por ser virtud; prescindiendo de que el amor desinteresado al bien es el verdadero amor; prescindiendo de todo esto, os digo que cuando el alma ha cumplido un deber se queda plácida, serena,

— ¡ Oh ! Acaso por no haber cumplido yo con mis deberes, he padecido mucho.

— Si.

— Acaso por haber emponzoñado mi vida se ha oscurecido en mí la nocion de la justicia.

— Mirad, Margarita, el arroyo cuando corre límpido por la grama. Su clara linfa refleja el cielo.

— ¡ Ay !

— Mirad cuando la tempestad ó la mano del hombre lo enturbian. Entónces solo se ve en sus aguas el polvo oscuro de la tierra.

— Eso es, eso es. ¿ Y no podré aspirar al bien, no podré aspirar á salir de esta estrecha cárcel ?

— ¡ Oh ! dijo Ángela, desde el momento en que deseéis ser libre, sois ya libre.

— Luego solo basta desearlo.

— Desearlo con esa fe, con esa constancia que habéis puesto en las cosas del mundo; con ese mismo ardor que os llevaba á la intriga, á la corte.

— ¡Deseos! Hace tiempo que no deseo nada.

— ¿Ni volver á ver á Eduardo?

— ¡Oh! Eso sí.

— ¿Y si os dijera que solo vuestra decision por abrazar la virtud puede hacer que Eduardo os ame?

— Luego mis sospechas son verdad.

— ¡Pobre Margarita!

— Luego son ciertas.

— Desprendeos de esas preocupaciones.

— Luego vos tenéis en vuestras manos el corazon de Eduardo.

— De ninguna suerte.

— ¿Pues cómo, si no, os atrevéis á decir lo que me habéis dicho?

— Me atrevo, porque conozco el corazon de los hombres.

— Vos podéis volverme á Eduardo, y no lo hacéis, y aun aspiráis á que no os tenga por criminal.

— Margarita, no es posible hablar con vos.

— ¿Queréis que oiga friamente lo que estáis diciendo

— No es posible hablar con vos. En seguida dais cuerpo á todas vuestras ideas, realidad á todas vuestras aprehensiones.

— ¿Pues en qué os fundáis para decir que Eduardo volverá á mí?

— Me fundo en el conocimiento que tengo del corazon humano.

— ¿En eso no mas?

— En eso.

Una de las faltas graves que cometemos, Margarita, es juzgar de todas las cosas, no por las leyes generales de la vida, sino por las impresiones del momento; fortuitamente, al acaso.

— ¿Y solo el acaso puede volnerme á mi esposo?

— No.

— ¡ Ah ! ¡ Qué ilusiones !

— El corazon necesita de la paz.

— Es cierto.

— Pasado cierto tiempo en que la vida se agita y hierve, el hombre ama el descanso de la familia.

— ¿ Pero cuándo le sucederá esto á Eduardo ?

— Cuando se haya convencido de que puede alcanzar esa paz en el seno del hogar doméstico.

— ¡ Oh ! Mi corazon solo desea ya esa tranquilidad. .

— Pues vuestro corazon la tendrá.

— Ángela, no me atrevo á creerlo.

— Creedlo, Margarita.

— Me lo asuguráis de una manera...

— Yo me he propuesto haceros feliz.

— ¿ Sí ? Ángela.

— Sí. Quiero haceros feliz.

— Ya no es posible la dicha para mí.

— ¡ Ah ! La dicha es cambiante, relativa, es segun el estado del alma.

— Es verdad.

— Vos creisteis que la dicha estaba en el poder, en el oro, en la intriga.

— Tambien es cierto.

— Os habiais engañado.

Margarita cayó en profunda meditacion.

— Sí, os habiais engañado. Al volver de vuestro baile, ¿ qué enontrabais en el corazon ?

— Un vacío tan grande...

— Al penetrar en las intrigas, ¿ qué os sucedia ?

— Al pronto me aturdia, despues lloraba.

— ¿ Y al encontraros tanta mentira, tanto engaño ?

— Me desesperaba.

— De modo que nunca habia verdadera tranquilidad en vuestro ánimo.

— Nunca.

— Hé ahí las consecuencias fatales de errar el verdadero camino de la vida.

— Es cierto. Habladme, habladme de la verdadera vida.

Despues de una corta interrupcion, dijo Ángela :

— ¿No habéis pensado alguna vez en la Providencia?

— Nunca.

— ¿Y cómo no os ha ocurrido esa idea en presencia de la naturaleza?

— Me ha parecido que buscar la Providencia detrás de los hechos y de los fenómenos del mundo, equivale á la accion del mono que, cuando ve su imágen reflejarse en el espejo, la busca ansioso detras de este mueble.

— ¡Pobre y mil veces repetido argumento!

— Pobre será; pero á mí una gracia de esa naturaleza me ha convencido siempre mas que un libro largo y sesudo de alta moral.

— Parece imposible. Y este mal ha provenido en vos,

no tanto de perversidad en el alma, como de ligereza en la educacion.

— Lo que queráis, Ángela. Mas todas esas cuestiones me rompián el cerebro, y no tenia espacio de tiempo para tratar de ellas.

—¿Nunca habéis meditado cómo se sostiene esta máquina? De la muerte de unos seres proviene la vida de otros. La noche tiene sus misterios y sus seres predilectos como el dia. La onda salada del mar oculta millares de millares de seres, como la hoja del árbol, como el grano de tierra que pisáis indiferente. En una gota de agua nadan mil animalillos como en el inmenso cielo nadan mil luminosos astros.

—¿Y de todo eso qué deducís?

— Todos esos seres viven sostenidos por la Providencia. Cada uno tiene su ley; tiene su propio destino. El ruiseñor da voz al bosque; la cigüeña es sagrada, porque devora los dañosos reptiles; la misma víbora, que parece asestar su aguijon contra el hombre, le cura mil enfermedades; y hasta en los accidentes mas livianos de la naturaleza, se ve siempre brotar la vida, porque todos los seres tienen un fin, y tienen instintos y medios á ese gran fin proporcionados.

— ¿Y de todo eso que deducís?

— Deduzco que la naturaleza entera tiene sus modelos, sus tipos, en un principio muy superior á la meteria bruta. La materia por sí sola no podria nunca producir esos séres; no podria haber enlazado en suaves armonías y en leyes todos los diferentes objetos esparcidos en los espacios.

— Pues si no produce séres la materia, ¿qué es el grano de semilla que cae en la tierra?

— Tenéis razon; pero esa unidad maravillosa que en la creacion se encuentra, debe ser obra de una razon superior á la materia, de una razon divina. La materia puede reproducirse ciegamente; pero no puede producir la ley, no puede producir la armonía, no puede producir la unidad de tantos principios discordes, y tantos elementos contradictorios; la materia para ese fin es de todo punto impotente.

— Tenéis razon.

— ¡Ah! Sí, vos convenís conmigo. ¿No es verdad que es muy hermoso ver que Dios en los países cálidos ha puesto frutos frescos, regalados, árboles frondosos, y al revés en los países frios? ¿No es verdad que es muy hermoso considerar que esos mundos giran por millones de

millones en los espacios, y no entrechocan nunca? ¿No es verdad que es hermoso levantar la hoja de un árbol, y encontrar allí seres que nadan en el océano de la vida, como en las arenas, como en las gotas de rocío, seres que contribuyen todos al plan inmenso de la creación, de la naturaleza?

— Es verdad, es verdad.

— Y cuando se ve todo esto, el alma que piensa, el alma que ama, como el ave que desde su nido se levanta al cielo, abre sus alas, y se pierde amorosa en el éter de lo infinito y de lo eterno, y se rinde en presencia de Dios, y arrobada lo adora.

— ¡Dios mío! No puedo sufrir este vértigo; no puedo sacudir el efecto de la palabra de esta mujer; la sigo, me arrastra en pos de sí; Dios mío, Dios mío.

— Sí, sí, Margarita, creedme. Yo he visto la Providencia en todos los actos de mi vida: yo he visto su mano en todas las páginas de mi historia.

— ¡Oh! ¡Vos tan desgraciada!

— ¡Yo tan desgraciada!

— ¿De vuestras mismas desgracias concluís la verdad de la Providencia?

— ¡, de mis propias desgracias.

— Hablad.

— Yo amé demasiado á un hombre. Para mí no habia ni mundo, ni cielo, mas que su amor; egoísmo punible, y egoísmo castigado.

— ¿Tambien el amor puro es falta?

— Sí.

— No lo comprendo.

— Me explicaré, Margarita, me explicaré.

— Hablad, hablad. Os lo ruego.

— Dios no quiere que nos encerremos dentro de la mezquina corteza de nuestra personalidad. Así como de tantos seres dispersos en las escalas de la creacion Dios saca la vida y la armonía, de tantos corazones como ha puesto en el mundo, quiere Dios tambien que salga la felicidad para todos los hombres.

— ¿Y vos habiais faltado con amar á eso?

— Sí, habia faltado. Creia que Dios me habia dado mi voz para regalar el oído á Eduardo; mi imaginacion para bordar de flores su vida; mi pensamiento para iluminar su existencia; mi corazon solo para él con todos sus sentimientos.

— ¿Y en eso faltabais?

— Faltaba gravemente; porque no recordaba que habia en la tierra otros seres; porque habia llegado á encerrarme en la concha dura y egoísta de mi amor; porque habia guardado todos mis sentimientos para un solo ser en el mundo.

— Y vuestra Providencia...

— Y mi Providencia, arrancándome al amor de Eduardo, me castigó dura, pero merecidamente.

Margarita levantó los ojos al cielo, como maravillada de lo que oía.

Me castigó, sí, porque me hizo ver que mi vida era para mas altos fines, que mis sentimientos debian caer como la lluvia del cielo sobre muchos seres; que encerrar en estrecho círculo la vida profunda, inmensa como el Océano, es un delirio; que amar egoístamente como yo amaba, es un crimen. He sentido en mis penas la mano de la Providencia, que me apretaba el corazon; he padecido, he llorado, y acato sus decretos.

— Nunca se me habian ocurrido á mí esas ideas.

— ¿No habéis visto la mano de la Providencia en vuestra vida?

— No. Solo he visto casualidades

— ¡Quién lo creyera! ¿Pues queréis que yo os la muestre?

— Mostrádmela.

— Os casasteis por capricho con Eduardo.

— Es verdad.

— La Providencia os castigó á amarle.

— Tambien es cierto.

-- Amabais sobre todo el poder, el valimiento en la corte.

— Sobre todo. Mandar era toda mi gloria.

— En el día en que mas podiais ufanaros con esa gloria, os la arrebató la Providencia de las manos.

— ¡ Justo cielo !

— Invocad, invocad su justicia.

— Proseguid, proseguid, Ángela.

— La intriga habia sido la trama de vuestra vida.

— Es cierto, aunque me cueste rubor el decirlo.

— La intriga era el hilo con que caminabais por la sociedad, por el mundo.

— ¡ Oh !

Y Margrita mostraba cierto disgusto.

— Veo que os disgustáis. Suspendaré mis observaciones.

— No, por Dios, no. Proseguid, proseguid en ellas. Os lo ruego.

— Prosigo. La intriga era toda vuestra vida.

— Es verdad.

— Pues la intriga os llevó á un profundo calabozo, á los piés del verdugo.

— No me lo recordéis.

— La mujer á quien habiais herido en el alma, robándole su amor, yo misma, os salvé.

— Sí, sí.

— Aquella salvacion, que podia haber sido fuente de goces inexplicables, emponzoñó vuestra existencia.

— Aun siento la ponzoña en mis entrañas.

— Os abandonó el esposo que amabais. Perdisteis el poder, que habia sido toda vuestra ambicion; el hilo de la intriga os arrastró por despeñaderos y abismos; vuestras riquezas se disiparon. Vos, fuisteis á agonizar en un miserable jergon; y de precipicio en precipicio fuisteis á dar en el suicidio; tremendos castigos, lógicos, señora, en vuestra tremenda vida.

Margarita lanzó un grito de horror, y dejó caer la cabeza sobre el pecho bajo el peso de un pensamiento que no podia soportar.

Ángela guardó por largo tiempo silencio, Margarita,

despues de breve pausa, levantó la cabeza, fijó los ojos en Ángela, y dijo :

— Me habéis revelado un mundo y un cielo.

— Sí, Margarita, sí.

— Me habéis mostrado que esta vida, que yo habia creído una sombra que la fortuna dibujaba sobre el abismo de los tiempos, tiene tambien su Providencia.

— Sí, Margarita, tiene Providencia el vil gusano, ¿y no habia de tenerla y de sentirla el hombre, el sér por excelencia en la escala de la creacion?

— ¡ Oh Dios mio ! ¿ Y en el camino del bien no me auxiliará la Providencia?

— Sí, os auxiliará, Margarita.

Del borde oscuro del suicidio habéis venido aquí.

— Os he encontrado para mi bien, Ángela.

— Es necesario que los muchos dolores que habéis sufrido hayan despertado vuestra alma.

— Sí, la han despertado para contemplar á Dios.

— ¡ Margarita !

— Y para reconocer que solo en la virtud está el bien

— Esa, esa es la verdad.

— Y para esperar confiada en que Dios abrirá sobre mí la mano de la misericordia.

— Sí, sí.

— Y para amar, Ángela.

Margarita se arrojó en brazos de Ángela y ambas permanecieron largo espacio llorando, como dos amigas, como dos hermanas que se encuentran y se hablan despues de larga ausencia.

— Seremos felices.

— Sí, no lo dudéis.

— Yo, Ángela, desde este instante sacudo todas mis preocupaciones.

— Sí, sacudidlas como un sueño.

— Buscaré en el bien la vida, la felicidad.

— Únicamente ahí se encuentra.

— Os imitaré á vos.

— Á mí, no. Imitad á Dios.

— ¿Cómo?

— Siendo buena, justa, benéfica cuanto podáis, poniendo siempre los ojos en ese ideal de virtud escrito en vuestra conciencia.

— ¡Oh! Lo seré.

— Descansad un poco de las emociones que os ha producido este larg coloquio.

Y en efecto, Margarita se durmió como un niño, con el sueño tranquilo de un ángel.

L.

Desde este día, el sér de Margarita se transfiguró. Aquella dama veleidosa fué constante; aquella dama ambiciosísima, fué humilde; aquella dama intrigante, fué circunspecta; aquella dama entregada á todo el revuelto y rudo torbellino de sus pasiones, fué severa, serena, justa; aquella dama, que odiaba á la humanidad, fué caritativa; aquella dama, escándalo un tiempo de la corte, fué un modelo de virtud.

Sus penas, sus aflicciones, la lección que la Providencia le daba en toda su vida, la voz amorosa de Ángela, sus ejemplos prácticos de virtud, movieron de tal suerte el corazón de la jóven á la dulce esperanza, á la bondad, que aquella tumultuosa conciencia de Margarita, entregada al combate de tantas pasiones, se tornó serena, reflejando en su anchuroso seno todos los matices de pura virtud.

Inmediatamente que se sintió buena, abandonó el convento y la compañía de Ángela, y se fué á vivir modesta y

humilde á su casa. Allí comenzó á trabajar, á coser, para ganarse el sustento. Las gentes que la habian visto en el seno de la opulencia, llena de vicios, y que la veian despues en el seno de la miseria, resplandeciente de virtudes, la auxiliaban, y puede asegurarse que gozaba de una pacifica y tranquila pobreza. Se levantaba temprano; por su propia mano aseaba su persona y su cuarto; se desayunaba con una taza de leche; trabajaba hasta el mediodía, á cuya hora iba siempre á comer con Ángela, con su hermana, como ella la llamaba, al convento; por la tarde volvía á trabajar hasta muy entrada la noche, y despues se dormía para volver á la misma tarea.

Los domingos y dias de fiesta auxiliaba á Ángela en sus mil faenas, y por las tardes paseaban juntas en el jardin del convento, entregadas á sus pensamientos, á sus recuerdos, á sus esperanzas. Margarita, por lo mismo que habia sido exaltada en sus vicios, era exaltada en sus virtudes. La misma perspicacia, la misma pasion, el mismo talento, quedaban en ella; pero encaminados á otros fines, no al vicio, sino á la virtud; no á la venganza, sino á la misericordia; no á perderse en el lodo, sino á levantarse en alas de su virtud al cielo. Así, todas las cualidades que para el mal tenia tan aguzadas, se habian dormido, despertándose

en ella la alta energía moral, que tan bella puede hacer la vida.

El ejemplo de Ángela había sido un modelo de virtud práctica para Margarita; un ideal que había derramado en su corazón el amor al bien. Ya lo hemos dicho muchas, muchísimas veces. Debemos ser virtuosos, no solo por nosotros, sino también por los que nos rodean. La virtud, como el sol, ilumina y fecundiza nuestra vida y la vida de nuestros semejantes. Cuando vemos seres que cumplen con sus obligaciones morales, que realizan su deber, que aman la virtud, prontos siempre al sacrificio, dispuestos á todo por sus hermanos; héroes que no se dan punto de reposo en llevar el pan del alma á los pervertidos, el pan del cuerpo á los desgraciados, involuntariamente sentimos que esa virtud tan exaltaba y tan grande alumbra con sus rayos nuestros ojos, nuestra vida, y penetra con su dulce calor nuestro corazón y nuestra voluntad. Así, el alma de Margarita, entregada sin norte y sin rumbo fijo á todos los embates de sus pasiones, bajo el influjo del alma de Ángela, á su dulce amor, había florecido como la tierra en primavera florece al ardiente beso de fuego que le imprime el sol.

Ángela se había propuesto hacer la felicidad de Marga-

rita. Por lo mismo que habia sido su rival, deseaba su bien, su ventura; por lo mismo que la habia redimido de la esclavitud del vicio, la amaba con entusiasmo. Veia Ángela en Margarita una obra suya, y se gozaba en contemplarla, como el artista contempla la hermosa escultura que se levanta en el mármol á los golpes de su cincel.

Sí, era el alma de Margarita, hasta cierto punto, la creacion de Ángela. El soplo de la hermana de la caridad habia penetrado en aquel corazon, tornándolo pacífico y sereno; su vida habia sido el modelo de la vida de Margarita; sus acciones la norma de aquella mujer que, encenagada como el insecto en el lodo de la sociedad, tomaba alas como de mariposa para volar y cernerse en los infinitos espacios, merced al dulce aliento de Ángela.

Así esta lo que deseaba era dar á Margarita todo el bien posible, devolverle la felicidad perdida, lograr que Eduardo tornase á caer en sus brazos, aunque los celos partieran en mil pedazos su amante corazon; que el sacrificio era como la gran necesidad del alma de Ángela, centelleante siempre de amor y de entusiasmo.

LI.

Mas¿qué habia sido de Eduardo? Huyendo de la sombra de Margaita, se habia refugiado en un buque francés. Una vez disfrazado, y seguro de no ser conocido, habia pretextado que causas políticas le movian á separarse de su patria. El buque francés le acogió bajo su pabellon, llevándoselo á Francia. Ya en París, Eduardo conoció que allí su vida debia ser muy precaria, muy triste. Además, la vida para él era una pesada carga; necesitaba olvidarse de sí mismo. En esta sazon ardía la guerra en África. Los franceses enviaban una de sus numerosas expediciones contra los bárbaros de aquella ardiente region, hermana nuestra en otro tiempo, hoy abandonada de nosotros.

Además, la guerra, el ruido de los combates, la vida en aquellos ardientes climas, los espectáculos á que no estaba acostumbrado; el hambre, la sed, la muerte misma, eran para Eduardo como una esperanza, porque necesitaba desasirse del recuerdo de su vida, borrar las dos imáge-

nes que en su pensamiento le seguian, le acompañaban á todas partes, sin dejarle nunca, Ángela y Margarita, como dos palabras que resumian toda su vida, como los dos límites de su horizonte, como las dos pasiones de su corazon, como la luz y la sombra de su conciencia, como la lucha del bien y del mal, que extiende su dominio sobre todo el espíritu y sobre toda la naturaleza.

Eduardo logró su objeto; entró en el ejército de África á combatir, á pelear, á olvidar. Era una hermosa primavera de Mayo. El sol se levantaba por los límites del horizonte, resplandeciente de hermosura. El cielo estaba riente, azul, sereno, sin nubes. Las costas del Mediterráneo desplegaban un mar de verdura sembrado de flores; las aguas tranquilas reflejaban la luz límpida y grata del cielo. Várias naves francéscas se dirigian á las costas de África, y levantaban sus anclas. y recogian en sus velas blancas como la espuma las amorosas brisas. Las naves llevadan nuevos refuerzos de gente para la guerra de África. Se componian estos refuerzos de gente jóven, alegre, intrépida, que iban á la guerra como los caballeros de la Edad média á sus torneos.

Los labios todos elevaban una cancion de despedida á la Francia, á la amada patria, á la nacion que se perdia

como una ilusion querida entre los velos del celeste horizonte y las aguas de los mares. El desoo de la gloria, el amor á la patria, la ambicion, el anhelo de guerrear, todas esas pasiones que tanto engrandecen el corazon humano, pasiones madres de las portentosas hazañas, vibraban en aquel cántico sublime de tierna y dulce despedida á la patria. Con ese arte propio de los francéses, los cuales rara vez olvidan que el mundo es un gran escenario, y el hombre un gran actor, los brazos de todos aquellos jóvenes se abalanzaban á la ribera con entusiasmo, semejante al de un corazon jóven que deja sus prendas, sus primeros amores. Entre esta explosion de entusiasmo, solo habia un jóven que nada decia, que no hablaba, que no lloraba, que no cantaba, que se sonreia amargamente en medio de tan general entusiasmo.

Estaba sentado sobre cubierta, con la cabeza apoyada en la mano, viendo indiferente el espectáculo de tantas y tan entusiastas pasiones. Cuando la tierra se perdió entre los pliegues del horizonte, cuando solo se veia el mar y el cielo, un silencio solemne siguió á la tempestuosa y exaltada alegría. La presencia de lo infinito que el hombre ve en el mar y en el cielo, le obliga á recogerse en sí mismo, á meditar como bajo las bóvedas elevadas y su-

blimes de un majestuoso templo. Uno de los jóvenes, que mas entusiasmo habian mostrado, se sentó junto al joven meditabundo, que era Eduardo, y le dijo :

— Vos no habéis cantado ni llorado.

— No dejaba nada ni nadie en Francia.

— ¡ Triste suerte !

— Muy triste.

— Pero al ménos recordaréis alguna persona.

— Nada, nada me queda en el mundo.

— Parece imposible.

— Si como me separaba de las riberas, me separara de la vida ; si como me entrego á este mar tranquilo y azul, me entregara al océano de la eternidad, sentiría la misma calma, la misma tranquilidad.

— ¡ Oh ! Pues entónces.....

— Sí, vais á preguntarme ; tú, que has muerto, ¿ por qué usurpas el aire, el alimento, el espacio, que pertenece á un vivo?

— No, ciertamente, no.

— Lo confieso, no he tenido valor para morir.

— No desesperéis.

— Lo tendré para que me maten.

— ¿Y ni siquiera acariciáis una esperanza? dijo su interlocutor á Eduardo.

— ¡Una esperanza! contestó este. Si hubiera una esperanza, ¿á qué me quejaría?

— ¿Pues qué, tan solo creéis el mundo que no podáis encontrar en él ni un sér que os ame?

— No, nunca, no puede ser.

— ¿Estáis loco?

— Tenéis demasiadas ilusiones, jóven.

— ¿Por qué?

— Porque os parece locura la desgracia.

— Sí ciertamente. Me parece locura el haber renunciado hasta á la dulce esperanza de ser querido.

— Esa sería mi mayor desgracia.

— Explicaos.

— Lo sería inmensa.

— Tal vez vuestro amor mata

— Lo habéis dicho en son de burla, y habéis dicho la verdad.

— ¡Qué horror! Tenéis la imaginacion poblada de espectros.

— Sí, mi amor mata.

— Quitaos esas aprehensiones.

— He hecho infeliz á la mujer que amé, infeliz para siempre.

— ¡ Oh !

— He asesinado á mi esposa.

— ¡ Cielo !

— ¿ Queréis mayores desgracias? He arrancado la felicidad á un ángel, he arrancado la vida á una mujer.

— No me lo contéis.

— Es verdad. No deben saberse todos estos crímenes.

— ¿ Y qué buscáis?

— Busco la muerte.

— La muerte, que tan fácilmente se encuentra.

— Ya os he dicho que no he tenido nunca valor para acabar mi vida.

— ¡ Desgraciado !

— Me compadecéis.

— Mucho, mucho.

— Soy en verdad digno de compasion.

— Mas confiad en lo porvenir.

— Para mí se han cerrado todos los horizontes.

— ¿ Quién sabe?

— No hay, no puede haber vida para mí.

— Sí, sí, Dios tiene en sus manos la misericordia.

— Pero Dios solo puede descargar sobre mí su venganza.

El dolor que manifestaba Eduardo era tan grande, que el jóven conoció que toda conversacion le era importuna. Levantóse despues de saludarle, y le dejó solo, abandonado á su silencio. Eduardo volvió á caer en sus profundas meditaciones.

LII.

Esta guerra de África tenia mucho de cruel. Dios ha querido que la civilizacion se riegue con mares de sangre, y se fecunde con la vida del hombre. Como de la putrefaccion de los cuerpos nacen nuevos átomos que llevan á otros cuerpos la vida, de estas continuas guerras y revoluciones nace indudablemente la sangre de toda nueva civilizacion. El hombre no ha dado un paso en la carrera del progreso sin estampar una huella de sangre, sin sentir un dolor, sin lanzar un quejido. Todo su camino triunfal por la tierra está sembrado de cadáveres, de ruinas, de espanto y desolacion. Es su estrella, es su destino. No es posible creer, sin embargo, que la guerra sea eterna. Dia llegará en que cese esta edad infeliz de la guerra. Entonces el hombre, lejos de convertir sus fuerzas contra el hombre, las convertirá á domeñar y vencer, y sojuzgar mas y mas la naturaleza. Mas hoy, para tratar con los pueblos que no quieren la civilizacion, con los pueblos

sumergidos en la abyección, en la esclavitud, en la barbarie, la Providencia no ha puesto en las manos del hombre mas instrumento que la guerra, como un hierro candente, con que se imprime en la conciencia y en la carne humana, sumida en las sombras de la esclavitud, la idea de su libre personalidad.

Pero estas guerras con pueblos bárbaros, con pueblos sumidos en odiosa esclavitud, son guerras bárbaras, son guerras crueles, son guerras sangrientas, de atroces venganzas. El infeliz que ve una raza superior ir, penetrar en sus chozas, y arrancarlas de cuajo, penetrar en sus templos y herir sus dioses, cree que aquel enemigo solo merece el exterminio. La carnicería que los bárbaros africanos hacian en aquellas gentes, era terrible, era espantosa, era sangrienta. Á su vez el ejército europeo no daba un paso, no conseguia una victoria, no lograba una pequeña conquista, sin dejar por todas partes, en aquellos arenales, sembrada la desolacion y la muerte.

En tan tristes circunstancias, se pensó en llevar al África hermanas de la caridad; esos seres privilegiados, que se ciernen, como los ángeles, sobre la desgracia y el dolor. Solo sus almas de fuego podian sufrir los rigores de aquellos climas; solo su entereza podia andar entre

aquellos campos sembrados de cadáveres ; solo su ardiente caridad podia servir para tantos y tan tristes hospitales. La hermana de la caridad corre al campo de batalla ; recoge en sus brazos al herido ; le detiene el alma, cuando parece que se va á escapar del cuerpo ; protege y salva muchas veces al infeliz soldado, y si acaso le ve morir, le auxilia en tan amargo trance, y derrama sus oraciones y sus lágrimas sobre los restos inanimados.

La necesidad que el ejército sentia de estos ángeles de paz, era inmensa, necesidad siempre creciente. Así las hermanas de la caridad, no solo de Francia, sino de otros países, llegaban al África á sostener aquel ejército diezmado por la peste, el hambre y la guerra. Nada mas tierno que ver, donde solo se respiraba odio, el amor ; donde solo se ejerce la venganza, el espectáculo de la caridad y del amor.

Mas para ir al África se necesitaba una caridad inmensa. Un dia se supo en Nápoles la afliccion del ejército francés. Con tan tristes nuevas, llegó una excitacion para que las hermanas de la caridad que lo solicitaran, fueran á esta guerra ; pero sin que se las forzase á ello, dejándolo á su libre albedrío, á su voluntad, pues eran horribles las privaciones y los dolores que debian sufrir.

Ángela se acercó á la hermana mayor, y le dijo ;

— Yo quiero ir á África.

— Vos, Ángela.

— Sí.

— ¿Habéis meditado los peligros á que os exponéis?

— Los he meditado.

— ¿Sabéis que allí es fácil que os sobrevenga la muerte?

— Lo sé.

— Y sin embargo.....

— Quiero ir, sí, quiero ir.

— ¡ Ángela ! Meditadlo bien.

— Me he decidido.

— ¡ Oh ! Es demasiado vuestro celo.

— No lo creáis.

— Sí, demasiado.

— ¿ Á qué he venido yo aquí?

— Á socorrer á los necesitados, á los enfermos.

— Pues si he venido á eso, ¿ cómo cumplo mejor mi destino?

— Socorriéndolos.

— Y si cumplo mi destino socorriéndolos, ¿ por qué no he de ir al África?

— ¡Oh!

— Allí hay mas desgraciados, pues allí es necesario mi auxillic.

— ¡Abandonarnos!

— No hay remedio.

— ¡Abandonar á tantos desgraciados!

— Por otros mas desgraciados.

— ¡Á tantos pobres!

— Por otros mas pobres.

— Pero vuestra naturaleza no puede sufrir esos rudos combates.

— Se quebrará, y moriré.

— Eso es un suicidio.

— No, es cumplir mi deber hasta el fin.

— ¡Vuestras hermanas de Nápoles!

— Cuando yo dejé mi gloira por este trabajo, mi madre por este convento, no lo dejé para ceñirme con nuevos lazos, con nuevas ligaduras. Las rompí todas para ser consuelo de los pobres y de los desgraciados.

— Ángela, no nos abandonéis.

— ¡Ah! Morir séres á millares, y no poder yo socorrerlos, me parece imposible.

— Moderad ese ardor.

— Señora, deseo ir al África.

No hubo remedio. La hermana mayor salió de la habitación donde Ángela la pedia imperiosamente partir, y se encaminó á la enfermería del hospital. Pocos instantes después traía en pos de sí una gran turba de convalecientes, de enfermos de todas edades y sexos. Al entrar aquella muchedumbre, y ver á Ángela, comenzaron todos á llorar fuertemente, y á decir estas palabras:

— No nos abandonéis, decia uno, abrazando las rodillas de Ángela.

— Por Dios, exclamaban otros.

— ¿Qué va á ser de esta infeliz? decian los mas.

— Nuestro consuelo, exclamaban varias voces en coro.

— Nuestro auxilio, decian otros.

— Nuestro ángel, exclamaban muchos.

— No, no os vayáis.

— ¿Y podréis dejarnos?

— Os seguiremos.

— Sí, sí, la seguiremos.

— Por Dios, Ángela.

— ¿No nos veis llorar?

Y todos la oprimian con sus ruegos, con sus gemidos, con su llorar.

— Ya lo veis, decia la hermana mayor á Ángela.

Ésta de pié, en medio de aquel grupo de desgraciados, con los ojos puestos en el cielo, trémulas las rodillas, sin poder apenas respirar, no fué dueña de sus emociones, y comenzó á llorar amargamente, lloro que fué acompañado por los sollozos y los gemidos de todos.

— Ya llora, decian unos.

— Ya no se irá, exclamaban otros.

— Es imposible que nos deje.

— ¿No es verdad que no te irás? la decian los niños.

Ángela movió la cabeza para hablar.

— No se irá, no se irá, decian todos gozosos, y los niños saltaban y se reian de contento.

— No, no os iréis. ¿No es verdad que no? dijo la hermana mayor.

— Esperad, esperad un instante. La emocion que siento no me deja hablar. Y Ángela continuó llorando amargamente.

— Os desafío á que os vayáis, la decia una pobre enferma, que debia á los cuidados de Ángela su existencia. Sí, os desafío; mis hijitos se colgarán de vuestro cuello, y yo de vuestras rodillas, y no habéis de dar ni un paso.

— Dejadme hablar. La emocion que siento me ahoga.

Si algun sacrificio hubiera hecho al abrazar esta vocacion mia, el placer que siento en este instante lo hubiera ya compensado. No hay alegría comparable á esta alegría; no hay placer como este placer. Yo que he recibido helada las ovaciones de un público inmenso, no puedo ver vuestro cariño sin sentirme como trasportada al cielo. Pero, hijos mios, el cumplimiento del deber es sagrado. Yo he hecho voto solemne de ir donde arrecie el mal, donde amenace el mayor peligro. ¿No son hermanos vuestros los soldados de África? ¿No son tambien infelices?

— Sí, sí.

— Y en este instante, en los desiertos de África, á los golpes de enemigas espadas, bajo los rayos de un sol abrasador, sin auxilio ninguno perecen, ¿y no he de poder yo ir á llevarles mis cuidados?

Todos callaron.

— Ya os veo vacilar. Ya veo pintada la compasion en vuestro rostro. Ya veo que vuestra misma conciencia os dice que debo ir á proteger á vuestros hermanos. En los corazones de los infelices no cabe el egoísmo. Han sentido el dolor, y saben lo que es el dolor. ¿Consentiréis que en los arenales de África, sin recursos, perezcan muchos jóvenes que necesitarán sus madres, muchos padres que necesitarán

sus hijos, muchos hombres que necesitará la humanidad

— No, no, dijeron todos á una.

— ¿Quién sabe las vendas que yo podré poner, la sangre que yo podré estancar, las heridas que yo podré cerrar?

— Muchas, muchas, dijeron todos.

— Además hay otra razón, hijos míos, otra razón.

— Decidla.

— Se trata de civilizar pueblos bárbaros, enemigos de nuestra fe. Esos pueblos nos conocen tan solo por la guerra, por la desolación que les llevamos, y nos aborrecerán. Es necesario que nos conozcan por el bien que hacemos, por los consuelos que derramamos en las almas. Así, viendo una religión que inspira á las débiles mujeres valcr bastante para atravesar el desierto, y buscar la muerte, solo por socorrer á los infelices, á los desgraciados, sin mirar, ni su religión, ni su patria, ni su culto, sino solo que son sus hermanos, acaso sigan nuestras creencias, y adoren nuestro Dios.

— Es verdad, es verdad.

— ¿Y cuando yo, pobre de mí, trato de ir á salvar infelices, vosotros los infelices os habéis de oponer? ¿Cuando yo trato de socorrer la desgracia, vosotros, desgracia-

ciados, vais á cerrarme el paso? No, no lo haréis; que en vuestros corazones hay amor á la humanidad, y en vuestra alma, hermanos míos, hay grandeza.

— No, no, dijeron todos á una.

Ángela les hizo una señal, y abandonaron la estancia.

— ¿ Lo veis ? señora.

— Mucho siento que los hayáis persuadido.

— Por Dios, dadme también vuestro consentimiento.

— Ángela, mi razón os lo da, pero no mi corazón.

— Por Dios, señora.

— ¡ Abandonarnos !

— Mi alma no os abandona.

— ¡ Dejar á Nápoles !

— Aquí se queda mi corazón.

— ¡ Buscar una muerte segura !

— Habré cumplido mi destino.

— ¡ Ángela !

— ¡ Hermana mía !

— Sois demasiado grande para la tierra.

— No hago más que cumplir con un gran deber.

— Deber penoso.

— Pero que es mi deber.

— ¿ Habéis pensado bien que el clima es mortal ?

— Sí,

— ¿Que las noches son frias, y los dias ardientes?

— Sí.

— ¿Que el desierto puede ser vuestro sepulcro?

— Sí.

— ¿Que un campo de batalla es terrible?

— Vos habéis estado en ellos muchas veces.

— ¡ Pero cuánto he padecido !

— Egoísta.

— ¿ Me llamáis egoísta !

— Sí, pues queréis quitarme el lauro de esos padecimientos.

— No, nunca. Tomad mi bendicion ; que os proteja el cielo.

LIII.

Era el anochecer. El mar Mediterráneo rugia, como nunca, embravecido. Las olas, alteradas por el viento, se encrespaban y rugian, abriendo profundos abismos, pavorosos, tristes. El cielo, cargado de nubes, aquel cielo tan hermoso, solo inspiraba triste desconsuelo. Los marineros de un navío, que se encontraba surto en el puerto de Nápoles, se apercibían, sin embargo, á darse á la vela. En la orilla se ofrecía un espectáculo aun mas triste. Una gran muchedumbre de gente, á juzgar por sus trajes pobre y desvalida, gritaba, llenaba con tristes lamentos el aire. En medio de aquella muchedumbre, se veían varias hermanas de la caridad llorosas y tristes; y en el centro del semicírculo que estas hermanas de la caridad formaban, se veía á Ángela, teniendo en sus brazos, medio desmayada, á una mujer vestida de negro, que era Margarita. Esta habia transformado completamente su vida y hasta su naturaleza. Á su antigua pasión habia sucedido la cal-

ma; á sus vicios la virtud. Su soberbia se habia convertido en humildad, sin duda en fe; sus celos y recelos por Ángela, en una confianza completa. El bálsamo de compasion y caridad, que Ángela derramara en su corazon, curó todas sus heridas, restañó su sangre.

Margarita, confiando en Dios, se entregó á una vida de privaciones, sí, triste, serena y tranquila. Recordó antiguas habilidades femeniles, ya casi olvidadas, y este recuerdo le valió para ganarse, aunque miserablemente, el sustento. Y en la práctica de la virtud, y en el trabajo, pasaba aquella su pobre vida, ántes entregada al vicio. Ángela amaba en Margarita lo que el artista ama en su obra. Ella habia sacado aquella alma oscurecida del seno de las tinieblas, y la habia remontado al cielo. Ella habia vertido el aroma de la virtud allí donde solo existiera ántes la ponzoña del vicio. Ella, en fin, habia transfigurado con el rayo de luz de su conciencia el espíritu entristecido y oscuro de aquella infeliz mujer. Margarita sentia la partida de Ángela, como si se ocultara la única luz de su vida. Temia zozobrar abandonada á su corazon. Ángela no la ocultaba que á su ardiente caridad unia el deseo de encontrar á Eduardo en los arenales del África, y de recordarle sus deberes domésticos. « El cielo, decia Ángela, me

inspira este pensamiento; yo debo hacer tu felicidad. » Sin embargo, Margarita lloraba como lloraban todos cuantos rodeaban aquel ángel de bendición. Lloraban por su próxima partida; lloraban por el aspecto que ofrecía el mar el día de esta partida. Todo era zozobra, todo espanto, todo terror. Los mugidos del viento, las embravecidas olas, el rugido de los elementos parecían rechazar el sacrificio de Ángela; parecían querer arrojarla lejos de su seno, para que no cumpliera este gran deseo de su corazón. Mas no arredraba nada á Ángela. Tenía una idea tan grande, tan sublime, de la voluntad humana, que estaba convencida de que no puede ser ni oscurecida ni domada por la furia de los elementos. Aquel mar rugiendo, aquel cielo oscurecido, no la detenían, no la impresionaban. Sobre las ráfagas de aquella tempestad veía levantarse á Dios en toda su grandeza; Dios protegiendo á sus criaturas. Y bajo su amparo se entregaba á los furores del mar, como á los brazos de un amigo. Grande era el furor del mar; pero no era ménos el eco de los lamentos de tanta gente congregada para despedir á la pobre Ángela.

Mas en esto se oyó una voz que dominaba todas las voces, un gemido que ahogaba todos los gemidos. Era la voz, era el gemido agudísimo de la madre de Ángela. Esta

pobre mujer, desolada, loca de dolor, de rodillas á los piés de su hija, queria detenerla para que no partiese en tan funesto dia. Ángela no podia contener su dolor, sus acerbas lágrimas que le velaban los ojos. El corazon herido queria salirse del pecho. Sin embargo, dando un adios profundamente dolorido, abrió los brazos, se dejó caer en la barquilla que la aguardaba, y se entregó á la furia de los elementos.

Un clamor universal contestó á este arrojó de la heroica jóven. Todos los labios prorumpieron en oraciones, en gemidos. Ángela llegó al navío que la aguardaba, tendió los brazos á la tierra querida, donde dejaba pedazos de su corazon, reflejos de su alma, y se perdió despues en las brumas del horizonte. ¡ Dios la bendiga ! Va en pos de los desgraciados ; va á derramar la fe en almas doloridas, oloroso bálsamo en cancerosas llagas morales, el bien y la salud en los pobres y en los enfermos. ¡ Dios la protegerá !

El buque en que iba Ángela se dió á toda vela al mar. Al principio el viento que reinaba lo arrojó con ímpetu y fuerza en su carrera ; pero de tal suerte, que bien pronto se borró á la vista de todos ; la tierra se perdiú entre las brumas del horizonte. El combatido leño prosiguió audaz

su camino, desafiando el furor de los elementos, el empuje de las ondas, el empuje del huracan. Al capitan habíale parecido una temeridad indisculpable lanzarse al mar, pero estimaba en mas la honra que la vida; y por la honra, por su palabra solemnemente empeñada, se habia ido á luchar con las fuerzas ciegas de la naturaleza. Nada mas triste que luchar con un sér sin libertad, con un elemento que no conoce las consecuencias que pueden traer sus fuerzas. La lucha con el hombre es terrible, sangrienta, pavorosa; pero al fin un gemido del débil, una súplica, una lágrima, puede mover á lástima y caridad al corazon humano, que aun en sus mas terribles raptos de odio siente y conoce, y puede arrepentirse; pero la lucha con un elemento implacable, que responde á un gemido con nuevos combates, á una lágrima con una ola, á un ruego con su silencio y la continuacion incesante de su furia terrible y pavorosa; la lucha con un elemento furioso y ciego, es negra, como la desesperacion.

El capitan queria volverse á Nápoles, cuando vió la temeridad cometida y la furia del mar; pero el empuje de los vientos habian arrastrado muy léjos su barco, y no habia ni posibilidad de volver, ni esperanza de encontrar un puerto. Acercarse á las riberas, era terrible y difícil;

terrible, porque aquellas ráfagas de viento podían estrellar el buque contra los peñascos, ó encallar en la arena; difícil, porque el viento, en una sola direccion empujaba al buque, y ni los mas grandes prácticos podían calcular en qué punto se podría hallar un buen seguro.

Aquella noche se pasó entre angustias. La esperanza del nuevo día se anidaba en todos los corazones. La esperanza es, en la vida moral como en la naturaleza, el opaco reflejo del sol, que atraviesa y hiende las negras nubes. Pero el siguiente día vino, y mas que día asemejábase á la prolongacion de la noche. El cielo, de color de pizarra, parecia la piedra inmensa de un gran sepulcro, que pesaba sobre la frente; el mar alterado, embravecido, rabioso; las olas abriendo abismos y encrespándose en montañas; el viento desatando sus ráfagas en confusion horrible, y moviendo unas contra otras las ondas; restos de un naufragio flotando sobre las oscuras aguas, que parecían un líquido bituminoso; la blanca gaviota huyendo medrosa, y dando, al volar, espantosos graznidos que parecían lamentos de moribundos recogidos por el aire; los marineros sin esperanza, los viajeros sin consuelo, la muerte dibujándose como un espectro en las aguas y en los vientos pronta á lanzarse sobre su presa, á manera de

los voraces tiburones que rodeaban el combatido barco; todo, sí, todo, en una palabra, era espantoso, tremendo, horrible. Parecia que Dios iba á bajar á juzgar á sus criaturas, y que al tocar con el borde de su manto los mares y la tierra, los habia desconcertado, precipitándolos en su total descomposicion y ruina. Parecia que se habian apagado el sol y las estrellas, y que solo sus pavesas alumbraban el mundo. Parecia que el mar, saliéndose de su centro, se despeñaba en la inmensidad de la tierra, como la catarata de caudaloso rio. Parecia, en fin, que para todos los que en aquel barco iban, se abrian de par en par las puertas de la eternidad.

El mismo horror, que como negra sombra se extendia por los mares, se extendia tambien sobre el lívido rostro de los infelices destinados al largo suplicio de sufrir aquella tremenda tempestad. Unos temblaban de pavor, de miedo, delante de la muerte, y reclinaban de rabia los dientes, como disputándose á brazo partido su presa á la eternidad. Otros lanzaban lamentos, súplicas á los aires, como si creyeran que el mar iba á oir sus quejas. Algunos, que acaso no habian orado nunca, de rodillas, con las manos plegadas y los ojos arrasados de lágrimas, pedian misericordia. Todos estaban igualmente doloridos, é igual-

mente temerosos. Las madres cogian á sus hijos, y se rodeaban de todos ellos para morir abrazados de un solo golpe, y lograr ir todos juntos á la eternidad. Algun corazon amante se acordaba en aquel tremendo trance de su amor, y se indignaba contra la muerte, porque iba á robarle, tan sin razon, el logro de su deseo. Iba una jóven desposada, que el ánsia de ver á su esposo la habia decidido á lanzarse al mar; una mujer que iba á encontrar á su marido, que habia llerado muerto; unos pobres jóvenes, que se amaban tiernamente, y parecian mas tranquilos que los demas, porque el naufragio los habia sorprendido juntos, y esperaban darse un beso de amor, aunque fuera bajo el sudario de las frias ondas; una madre con un pequeñuelo al pecho y tres niñas á su alrededor, lanzaban miradas horribles al mar y á los vientos, como el águila que ve que le van á robar sus polluelos, y todo en el navío era consternacion infinita, lamentos, dolores; lucha terrible del hombre con la naturaleza, de la vida con la muerte; lucha en que solo se ven los encantos de la existencia y el negro terror de la negra muerte; lucha indescriptible, mas atroz que la misma tempestad.

En medio de esta universal desolacion, solo una persona se mostraba serena y resignada, Ángela. El embate de

las olas, como el embate de las pasiones, se estrallaba á sus piés. El temor á la muerte no se dibujaba en su rostro. De rodillas sobre cubierta, con los ojos puestos en el cielo y el pensamiento en Dios, veía serena acercarse el instante fatal de la muerte. Para ella la muerte no era mas que una transformacion gloriosa de la vida. No se torjaba ilusiones, ni trataba de ocultar el mal á sus ojos. Convencida de que iba á caer la negra noche del sepulcro sobre su frente, doblaba resignada la cabeza. Volvia los ojos al mundo, á su vida pasada, y encontraba que habia hecho todo el bien posible, y por consiguiente se preparaba á sumergirse en el mar con la misma tranquilidad que el niño en el sueño.

La muerte puede ser terrible para el que no ha cumplido su destino en la tierra; para el que ha mirado con indiferencia la suerte de sus hermanos; para el que no ha hecho bien alguno, y encerrado en su duro egoísmo, ha visto pasar como fantasmas de una linterna mágica los dolores humanos sin consagrarles ni lágrimas ni consuelos.

Pero el que ha vivido con la vida de todos, el que ha repartido su corazon y su inteligencia entre las gentes, el que nada se ha reservado para sí, contribuyendo con su vida á la vida de todos, al morir sabe muy bien que los

tesoros de su vida que ha derramado en la tierra, no se evaporarán, sino que de la misma suerte que el resplandor del sol desde el frío ocaso tiñe los horizontes con sus resplandores, y dora con sus rayos la luna y las estrellas, esa vida prodigiosa, repartida en obras de caridad, en la predicación de grandes ideas, en el culto á las artes, dorará con su rayos, y vivificará con su esencia muchas generaciones, tal vez mas numerosas que las estrellas del cielo.

La muerte no debe ofrecerse á nuestro ojos, ni como un amigo que acaba con toda nuestra existencia, ni como terrible enemiga que devora nuestra vida. Ambas concepciones son falsas. El deseo de la muerte no puede existir en el corazón que se goza en vivir; pero el amor á la vida no debe llevarnos hasta desear la inmortalidad y la perpetuidad de nuestro sér en la tierra. Debemos mirar la muerte como una solución necesaria en el gran problema de la vida, como un término forzoso del tiempo, como un tránsito necesario á otra vida, como un **punto** entre el tiempo y la eternidad, que separa dos mundos, y que á un tiempo vierte su luz en esta nuestra existencia, y en las sombras espesas del sepulcro; porque al fin la muerte es tan natural como el mismo nacimiento.

Ángela, en estas circunstancias supremas, como en to-

das las de su vida, se olvidó de sí, para acordarse de los seres que la rodeaban. Á todos se dirigia y á todos hablaba. Su imaginacion, sin curarse del estrépito de los elementos, ni de los abismos que se abrian á sus plantas, pintaba con arrebolados colores la muerte. En aquellos instantes, el ruido de los elementos era como una gran sinfonía, que acompañaba la voz de Ángela, dulce y consoladora como un cántico. ¡Morir! ¿Qué quiere decir morir? No moriremos, no, decia. Puede romperse en mil pedazos este barco, sepultarnos el oleaje que se embravece, devorar nuestro cuerpo esos monstruos que nos cercan; pero ni el mar con su inmenso furor, ni las tempestades, ni los terribles huracanes pueden darnos la muerte.

En este instante en que parece que se acerca el término de la vida, acordémonos de que la vida es inmortal; en este instante en que el dolor de la muerte se acerca, acordémonos de que ese dolor es transitorio; en este instante en que todo está sumergido en las tinieblas, recordemos que Dios brilla, como el eterno sol del mundo moral, sobre las ráfagas de las tempestades. Venga, venga la muerte. ¿Qué importa? Hemos hecho cuanto hemos podido por el hombre. Unos con el trabajo y la industria os habéis perpetuado en la naturaleza; otros con el amor y

la familia vivís presentes siempre entre los hombres; otros por las grandes obras de caridad os perpetuais en el bien que habéis hecho; todos, con la esperanza, podemos tocar el cielo. No desconfiemos, no desconfiemos. La muerte asusta mas, cuanto ménos la miramos. Acostumbrados desde niños á ahuyentarla de nosotros como un fantasma, nos coge siempre de improviso. Debíamos, para ser perfectos y dignos, acordarnos que esta tempestad que ahora se desencadena, la llevamos siempre en nosotros; que esta pálida muerte que ahora se dibuja ante nuestros ojos, es como la dulce, aromosa esencia del cáliz de la vida.

Preparémonos. La muerte es tan natural como la vida. Y todo lo que es natural, no daña. En verdad, de esta muerte violenta podemos levantarnos al cielo. El insecto rompe el capullo. el ave rompe el huevo, y solo así pueden tomar alas y volar, y bañarse en el éter de la vida. Nosotros tambien somos esclavos; tambien nosotros estamos encerrados en una cárcel. Se acerca la hora de la libertad, el instante sublime de la emancipacion. La cárcel se arruina, la cadena se quiebra, el prisionero alcanza la santa libertad. ¿No habéis querido alguna vez lanzaros en ese inmenso cielo? ¿No habéis pensado en bañaros en la

mustia luz de la luna, de los astros? ¿No habéis, en esos instantes de tristeza y de recogimiento del alma en sí misma, no habéis visto al traves de la naturaleza, el resplandor de la esencia de Dios, el reflejo de la verdad divina? ¿Y no deseáis ver á Dios? Pues bien; la muerte tan temida, la muerte tan terrible, puede verter en nuestra cabeza, como un bautismo, el consolador rocío de la eterna vida.

Estas palabras de Ángela calmaron el terrible anhelo de muchos infelices. Levantar el alma á Dios, en el trance de una próxima muerte, es lo mismo que levantarla á la esperanza, y borrar en ella la sombra del miedo. Todos los náufragos seguian el pensamiento de aquella mujer inspirada, que se cernia sobre la tempestad, como la alondra en el cielo puro y sin nubes. Mas la tempestad no calmaba. El ruido de los vientos y el coraje de las olas, eran cada vez mayores. Los esfuerzos de los marineros, las sábias disposiciones del capitan, la tremenda lucha que sostenia el timonero, iban tornándose inútiles. La desesperacion con todo su horror comenzaba á pintarse en los rostros de los marineros, y sordas imprecaciones, como un eco maldito, acompañaban el gran estrépito de la naturaleza.

En los viajeros, la palabra de Ángela, esa palabra dulce, tierna, inspirada, habia impreso un sello tal de grandeza, que la mayor parte miraban como con resignacion las asechanzas de la próxima muerte. Mas la tempestad crecia y crecia, y se perdía el rumbo, y se agotaban las fuerzas, y grandes remolinos jugaban con el débil leño, como con una leve paja. El cielo era de acero á los lamentos y súplicas de tantos infelices. La tempestad habia envuelto en sudario de sombras todo el mar, toda la tierra. La noche que vino encima de aquella noche, noche fria y terrible, aumentó sus angustias, sus dolores. Ni un astro amigo se veia para consuelo entre las brumas del horizonte. El buque perdió los palos, el timon fué inútil, los esfuerzos de los marineros impotentes, todos los recursos del arte ineficaces; no hubo mas remedio que dejar abandonado el barco á merced de las olas y de los vientos. ¡Triste hora, espantoso instante! El capitan se cruzó de brazos, dejando caer la cabeza sobre el pecho como quien ya ha agotado todo sufrimiento y aguarda tranquilamente la muerte; los marineros se tendieron sobre cubierta, agotadas sus fuerzas, perdidas sus esperanzas; el buque sin palos, sin arboladura, sin timon, sin velas, parecia una inmensa mortaja que flotaba sobre las aguas; sordos lamentos, queji-

dos ahogados, llantos, imprecaciones, súplicas, plegarias religiosas, nombres invocados en el extremo de la agonía; todo, todo cuanto pasaba en la naturaleza y en el espíritu de las gentes, que luchaban con la naturaleza, todo era triste, sombrío, espantoso, negro, como uno de los círculos del infierno del Dante.

La calma que la palabra de Ágela derramara en aquellos turbados espíritus se perdió por completo cuando vieron los infelices la victoria del mar sobre las fuerzas del hombre. Mientras el hombre lucha, la esperanza anida en su alma; pero cuando se agotan sus fuerzas, cuando cae rendido, cuando le falta espacio para mover su actividad, cuando se gastan todos los resortes de su genio, entónces el desconsuelo llega á su colmo. Cuando los pasajeros vieron que el marinero no luchaba, que rendido y sin fuerzas se entregaba á la muerte, comenzaron á lamentarse, á llorar, á herir el cielo con sus quejas. Todo fué confusion, todo fué espanto. Los padres llamaban á sus hijos, los hermanos á sus hermanos, los amigos á sus amigos, para morir todos reunidos, todos abrazados, como si tuvieran un solo cuerpo, una sola alma. El recuerdo de las personas queridas que dejaban en el mundo, la despedida de esta existencia, que nos es tan cara, la lucha de

la vida con la muerte; todo, sí, todo era triste, era aflictivo, era lastimoso. Los ojos de muchos de aquellos infelices se habian cansado de llorar; secos, relucian con el fuego de la desesperacion; desfallecidas las fuerzas, algunos pechos lanzaban ronquidos sordos, como el estertor de la agonía.

En estos instantes supremos, el capitán llegó á concebir alguna esperanza. El viento le traía el eco de voces humanas al oído, gritos confusos, que no podían distinguirse en el gran estruendo de la naturaleza. Bien pronto se apagó aquella mustia esperanza, y tornóse en desesperacion mas honda y mas terrible. Los gritos eran lamentos; las voces humanas, voce de agonía; el socorro, un naufragio; otro barco habia sido devorado por la furia del mar, y muchos infelices perecian entre las olas. Cuando echaron de ver esto los infelices compañeros de Ángela, se prepararon para morir.

Unos pedían con grandes gritos: « Confesion, confesion. » Otros oraban sobre cubierta, entregando á los elementos el nombre de Dios para aplacar los elementos. Muchos se retorcian en la desesperacion, secos los ojos, cubiertos de hirviente espuma los labios. Ángela, de pié sobre cubierta, acariciando á las hermanas de la caridad

que le acompañaban, serena, silenciosa, triste, parecía en medio de aquella universal desesperacion un sér superior, en cuya frente centelleaba la virtud, aguardando serena el instante supremo en que la terrible ola vendria á devorarla y sumergirla en el océano de la eternidad.

La tempestad fué creciendo desoladamente. Ya no habia ninguna esperanza. Solo les restaba la proteccion del cielo, el auxilio de Dios. El buque hacía agua, como dicen los marineros, por todas partes. Contra el furioso elemento no habia fuerzas posibles, no habia luchas. El postrer fuego de la vida, la esperanza, se habia apagado en este último, terrible trance. Todos sufrían ya una muerte anticipada, y los tormentos de una eternidad. Los pobres náufragos se disputaban á la muerte con terror, pero con una fuerza indescriptible. Poco á poco veían que el buque se llenaba de agua. Ya no les era posible estar en los camarotes. Salieron todos á cubierta. Aquellas tablas eran su único asidero á la vida, su única esperanza en el mundo; tablas frágiles, que se sumergían en el profundo Océano. Ya el delirio de los infelices náufragos rayaba en extremo. Casi todos se olvidaron del mundo, para acordarse de Dios. Muchos de ellos, sinceramente católicos, se confesaban mutuamente sus faltas, y pedían á Dios per-

don de ellas con lastimero acento. Otros, que no creían en el catolicismo, se cruzaban de brazos, y esperaban con la fría impasibilidad de los estóicos la muerte. La confusión, los gritos, el delirio se calmó; ni siquiera se oía ni un quejido, ni un lamento, ni un ¡ay! todo, todo estaba en calma dentro de aquel barco de tristísimos espectros.

Tal estado de calma, de tristeza, de fría impasibilidad, de silencio, se asemejaba á los instantes pavorosos y terribles que preceden á la última agonía, al postrer suspiro. La respiración de tantos pechos agitados por un mismo y continuo dolor, era como el estertor terrible del moribundo.

En aquella hora suprema solo le asaltó un pensamiento á Ángela. Toda una reconvención le hacía su conciencia. ¿Por qué vas, infeliz, al África, decía, por qué? ¿Vas por amor á la humanidad tan solo? Al dirigirse á sí misma esta pregunta, la jóven palideció, y un remordimiento terrible se dibujó como un espectro en su conciencia. ¡Oh! se decía Ángela á sí misma, ¡oh! yo no voy á esta expedición terrible solo por amor á los desgraciados. Necesito no ocultarme mis flaquezas, no ocultarlas á Dios que me ve, á Dios que lee en el silencio de mi conciencia y cuenta los

latidos de mi corazon. La verdad es, la verdad que yo no puedo ni debo ocultarme, es que yo sabía que Eduardo está en África, que sabía que allí buscaba la muerte, que sabía que acaso fuera necesaria á su vida, tal vez á su felicidad mi presencia, mi aparicion á su lado, y que esto, y solamente esto, me ha hecho abandonar mi hospital, mis hermanas, mis enfermos, mi madre, mis amigas, para desafiar las borrascas del mar, las inclemencias del desierto. Mas ¿por qué he de amar yo tanto? ¿Por qué he de sentir siempre aquí en el fondo del corazon estos continuos lamentos, que me dicen que mi corazon no puede vivir sin amar? Amor, sí, amor delirante, amor eterno, fuego de mi vida, alma de mi alma, aliento de mi pecho; cuanto mas te combato, mas creces; cuanto mas quiero ahogarte en el frio claustro, en la soledad, mas poderoso te levantas; cuanto mas fuertemente intento aprisionarte, mas fuertemente me aprisionas, me vences, me dominas; porque al fin tuya soy, amor, tuya con toda mi alma; aunque desde que te sentí, solo me has pagado este culto infinito con amarguísimos dolores, que aun hoy corroen mi corazon.

Y soy infame, y soy perjura, y soy malvada, decia. Sí, mi corazon debía acallar estos sentimientos, debía encer-

rar dentro del pecho estas tristes aspiraciones. La pureza del cuerpo no importa cuando no está pura la voluntad, pura el alma. ¿Qué vale que mi frágil cuerpo brille con la transparencia del cristal, si la hermosa y suave luz de mi alma está moribunda bajo el peso de esos profanos pensamientos, que extinguen toda su hermosa y divina esencia? ¿Será cierto, ¡ay! será cierto que hayamos nacido solo para amar? En este instante, cuando todos tiemblan y gimen, cuando todos se desesperan delante de la muerte, cuando todos se inclinan al abismo de la eternidad para sondearlo, yo, aquí, al mirar ese cielo despiadado, este mar turbadísimo, al oír el estrépito de las olas, al sentirme ya próxima á la muerte, y fría como un cadáver, solo me acuerdo ¡infeliz! de este amor, mas presente siempre en mi memoria que mi propio espíritu, única idea de mi pensamiento, único latido de mi corazón. ¿Este amor, que habla eternamente, que no se da punto de reposo, que no muere, por mas que intente ahogarle; este amor, será mi corona de martirio ó mi cadena de condenacion; el fuego del cielo que vivifica y exalta el espíritu, ó el fuego del infierno, que consume mi carne y tuesta mis huesos?

Estos pensamientos, por esas relaciones misteriosísimas

que hay entre la naturaleza y el espíritu ; estos pensamientos, que agitaban el alma de Ángela, parecían recrudecer y exaltar la furia de los elementos. Por fin un torbellino inmenso, inexplicable, desatándose furiosamente, recogió entre sus giros la nave como una arista, la arrastró largo tiempo, hasta que por fin la encalló en las arenas de la próxima ribera. Los pasajeros creían que era aquella la hora de su muerte, la señal de su perdición. Mas el capitán, viendo que la nave no se movía, á pesar de la furia del viento y del gran oleaje, exclamó: « Nos hemos salvado ; perdida la nave, pero ganada la vida. » Esta voz del capitán fué acogida con un grito inmenso de júbilo, con un llanto universal.

Mas si queremos salvarnos, decia el capitán, es necesario abandonar el buque, saltar á la orilla; vengan, vengan botes. Oír esto y querer todos saltar á tierra, fué lo mismo. Los mas audaces se apoderaron del bote y se arrojaron en él. Mas eran tantos los que anhelaban acompañarlos, que el bote no podia resistir tanta gente, y se sumergia bajo la inmensa pesadumbre. El deseo inmoderado de vivir los habia perdido. Las olas que á la orilla llegaban mas amansadas, se apoderaron de la pequeña embarcacion, y la arrastraron consigo á alta mar. Muchos de

los marineros, que vieron aquella terrible escena, se lanzaron al mar para detener la barca; pero fué imposible, y perecieron ahogados por su arrojo. Los desgraciados que se entregaron á las olas furiosas del mar, se perdieron. La pequeña nave no pudo resistir al mar y al peso de la muchedumbre que llevaba, y se sumergió en lo profundo. Los gritos, los lamentos, la desesperacion de aquellos séres que morian, cuando el cielo les habia mostrado un rayo de su luz y les habia infundido un aliento de esperanza; los gritos, la desesperacion de los que habian permanecido en la encallada nave, y veían desaparecer entre las ondas prendas queridas del corazon, sin poder salvarlas, ni aun socorrerlas; la inclemencia del cielo que crecia, y el furor del encrespado mar, todo era horrible. La desesperacion de algunos llegaba á tal punto, que se disponian para arrojarse al mar, y encontrar en sus amargas ondas muerte mas dulce que sus dolores.

Ángela en esta ocasion, en este amargo trance, como en todos los trances de su vida, mostró los inagotables tesoros de su inagotable caridad. Sosteniendo á los débiles, predicando á los descreidos, fortaleciendo á los indecisos, multiplicándose para socorrer á los enfermos, para apartar del borde del suicidio á los desesperados, mas que

mujer parecia el ángel de la caridad y del amor. ¡Á cuántos de aquellos infelices apartó de la muerte ! ¡ Á cuántos descreídos inspiró la idea de Dios y el sentimiento religioso ! ¡ Á cuántos enfermos volvió la salud ! ¡ Oh ! La caridad no conocia límites ; cerraba las heridas del cuerpo, y cerraba tambien las heridas del alma. Aquella mujer era como el ideal de la virtud en la tierra.

Por fin pudieron, los que habian quedado de este naufragio, saltar en tierra. Ángela y las hermanas de la caridad, algunos pasajeros débiles y enfermizos, se salvaron. Todos los que, llevados de un amor exaltadísimo á la vida, quisieron á toda costa conservarla, se ahogaron de una manera terrible, cuando ya tocaban con sus manos la tierra, cuando habian visto lucir la dulce consoladora esperanza

Cuando saltaron en tierra, supieron que apenas se habian alejado de Nápoles, y que habian encallado en las costas de Sicilia. Despues de tres dias de este horrible temporal, que tuvo incomunicada la isla con el continente, Ángela tornóse á Nápoles.

LIV.

Una tarde estaba Margarita con las hermanas de la caridad en el convento de Nápoles, hablando de lo terrible y nunca visto del temporal, que habia azotado las costas del Mediterráneo, y de la seguridad que tenian de que el buque en que iba Ángela habia naufragado, y se habia perdido el santo modelo de la inefable caridad, la hermosa Ángela. Al hacer estas reflexiones, al recordar la posibilidad de este naufragio, las infelices mujeres lloraban amargamente. La pérdida de aquel ángel de paz y caridad, era en verdad digna de todo el dolor que le consagraban aquellas infelices mujeres. Mientras el temporal duró, el hospital se habia convertido en una casa de oracion, en un templo. Los niños que aun no sabian balbucear el nombre de Dios, los ancianos encorvados ya hacía el sepulcro, el enfermo mas azotado por el dolor, el moribundo que no podia retener el último suspiro que se le escapaba del pecho, todos, olvidados de sí y de sus dolores, se dieron á rogar á

Dios por la salvacion de todos los que nevegaban en aquellos terribles momentos, y muy especialmente por la salvacion de Ángela.

Cuando la tempestad se calmó y fueron vomitados por el mar tantos despojos, tantos, cadáveres, quillas rotas, despedazadas tablas, restos del gran naufragio, todos, absolutamente todos los que el hospital y el convento habitaban, y la mayor parte de los pobres de Nápoles, lloraron muerta á Ángela, como se llora á una persona amada; y en verdad aquella mujer era individuo de una gran familia, hermana de todos los pobres, de todos los desgraciados, de todos los que lloraban en la tierra.

Cuando mas lloraban la para todos indudable muerte de Ángela, viéronla aparecer á la puerta de la sala principal del convento. La jóven estaba pálida y trémula, sus ojos apagados, su respiracion era tardía y dificultosa. La huella de sus grandes dolores se veia profundamente grabada en su rostro; el acento de la pena que la afligia, resonaba en su voz. Al verla entrar las personas congregadas en aquella sala, que eran várias hermanas de la caridad, algunas enfermas convalecientes, unas pobres pequeñuelas niñas y Margarita, lanzaron un grito, primero de entusiasmo, de alegría, despues de un general sollozo.

— ¿Conque sois nuestra? decian unos.

— Ya os vemos, exclamaban otros.

— Sí, me veis, me encontráis por la misericordia de Dios.

— Gracias, gracias, Dios, Señor nuestro, dijeron todos.

— Margarita, hermana mia, hermana, dijo Ángela, estrechando contra el pecho á su antigua rival.

— ¡Ángela! exclamó Margarita; y no pudo continuar, porque el llanto la ahogaba.

— ¿Y no nos abandonaréis? dijo la priora.

— Sí, os abandonaré.

— ¿No habéis desistido?

— No.

— ¿Acaso no veis en estos dolores un aviso del cielo?

— Sí, el dolor no me arredra.

— Y volveréis á embarcaros?

— Volveré.

— ¡Cielo!

— ¿Creéis que acaso los elementos pueden detenerme?

— Meditadlo bien.

— Lo he meditado.

— Aquí hacéis falta.

— Mas falta hago en África.

— No lo creáis.

— Mi corazon lo dice.

— Os engaña vuestro corazon.

— Aquí estáis vos..... que podéis socorrer á los infelices.

— Pero. mirad, os echan todos, Ángela, de ménos.

— ¿Quién sabe cuántos infelices cristianos perecerán á estas horas en los desiertos de África?

— En todas partes hay dolores.

— Pero hay ciertos dolores que reclaman toda nuestra caridad.

— Por Dios, Ángela, quedaos.

— No puedo, no debo quedarme.

— ¡ Qué persistencia !

— Es un deber.

— Creo que os engaña vuestra generosidad.

— No, mi fe no puede engañarse.

— Es orgullo ya esa insistencia.

— No : es confianza en Dios.

— Ángela mia, por Dios.

— Ya lo he dicho, señora ; el primer buque, el primero que vaya á la Argelia, me recibirá en su seno.

Ángela, tomando el brazo á Margarita, y separándose de todos, le dijo estas palabras :

— ¡ Ah ! padezco, pero soy feliz.

— El cielo te premia.

— Sé dónde está Eduardo.

Margarita lanzó un grito de alegría.

— Voy á salvarle.

— ¡ Cielos !

— ¿ Qué, qué te pasa ?

— Nada, nada.

— ¿ Tienes celos ?

— Lo has adivinado.

— ¿ Y dudas aun de mí ?

— No.

— Yo le amo.

— Ángela, me atormentas.

— Pero ese amor permanecerá aquí, siempre aquí encerrado.

— Tanta heroicidad.....

— ¿ No lo crees posible ?

— Solo en ti.

— Margarita, aun tienes resabios de tu mala educacion, dijo Ángela reconviniendo tiernamente á la jóven.

— ¿Por qué me dices eso?

— Porque aun crees al deber heroísmo.

— Es tan difícil vencer el amor...

— No, no lo creas.

-- No te comprendo.

— Hay otra cosa mas difícil, Margarita.

— ¿Qué?

— Degradarse.

— ¡ Oh !

— La mujer tiene una repugnancia invencible al vicio.

— Es verdad.

— Le cuesta mucho perder su pudor.

— Sí.

— Mas cuando lo ha perdido, cae hasta el último de los abismos.

— Por eso...

— Por eso es necesario guardar siempre la pureza del alma.

— Ángela, cuando te oigo, me fortifico para luchar, y me engrandezco para vencer.

— No hay mas remedio que salir pronto, muy pronto de Nápoles.

— ¡ Tan pronto!

— ¿ Quién sabe si mañana será tarde?

— ¿ Ni un día te detienes?

— Ni un solo día,

— Acuérdate de mí,

— Voy á hacer tu felicidad.

— ¡ Ángela mia!

— Voy á devolverte tu esposo.

— No puedo creer tanta generosidad.

— El dolor ha regenerado á los dos.

— ¡ Dolor triste y amargo!

— Pero dolor que encontrará en el cielo y la tierra un consuelo. Voy, pues, á partir.

En efecto, al día siguiente salía Ángela de nuevo de puerto de Nápoles. Vé, en paz, genio del bien, cada una de tus palabras será un consuelo, cada una de tus acciones un bien, cada uno de tus pasos dejará en pos de sí una larga huella resplandeciente y hermosa.

LV.

Era una tarde calurosísima de Julio. El sol encendía con su ardor la tierra, y su silencio horrible pesaba sobre la abrasada naturaleza. Sus seres animados buscaban en vano algún consuelo, pues la tierra parecía inmenso, encendido horno. Todo era horrible, todo era triste; pero mucho más horrible, mucho más triste en el desierto. En efecto, el desierto de África, donde guerreaban las tropas francesas, ofrecía un aspecto horrible y desolador. Ni un árbol se veía en lontananza, ni una vivienda, ni un ave cruzaba los aires, ni un cuadrúpedo, ni un reptil la tierra. La naturaleza árida, triste, uniforme, monótona, parecía un inmenso y terrible cementerio. El cielo, encendido por un sol sin reflejos, parecía negro, enrojecido; la tristeza que derramaba en el alma, como una sombra, era inmensa, infinita; la muerte se dibujaba en la naturaleza. Ni un árbol, ni una fuente, ni un arroyo, ni un pozo, nada que anime la naturaleza. Tierra por todas partes, tierra sin fin, cenicienta, tierra árida, cuyo color era triste como el

color del cielo, tierra, que nada produce, sino algunos espinos despojados de hojas, como ramos secos que parecían próximos á encenderse por los rayos del sol.

Y en este inmenso arenal, á lo léjos se veían grandes bandadas de hombres que se asemejaban á aves del desierto. Eran los hijos de aquellas abrasadas arenas, que habiendo visto á los defensores de la cruz penetrar en sus hogares, destruir sus templos, se apercibían á una desesperada defensa. Y ya se sabe que los hijos del desierto, con su sangre semítica y africana, cuando pelean, cuando defienden sus hogares, cuando pugnan por salvar sus dioses, tienen la fiera constancia del leon, y la sed de sangre del tigre.

El clima ardiente, el sol, la aridez del desierto, la inclemencia del cielo, el fuego que centellean las arenas, el aislamiento y la soledad de aquellas razas, su fiero fanatismo, su amor al suelo patrio, amor que Dios inspira á todos los pueblos, y muy especialmente á los pueblos nacidos en climas inclementes y en terrenos áridos; estas y otras mil particularidades propias de la índole de estos pueblos, les obligaban á entrar con ferocidad en la guerra.

Estas feroces tribus vencidas en sus correrías por el mar, desalojadas de las riberas, de los puertos, forzadas

á guarecerse en lo interior de los desiertos, sin mas propiedad que la movediza arena arrojada bajo sus plantas, sin mas vivienda que sns cabañas, sin mas alimento que los dátiles con que les brindan sus oásis, aman, sin embargo, su tierra de maldicion, árida, arenosa, impía, como una madre tierna y hermosa; cariño muy propio, muy natural en el misterioso corazon del hombre.

Así, aquellos hombres rugian de rabia, de desesperacion, como el leon herido, como la pantera hambrienta. Aguzaban sus lanzas, sus espadas, como el ave de rapiña aguza sus cortantes uñas. Preparaban sus largos y pesados arcabuces, sus imperfectos cañones.

Pero mas que en sus armas, su rabia, su furor se veia en sus semblantes. Sus manos temblaban, no de miedo, sino de furor. Sus ojos derramaban fuego, sus labios repetidas y continuadas imprecaciones. Unos iban á pié, otros en sus caballos en pelo, en esos caballos en pelo, ligeros, rápidos, como la ráfaga del abrasado viento del desierto. La tez de aquellos hombres, tostada por el sol, revelaba nobleza; sus modales, ardor generoso; sns ojos, rabia; su frente relucia, no por el brillo de una idea, sino por el fuego de una gran pasion. de una pasion ardiente como los rayos del sol de sus desiertos. Á ciertas horas,

cuando sonaba el esperado instante de las oraciones, todos ponian la rodilla en tierra y elevaban á su dios plegarias; pero no plegarias impregnadas de amor, de fe, de entusiasmo, sino de amor guerrero, sañado, de deseos de venganza; no invocaban al Dios de la justicia, sino al dios cruel de la desolacion y de la muerte.

En aquel inmenso desierto, por el lado opuesto al que ocupaban los africanos, se vió venir pronto un gran ejército cristiano. El órden que reinaba en estas huestes, contrastaba con el desórden de sus contrárias; sus armas, con las armas de los moros; su traje oscuro con aquellos largos albornoces blancos que cubrian á los adoradores del Profeta.

Inmediatamente que los africanos vieron destacarse en el horizonte aquellas sus enemigas huestes, comenzaron á hacer evoluciones rapidísimas, á reunirse en bandas y grupos, á montar sus largos arcabuces, á dar aullidos feroces, como suelen las aves de rapiña cuando un rayo de luz hiere sus ojos, ó un peligro las amenaza.

El ejército europeo avanzaba en columna cerrada disciplinadamente, con actitud serena, mirando el inmenso territorio, descubriendo sus posiciones, estudiando la manera mas plausible de envolver aquellas inmensas

huestes que se movían á lo léjos, como la humarada de un cañoneo, ó como una grande y espesa nube de polvo. Se trataba de vencer con la inteligencia la fuerza, con la táctica el número, con la habilidad á la misma naturaleza. Por fin, las tropas europeas acamparon en aquel desierto frente á frente de sus enemigos, alzaron sus tiendas, se apercibieron para un combate sangriento y tremendo, porque la rabia de los africanos no conocía límites.

Por fin, la tarde vino, el sol se sumergió en su ocaso, las tinieblas se extendieron por todo el campamento, y un frío intenso sucedió al calor terrible del día, por uno de esos cambios tan bruscos y tan frecuentes en estos tristes abrasados climas.

Á la puerta de una de aquellas tiendas se encontraba Eduardo. Su imaginación, exaltada por el desierto y la proximidad del combate, creía, trasportándose á otros tiempos, hallarse en una de aquellas guerras tan frecuentes tan gloriosas en los siglos mellos.

Sin embargo, su corazón oprimido se espaciaba en estos recuerdos históricos, huyendo de esos otros recuerdos de su vida que habían hecho su desgracia. En los rayos de la luna, que extendía su plateada luz por el desierto, su imaginación fingía la imagen de Ángela que le

martirizaba con horrible martirio. Cuando mas embebido se encontraba en estos pensamientos, se acercó un compañero de armas, y le dijo :

— ¡Terrible va á ser la lucha !

— No importa.

— Todo, Eduardo, te es indiferente.

— Todo, todo, hasta la muerte.

— ¿Y la gloria ?

— Hasta la mentida gloria, que es un sueño que el hombre acaricia, como el niño en el campo la fugitiva pintada mariposa.

— ¡Qué ideas !

— Sí, sí. La vida es como el espejismo que el desierto finge.

— ¿ Nada te encanta ?

— Nada.

— ¿ Nada esperas ?

— Nada.

— Parece imposible.

— Arrastro una triste vida.

— No desconfíes.

— ¡ Ah !

— No, no desconfíes.

— Dios me ha condenado á padecer.

— Dios te salvará.

— No es posible.

— Todo lo ves negro.

— Hay en mi alma una eterna, espesa noche.

— El corazon puede disipar esas sombras.

— Os engaña vuestro generoso deseo.

— Te lo repito, ten confianza.

— ¡Oh ! Cuando veo á nuestros enemigos en lontananza, les pido la muerte. Cuando oigo silbar las balas á nuestro alrededor, presento el pecho para que me partan el corazon.

— ¡Infeliz !

— ¿Tú habrás visto cuán celebrado es mi valor?

— Pareces un leon.

— Pues no hay en mí valor.

— ¡Modestia !

— No, conviccion.

— No os entiendo,

— Guerreo como ves, porque yo anhele la muerte, y no tengo valor para suicidarme.

— ¡Diantre !

— Sí. Friamente no puedo matarme.

— Lo creo.

— Pero morir matando, morir venciendo, morir entre el fragor de los combates, morir con una herida gloriosa en el pecho por la libertad, por la patria, por la humanidad, es una muerte dulce, una honrosa muerte.

— Sí, es verdad.

— Y hé ahí lo que yo busco, porque yo soy desgraciadísimo.

— Algun día caerán esos velos de tus ojos.

— Nunca.

— Algun día serás feliz.

— No puede ser.

— Sí, sí.

— Es verdad, tienes razon, seré feliz el día en que reciba en mi frente el beso de la fría muerte.

— Hablemos de otra cosa.

— De lo que quieras.

— Sábetelo que va á ser horrible el combate.

— Lo celebro. ¿Y en qué te fundas para decir eso?

— En miles de conjeturas que fácilmente podrás alcanzar.

— Habla.

— Lo fundo en el espectáculo que presentan esos bárbaros.

— El mismo que han presentado siempre.

— Nunca los he visto mas feroces.

— Mejor. Así será mas gloriosa la victoria,

— Todo está preparado.

— Lo sé.

— Nada falta á nuestro ejército.

— De otra manera sería imposible la guerra.

— Ciertamente.

— Mas nos faltan hermanas de la caridad.

— ¿Qué, qué?

— Hermanas de la caridad.

— ¡ Ah !

— ¿ Por qué suspiras ?

— No, no suspiraba.

— Te engañas y me engañas. Has suspirado.

— Pues bien, sí.

— ¿ Por qué ?

— Me parten el corazon ciertos nombres.

— El de hermana de la caridad....

— Mas que ninguno.

— ¿El ángel de los hospitales y de los campos de batalla?

— Son misterios.

— Tu corazón es un inmenso misterio.

— Mejor dijeras un infinito dolor.

— Padeces demasiado.

— Muchísimo.

— ¿Y las hermanas de la caridad, te traen á las mientes recuerdos tristes?

— Sí; porque mi amor, mi amor...

Y Eduardo se afectaba de pena.

— Confíame tus penas.

— Deseo desahogar mi corazón.

— Aquí tienes el pecho de un amigo.

— Yo amaba...

— ¿Quién no ama en la tierra?

— ¿He dicho que amaba?

— Sí.

— Pues he dicho mal.

— Cálmate.

— Yo estoy imposibilitado de amar.

— ¿Por qué?

— Porque he abandonado el ángel de mi amor.

— ¡Infeliz!

— Malvado debiais decir.

— Compadécete á ti mismo.

— No. Caiga sobre mi frente el castigo del cielo; caiga.

— Eduardo...

— Sí, que me abraze el fuego celeste.

— No te desesperes.

— He sido muy criminal.

— Ella te habrá perdonado.

— Pero yo la he arrancado á la paz, á la vida, al amor.

— ¿Y no es fácil curar las heridas?

— Son eternas, son sangrientas.

— Calma ese ardor.

— ¿Y aun dudas de cuán justa es mi aspiracion á la muerte?

— Nunca el hombre debe aspirar á la muerte.

— ¿Por qué?

— Porque la vida es siempre necesaria, es siempre fructífera.

— Pero una vida que es ponzoñosa, corrosiva...

— ¿Sabes lo que te destina la Providencia?

— Lo adivino.

— Arrogancia, y solo arrogancia. Ese tu dolor puede ser manantial fecundo de bienes, si no para ti, para tus hermanos. El hombre no debe considerar su vida como un bien privativo suyo, no; debe considerarla como sávia que á otros vivifica, como espíritu que ó otros anima.

— ¡Delirio! Mi vida madita, mi vida, que no me es dado sobrellevar, mi vida no puede ser alimento de otros séres.

— Sí, sí.

— Te engañas, ó aparentas engañarte.

— Un ejemplo te moverá á creerme. Esa misma pasion que te anima, y que es causa de tu dolor, puede engrandecerte. La desesperacion se apodera de tu pecho, devora tus entrañas, consume tu existencia; pues bien, esa desesperacion te inspira un valor desmedido, un nunca visto arrojo, y te lanzas á la pelea y combates como un héroe, y ganas un reducto, y te llevas en pos de ti una compañía, en pos de esa compañía un ejército, y ganas el campo enemigo, y plantas allí la bandera de la civilizacion, el lábaro de la libertad; díme, con todo esto ¿no has hecho la felicidad de muchos? ¿No has servido á la justicia? Y sin embargo, esa accion heroica te la ha inspirado tu desesperacion, tu amargura; te la ha inspirado esa misma vida que maldices, y que bendecirán millares de generaciones.

— ¡Millares de generaciones! Tal vez esa felicidad que millares de generaciones bendicen, sea hija de la desgracia de otros millares de generaciones que dejarán tal vez grabada en la historia una maldición mas solemne y mas duradera que todas las bendiciones que pueda efrecer el interesado agradecimiento.

— ¡Ay, Eduardo! El mal que sufres radica mucho mas hondo de lo que tú mismo puedes imaginar.

— Mis males emanan de los tristes sucesos que te he contado.

— No, no. Tú has respirado por mucho tiempo una atmósfera saturada de veneno.

Eduardo se estremeció al oír la profunda verdad que decia su compañero.

— Tú has creído que solo el vicio podia reinar en la tierra.

— ¡Ah!

— Tú has visto burlados todos los días los principios mas santos de justicia.

— ¿Por qué, por qué me dices eso?

— Te lo digo porque de otra suerte era imposible que se hubieran borrado en ti tan hondamente las nociones de la justicia.

Eduardo se cubrió el rostro con las manos.

— Ignorar lo que es justo, no sentir lo que es verdadero, no experimentar esa necesidad divina de conocer lo hermoso, lo verdadero, lo bueno, es imposible, imposible, á no ser que el alma se haya eclipsado en el hombre.

— ¡Oh ! Me insultas.

— ¿Insulta el médico al enfermo cuando dice «ahí hay gangrena?»

— Tienes razon. Yo he perdido las nociones de lo justo, y he caído en sus abismos.

— Mas de ese abismo puedes ahora, ahora levantarte.

— Me faltan fuerzas.

— Mentira. Tú no conoces lo que es la voluntad, tú no conoces que la voluntad humana puede obrar milagros maravillosos.

— Mi voluntad no tiene estímulo.

— Cuando tu conciencia se aclare, obrará la voluntad. La conciencia es como el piloto ; la voluntad es la fuerza ; con la conciencia limpia y la voluntad libre, el hombre va donde quiere ir ; si á la felicidad, á la felicidad ; si á la desgracia, á la desgracia.

— ¡ Oh ! Señor, dijo Eduardo levantando los ojos al cielo : dadme voluntad.

— La tendrás.

LVI.

Ya comenzaba dulcemente el alborear del nuevo día. El cielo sonreía como teñido por los primeros resplandores del lejano sol. Algunas estrellas se iban ocultando entre los celajes, á la manera que cae en su cuna un niño que se duerme. El ave nocturna, sacudiendo sus sedosas alas, y lanzando un agudo gemido, se perdía en su madriguera. Los primeros preludios del día eran los rumores de la naturaleza. Poco á poco los bordes del horizonte se coloraban fuertemente, presagiando los ardores de un día estival. Sin embargo, el aura, dormida toda la noche, se desataba y gemía, cual si fuera á recibir un beso del sol. El sol subía majestuosamente; el cielo se iluminaba como para una fiesta; las estrellas se perdían entre los arreboles del Oriente; las aves daban al viento sus primeros gorjeos, y el aura se convertía en la prolongación infinita de un suspiro de amor; y toda la naturaleza se sonreía plácidamente, mientras el corazón del hombre,

turbado por sus odios, ardía en sed de sangre, y la mano del hombre, trémula de rabia, aguzaba las homicidas armas y se aprestaba á una sangrienta y mortal pelea. En efecto, entre la amarilla tierra y las cenicientas matas del desierto, se veían brillar frente á frente dos ejércitos; el uno, como hemos dicho, de africanos, el otro de europeos. El africano rechinaba los dientes de rabia, gemía impaciente, se desesperaba al ver enfrente á su enemigo, como si anhelase devorarlo. Los ojos de aquellos fieros hijos del desierto, como los ojos de sus tigres y leones, difundían reflejos sangrientos. Los caballos árabes, ligeros como el viento del desierto, del color pardo de la tierra, ó del negro color de la noche, saltaban caracolando como si se impacientasen por la tardanza del combate. Una música destemplada, inarmónica, pero muy semejante á los misteriosos ruidos del desierto, difundía el ardor guerrero en el ánimo de aquellos hijos del sol. Con sus rostros atezados, sus blancos turbantes, sus jaiques de colores, la cimitarra en la mano, el arcabuz á la espalda, caballeros en rápidos alazanes, parecían la resurrección de aquellos antiguos profetas africanos, que con su palabra de fuego habíau formado numerosos ejércitos y con aquellos ejércitos habíau amedrentado á las nacio-

nes y habian hecho temblar de espanto á la tierra. Pobres jirones de aquellas banderas ya olvidadas, pobres rebaños de aquella inmensa grey de pueblos bárbaros, pobres restos de aquellos gigantes ejércitos, corrompidos por el fatalismo, por la esclavitud, que es la mas grande y dañina de todas las enfermedades de los pueblos, aquellas hordas, al pelear con un ejército de cristianos, con un ejército civilizado, se abrian su honda huesa y se sepultaban á sí mismas en las entrañas áridas y estériles del desierto.

Frente á frente la hueste civilizada del ejército cristiano, se preparaba al combate. No se oia ni un grito, no se escuchaba ni una imprecacion. Aquellos hombres iban al combate llevados, no por el instinto, sino por la reflexion; no por la idea ciega del cumplimiento de un mandato, sino por la idea sublime del cumplimiento de un deber. En la serenidad de sus rostros, en la altivez de sus frentes, en el arte de sus combinaciones militares, en la apostura, en todo, se veia que estos hombres eran hombres, porque eran libres. En efecto, la libertad es el hombre; la libertad es toda su naturaleza; la libertad es su vida. Quitadle al hombre la libertad, y lo reducís á la condicion miserable de una bestia. Sus acciones no serán suyas, ni

sus ideas ; y por consiguiente, ni de sus acciones ni de sus ideas será responsable. Como una paja arrastrada por el viento, como una piedra que cae á su centro, como un árbol que crece agarrado á la tierra, el hombre no sería ese poeta sublime que lee en el cielo, ese artista generoso que levanta sus obras al lado de las obras de Dios, ese filósofo que comenta la naturaleza y la vivifica, no ; sería un sér mas, arrojado en el inmenso torbellino de los séres ; pero no ese gran sér, superior á todos, ministro de Dios en la naturaleza, cuya idea no cabe en el espacio, cuyas obras se dilatan mas allá de los tiempos.

La libertad es el gran atributo moral del hombre ; la libertad es el alma de su alma, la vida de su vida. Hijo de la naturaleza, por la libertad se emancipa de la naturaleza ; destinado á ser todo de Dios, por la libertad llegará hasta Dios. Por eso, los pueblos esclavos son rémoras á la obra de la Providencia, y los pueblos libres son los obreros de la Providencia.

Los obreros de la Providencia iban á cumplir su destino, iban á grabar con un hierro candente la idea de la civilizacion en los pueblos bárbaros. Querian el bien de los mismos que les iban á sacrificar. Los soldados europeos, bien al revés de los soldados africanos, fiaban mas

á la inteligencia que á la fuerza, mas á la táctica que al número. Cuando amaneció, se encontraron inferiores en número, muy inferiores, mas no por eso escasos en valor. Sus enemigos tenían tierras de donde sacar nuevos soldados; ellos, ó tenían la victoria á su frente, ó la muerte á sus espaldas. Los mismos pueblos que habian sometido, alentados por una derrota, se levantarían contra sus señores, exterminándolos y satisfaciendo su hidrópica sed de venganza. Pero á pesar de estós peligros inmensos, de estas luchas, de esta incertidumbre, serenos los ánimos de aquellos soldados, esperaban la señal convenida del combate. El sol fué levantándose en el horizonte. Parecia un inmenso disco de fuego. Desde el punto en que se alzó, comenzó á encender la tierra como un horno, y á apagar toda vida. Callaron algunas que otras aves por allí escondidas, que ántes piaban; callaron las frescas auras de la montaña; callaron los rumores de la naturaleza; solo se oía el respirar de los dos enemigos ejércitos, que parecia el hervidero de dos inmensos volcanes. La naturaleza peleaba por sus esclavos, por los africanos; la inteligencia peleaba por sus hijos, por los europeos.

El sol, el ardiente sol lanzaba flechas contra el ejército

cristiano, al paso que con su fuego alimentaba el fuego del enemigo. Aquella tierra árida y abrasada, aquel cielo metálico, mas duro que el acero, aquella naturaleza muerta, postrada, aquellas lejanas refracciones del sol, que parecían un mar que avanzaba contra los dos ejércitos, aquel calor sofocante, pavoroso, eran bastante á llevar el decaimiento á los ánimos, la incertidumbre al corazón, la duda á la inteligencia. Mas la voluntad, que todo lo domina, el alma que sobrepuja á la misma naturaleza, podían en aquellos soldados mas que el sol con sus rayos, y el clima con sus rigores. En su interior tenían aquellos hombres un sol, que templaba los ardores de aquel sol, la conciencia; un aura que templaba los rigores de aquel clima, la libertad. Sabían que iban á morir voluntariamente, y sabían que su causa era santa. Nada les faltaba.

Sin embargo, ¡cuán horribles eran los rigores del clima! El suelo ardía como un horno, el cielo como una inmensa devoradora hoguera. El aire parecía como que se evaporaba. Los pulmones no podían respirar aquella atmósfera enrarecida por el sol. Ni una gota de agua, ni el eco del canto de un ave, ni la hoja de un árbol. Todo era cruel. Parecía aquel desierto un inmenso cementerio, sí,

un cementerio terrible, donde iban á enterrarse enormes y poderosos ejércitos.

Amaneció por fin el dia tremendo del combate. El sol se levantó en el horizonte enrojecido, anunciando con sus rayos un calor sofocante y horrible. Por los límites del horizonte se descubria una caravana. Pero aquella caravana no llevaba la guerra, sino la paz; no el dolor, sino la espeanza y el consuelo. Eran las hermanas de la caridad, que se habian quedado rezagadas, y que iban contentas al campamento á verter á manos llenas los dones y los tesoros del cielo. Á su cabeza figuraba, como el ángel de paz de todas ellas, Ángela, alentándolas con su palabra, é instruyéndolas con su ejemplo. Muchos dias de terrible calor habian pasado; las arenas del desierto, levantadas por el viento, habian herido sus rostros; la tempestad habia desgarrado sus vestiduras; el ardiente sol habia quemado sus carnes, y aquellas mujeres nada sentian mas que su caridad, desafiando contentas todas las inclemencias de la naturaleza.

Cuando consideramos de qué suerte el dolor engrandece nuestra alma, no podemos dejar de bendecir el dolor. Por un misterio de nuestra naturaleza, aquello que mas á primera vista nos rebaja, mas en realidad nos

engrandese. El dolor, que huimos, es en la ley misteriosa de nuestra existencia como un bálsamo, que conserva puras todas nuestras virtudes. Desconfiemos mucho de los que se sienten felices y tranquilos en la tierra; esos infelices no han sentido la aspiracion divina á otra vida mejor; no han soñado con lo celeste y lo infinito; no guardan un ideal en su conciencia, y no ven como de ese ideal se aparta la fría y tosca realidad. En la contradiccion, en la lucha constante entre este mundo real y el mundo que fingimos; entre esta vida transitoria y esa otra vida, cuyas riberas son la eternidad; entre la idea pura de la conciencia, y el hecho impuro grabado fugazmente en el espacio; entre la imperfeccion que vemos, y la perfeccion con que soñamos; en esa contradiccion, en esa lucha constante está encerrado el enigma de nuestra grandeza, el genio de nuestras artes, el númen divino de la ciencia. Anda, hombre, anda, pobre peregrino; la naturaleza no se somete á tu voz, sino protestando contra tu dominio en sus mil embravecidos elementos; la ciencia no desciende á tu frente, sino despues de haberse ocultado en impenetrable nube; la misma virtud no te sonríe, si no combates por ella; cada hoja de tu corona cuesta un sacrificio; cada resplandor de ciencia que ves, dias muy

amargos de tu vida ; cada suspiro de libertad que alcanzas, millares y millares de generaciones ; y sin embargo, ese dolor, que te precede y te sigue, y que agita sus alas sobre tu cuna y tu sepultura, que está mezclado como aligacion necesaria á todas tus grandes obras ; ese dolor que gime en tus arpas, en tus cinceles, en tus plumas, en todos los instrumentos de tu grandeza ; ese dolor, que se exhala de tus cánticos, de tus poemas, de tus estatuas, ese dolor infinito, es el ángel de Dios, que siembra de flores el camino de tu vida, y que te muestra sonriendo la mansion divina de los cielos.

¿Quién podrá saber, pues, de los dolores que amenazaban en el dia funesto que vamos á describir, el bien que podia resultar á la humanidad? Nada mas horrible que la guerra ; nada que mas desconsuele y acongoje. Sin embargo, la guerra ha sido el camino de la humanidad, su desierto, sí, pero el desierto por donde ha llegado á la tierra prmetida. Dejando sumergidas aquí civilizaciones orgullosas ; enterradas allá millares de millares de criaturas ; dispersos en otro punto pueblos constituidos á grande costa ; levantando mañana lo que ayer destruia, la humanidad ha caminado siempre vertiendo lágrimas, siempre destilando sangre, á su libertad y á su perfec-

cionamiento. ¡Terrible día, en verdad, día horroroso! Los árabes del desierto apercibían sus aceradas lanzas al combate; montados en sus caballos, ligeros como el viento, recorrían toda la línea de sus informes pelotones, exhalando gritos de muerte, y produciendo rugidos de espantosa rabia; sus ojos relucían animados por la venganza; sus pechos respiraban odio; sus narices se abrían como para recoger bien el olor de sangre que pronto había de inundar los aires. Hijos del desierto, ardorosos como el desierto, inclementes como aquel cielo, áridos de compasión como aquel suelo, sedientos de sangre como el tigre que oyen maullar desde la sierra, esos pueblos han nacido para la guerra. Pero su guerra con los pueblos europeos, es la guerra de la fuerza con la inteligencia, del brazo con la idea, del instinto ciego con la razón iluminada y libre; guerra sangrienta y tremenda, pero en que el triunfo pertenece, como siempre, de derecho, al espíritu, que todo lo domina con su fuerza invisible y maravillosa.

Mas en el día que venimos historiando era indeciso el triunfo, era inseguro el éxito. Los ejércitos europeos tenían mas disciplina, pero los ejércitos africanos mas número. Los ejércitos europeos mas inteligencia y los ejer-

los africanos mas fuerza. Los ejércitos europeos tenian un enemigo en el suelo que pisaban, en el impío cielo que los cubria, en el ardoroso y encendido sol que los asaetaba; el ejército africano tenia un amigo, un defensor en la naturaleza, en la tierra, en el cielo, en el sol. Los elementos debilitaban á los europeos y encendian á los africanos. La vista del desierto era para los unos como un inmenso cementerio, y era para los otros como la cuna, como el hogar sagrado, como el templo de su dios. Por eso, la batalla debia ser mas tremenda, mas porfiada, mas sangrienta; porque la materia luchaba con todas sus íuerzas, con todos sus recursos, con todos sus elementos, con todo su poder contra el espíritu. Por fin, las avanzadas del ejército cristiano se encontraron frente á frente con los pelotones de los infieles. Los primeros tiros de los soldados cristianos produjeron horror en el ánimo de sus enemigos, que se desbandaron como los cuervos al oir la primera descarga del cazador. Sin embargo, pronto se repusieron y cargaron con ímpetu extraño á nuestras tropas. Los soldados europeos resistieron aquel empuje, retrocedieron para tantear la táctica de sus enemigos. Esta táctica es sencilla y conocida. Consiste en cerrar los ojos y lanzarse á la muerte sin conciencia, como á un

hondo abismo, y herir con todas sus fuerzas, sin curarse del punto donde va á dar el golpe. Esta manera singular de pelear es muy horrible. El hombre combate con todo su cuerpo al enemigo, con las manos, con los piés, con los dientes. Agudos gritos, imprecaciones horribles, insultos groseros, maldiciones, evocacion continua del genio y del auxilio de Dios, todo esto acompaña al árabe en la guerra; todo esto le alienta como otros tantos genios enviados á su alrededor por el dios de los combates para sostenerlo en el tremendo trance de la atroz y sangrienta pelea. Es de ver el hijo del desierto, envuelto en su albornoz blanco, cual una nube; caballero en su corcel negro como la noche, blandiendo su aguda temblorosa lanza, que vibra herida por los rayos del sol como una serpiente de fuego; encendidos los ojos, transfigurado el semblante por el odio; espumosa la boca, imprecando y maldiciendo; mas valiente cuanto mas acosado; mas cruel cuanto mas herido; respirando el hedor de la sangre como un aroma celeste; oyendo los quejidos de los moribundos como un concierto; rodeado de cadáveres y buscando nuevas víctimas, como si fuera la encarnacion del horrible genio de la guerra. Pues apenas comenzado el combate entre las primeras avanzadas, una nube de estos

hombres horribles, de estos rayos de la guerra, de estos hijos de la destruccion, de la muerte; una nube decíamos, inmensa cual una nube de langosta, profiriendo voces de muerte, haciendo gestos espantosos y horribles, clamando al cielo como energúmenos, se lanzaron á desorientar y arrollar el ejército de los cristianos, con el mismo feroz empuje con que un rio salido de madre inunda el campo, y arrancando los árboles los lleva en pos de sí, los arrastra en sus tumultuosas y negras ondas, cuyo impulso nada puede resistir, cuya fuerza nada puede contrastar ni vencer. El ruido que producian tantas voces iracundas, tantas lanzas agitadas, tantos arcabuces vomitando fuego, los cascos de los caballos y las descargas de artillería, era tremendo y horrible, parecia que se desquiciaba la tierra. Las tropas europeas no acometian, resistian; no empujaban, cortaban con el filo de sus espadas y con el fuego de su artillería aquella inundacion de bárbaros, y los dejaban que ellos mismos se cansaran de su misma rabia, de su mismo furor, y que en agitaciones febriles, pero inútiles, devoraran, consumieran sus fuerzas, fáciles de mover, pero mas fáciles aun para decaer y morir á su propio impulso.

El número de enemigos era tal, que ya no podian re-

signarse á resistir, y tuvieron que acometer con gran fuerza é ímpetu. En este momento el sol ascendió á su zenit, derramando rios de fuego, de calor, de lumbre. El aire quemaba como el aire encendido en un horno. Las armas de fuego ardían casi á los rayos del sol. La tierra parecia como lava ó como cenizas ardientes. El calor que encendia la sangre daba mas rabia y mas furor al feroz combate. Todo era horrible en aquel horrible dia.

No; todo no. Nunca deja Dios de hacer flotar su misericordia sobre el gran océano de nuestros dolores y nuestras desgracias. En una tienda, con los ojos puestos en el cielo y las rodillas en tierra, las hermanas de la caridad oraban por el triunfo de la justicia y de la verdad, la salvacion de todos. Habian preparado ya sus hilas, sus aromas para embalsamar las heridas, sus cendales y sudarios para envolver los muertos. Miétras todos apercibian instrumentos de muerte, ellas medios de vida; miétras todos pensaban en la destruccion, ellas en la salud; miétras todos maldecian y odiaban, ellas oraban amorosas á Dios; contraste, que es la ley de toda nuestra existencia. Ángela, concluida la oracion, salió á la puerta de la tienda á mirar la disposicion del combate. En una colina que insensiblemente formaba el terreno, estaba co-

locada la tienda. Desde allí se divisaba, se veía todo el campo. Las maniobras del ejército, la lucha, hasta los semblantes de los soldados cristianos se veían clara y distintamente. Un sacerdote acompañaba á Ángela y la consolaba haciéndola ver y notar las ventajas de los cristianos.

— ¡Dios mio! decía Ángela, mirad, mirad, padre, aquel peloton de árabes ha destrozado toda una compañía de los nuestros.

— En cambio notad en el ala izquierda la ventaja que llevan los nuestros.

— ¡Ay! Parecen leones.

— No temáis. Su empuje violento se estrella en la inteligencia de nuestros soldados, como las olas del mar en la arena.

— Pero ¿no veis que aquel desierto de enfrente vomita tropas sin cesar?

— Todas ellas vendrán á morir á nuestras plantas, como la víctima á los piés del sacrificador.

— Mucho confiáis, muchísimo. No tengo yo vuestra confianza. ¡Infelices! ¡Cómo mueren, cómo exhalan sus almas! ¡Cuántas personas queridas dejaréis en el mundo! ¡Cuántos corazones se partirán al mismo tiempo que los vuestros!

— Morir en este instante, morir por la causa de Dios, por la causa de la civilizacion, es volver á nacer en el cielo.

— Mirad, padre, mirad aquellos infelices de la derecha. Todos yacen tendidos, oid sus lamentos, escuchad las carcajadas de los bárbaros. ¡ Oh ! Yo no tengo corazon para sufrir este horrible espectáculo.

El padre murmuraba algunas oraciones en voz baja.

— El centro acomete, decia Angela.

— El empuje es inmenso, y ahora mismo veréis desbandados los bárbaros.

— No, no, nuevas nubes de ellos se levantan y vienen. Son innumerables.

— Mirad qué bravos nuestros soldados. Mirad cómo se baten. Parece que no hagan nada : tal es su valor. Avanzan como si no tuvieran delante una muralla de espadas.

— No veo nada, el cañoneo me quita el oído, el humo la vista, solo veo una confusion inmensa.

— ¡ Oh ! ¡ Qué gritos se oyen !

— ¡ Qué algazara !

— Son carcajadas.

— Son aullidos.

— Habrán triunfado del centro; habrán triunfado, decía Ángela.

— No han trinnfado, exelamó una voz ronca de un soldado, pero nos han arrancado una bandera.

— Eso prueba que llevan ventaja, dijo Ángela.

— Dios los proteja, dijo el sacerdote.

— Mirad, mirad. dijo el centinela que tenia un antejo.

— ¿Qué sucede, qué sucede?

— Es el valiente italiano Eduardo.

Ángela dió un grito, y se cubrió el rostro con las manos; y como temiese caerse, apoyóse en la puerta de la tienda.

— ¿Qué hace, qué hace? preguntó Ángela con indescriptible ansiedad.

— Se sale de las filas.

— Dios mio, dijo el sacerdote.

— Corre tras el soldado que se ha llevado la bandera.

— Dios mio, protégelo, dijo Ángela levantando los brazos al cielo.

— ¿Conocéis á ese jóven?

— Sí.

— ¿Le habéis visto aquí en el ejército? dijo el sacerdote á Ángela.

— No, señor.

— Parece una fiera.

— Eso es temerario, dijo Ángela con zozobra.

— No, eso es heróico, exclamó el militar con entusiasmo.

— Ya llega, ya llega.

— Dios mio, Dios mio, exclamaba Ángela fuera de sí.

— Doce, doce contra él, cobardes, cobardes, decia el centinela.

Ángela se retorció de dolor los brazos.

— Pero pelea, pelea contra todos como un héroe.

— Va á morir, dijo Ángela, con una expresion de dolor inexplicable.

— Ya se avalanza al que tiene la bandera, ya lo ha muerto, ya ha recogido la bandera, ya la agita en sus manos.

Gloria á nuestra bandera, gloria al valiente italiano.

El sacerdote murmuraba un *Te-Deum*.

— ¡ Oh ! Le han herido el caballo.

— Santo cielo, dijo Ángela.

— Se desatan contra él mas de trescientos.

— ¡Ay! exclamó Ángela, exhalando un agudísimo suspiro.

— Sin embargo, corre, corre, dejando el caballo un reguero de sangre en la arena.

— Sálvalo, Señor, sálvalo, decia fuera de sí Ángela.

— Ya le cercan.

— ¡Ah! Á morir, á morir, decia Ángela.

— Se defiende como un leon.

— ¡Inútilmente! ¡Oh! Eduardo, Eduardo.

— Rompe el cerco.

— ¡Cielos! decia Ángela.

— Huye, huye salvo.

— ¡Oh, Dios! protégelo.

— Pero dos moros le cercan de nuevo, le alcanzan.

— ¡Ah! Le han herido.

Ángela lanzó un grito desesperante, horrible, agudísimo.

— Se defiende el valiente.

— Valor heroico, que le arranca la vida, dijo Ángela,

— Un chorro de sangre inunda su rostro.

Ángela ya no podia sostenerse, y se agarraba al lienzo da la tienda.

— Pero lleva la bandera en sus manos. Salen á defenderle. Entrega la bandera.

— ¡Ah ! dijo Ángela, como si estuviese tambien herida.

— Vacila, y cae desmayado en brazos de sus compañeros de armas.

Al oir esto, Ángela cayó tambien sin sentido en la abrasada arena.

— Buena la hemos hecho, dijo el centinela, arrojando el fusil, y corriendo á todo correr en socorro de Ángela.

— Señora, señora, ¿qué tenéis? preguntó con ansiedad viva el sacerdote, inclinándose sobre el cuerpo inanimado de Ángela.

— Nuestra hermana, nuestra hermana querida, dijeron várias de las mujeres que estaban en la tienda, saliendo presurosas en auxilio de la infeliz enferma.

— Miren, dijo el soldado, qué valor para los combates; miren qué hermana de la caridad, que se marea al olor de la pólvora. Medrados andamos. Cuando esperábamos sus socorros, tenemos que socorrerlas.

— Soldado, dijo el sacerdote; la debilidad humana tiene sus límites, que no puede traspasar.

— ¿Por qué habrá venido, si de esta suerte nos ha de acongojar?

Ángela abrió sus grandes ojos en este instante, mirando con estupor á todos lados.

— ¿Qué me pasa, Dios mio, qué me pasa? dijo despues de algunos minutos de silencio.

— Nada; volved en vos, dijo el sacerdote; las grandes impresiones del combate, el calor sofocante de este dia tan terrible, las mil ideas que se agolpan á la intranquila mente, todo eso es superior á la frágil naturaleza nuestra.

— ¡Oh! dijo Ángela con amargura. Y yo habia venido á socorrer á estos pobres soldados, yo tan débil, yo tan miserable.

— Alentaas, señora, dijo el militar, que ya cobraréis fuerza.

— Harto la snecesito, si he de estar al nivel de mi deber.

— Ya os vuelve el color al rostro, dijo el sacerdote.

— Y cuidado que es hermosa, decia para sus adentros el militar.

Ángela se levantó, dió dos ó tres paseos por la tienda. Despues, sentándose en el suelo, comenzó á llorar amargamente.

— Hermana, hermana, decian las hermanas de la caridad. Nos quitáis ánimo.

— Tenéis razon, hermanas mias.

— ¡Vos tan fuerte en nuestra larga peregrinacion, que

nos dabais aliento en el naufragio, que nos refrigerabais con vuestras palabras en el desierto, vos tan abatida y llorosa !

— Me estoy faltando á mí misma; estoy faltando á Dios. Vamos, dijo, vamos á cumplir nuestro destino. Cubierto está de heridos el campo, vamos á recogerlos, á estancar su sangre, á curar sus heridas.

— No, dijo el sacerdote, no es hora todavía. Están en lo mas recio del combate, y no debéis salir de aquí.

— En lo mas recio del combate se necesita nuestro auxilio. Y Ángela recogió bálsamos, paños, hilas, y fuera de sí, con arrojo sobrehumano, seguida de las hermanas de la caridad que la acompañaban, se lanzó al campo de batalla.

Aquellas débiles mujeres, en medio del horror del combate, parecían como ángeles de salvacion, como la palabra divina, deslizándose majestuosa y serena sobre el caos. El rumor de la guerra, los gritos de los moribundos, el humo de la pólvora, el hedor de la sangre vertida, no eran partes á detenerlas en su audaz carrera, en su gigante empresa. Parecía que confiadas en lo divino del ministerio de paz y amor que ejercían, allí, donde solo reinaba el odio y la guerra, tenían conciencia de que Dios las amparaba á todas bajo su manto protector, y las liber-

taba del odio de los hombres, como las habia libertado del odio de los elementos. Doquier hallaban un berido, ora fuese moro, ora cristiano, sin preguntarle ni por su religion, ni por su bandera, se detenian, derramaban bálsamo en aquella herida, y ofrecian consuelós á su alma, alivios á su cuerpo. ¡Cuántos infelices, al ver en medio del combate aproximarse aquellas mujeres desafiando la muerte, al verlas inclinarse sobre su pecho, estancar la sangre, cerrar la herida, refrescarla, y despues bendecirlos como si fueran hermanos, veiaa en sus ojos, en sus dulces labios, la primera luz de la fe cristiana, que nunca hubieran visto sin el fuego asolador de las guerras !

El bien, la virtud, se reproducen con gran fuerza como llenos siempre de generosa vida. El bien que se derrama en la tierra, es á un tiempo mismo un bálsamo, un ejemplo, una semilla que, como el grano arrojado en la tierra, da ciento por uno. La misma fecundidad que tiene la naturaleza física, tiene la naturaleza moral. De una semilla nace un árbol que da millares de flores, millares de sabrosos frutos, pureza al aire, grata sombra al cansado viajero ; y que levantando su copa á las alturas, resiste y vence al torbellino de los siglos, viviendo largo tiempo

fuertemente arraigado en la tierra. Y de una virtud sencilla, pobre, que se deposita en el corazón humano, y por la cual se logra que el hombre ame al hombre y confíe en Dios; de una virtud nacen millares de virtudes que hermocean y fortifican nuestra naturaleza.

En el instante (volviendo á nuestra interrumpida narración), en el instante en que las hermanas de la caridad entraban en el campo de batalla, el combate se había recrudecido de una manera horrible. Era ya el mediodía; el sol con toda su fuerza caía sobre los combatientes. Ocho horas de continuo batallar habían sido inútiles. Ciertamente, habían perecido en ellas muchos infieles; pero no habían perecido pocos cristianos. Además, los cristianos ni siquiera habían adelantado un paso, contentándose con romper, destrozar y desbandar, no siempre con buena fortuna, al enemigo.

En este instante, viendo que se dilataba más de lo que se creía el resultado del combate; viendo perecer inútilmente tanto bravo soldado; viendo que era necesario escarmentar ejemplarmente al enemigo, se dió orden de acometer á toda prisa; pero de acometer terriblemente, sin dar cuartel hasta exterminar á los hijos del desierto. Los soldados se apercibieron á esta nueva lucha, y á pe-

sar del terrible calor que hacía, avanzaron con gran rapidez, contentos con cambiar de posición, y acometer en vez de resistir. Todo el ejército cristiano, exceptuando la retaguardia, se movía como un solo hombre. Sus tres alas caían como un torrente devastador sobre los árabes. Parecía aquel ejército tan disciplinado, moviéndose á un mismo compás, como un muro andando en virtud de su propio movimiento.

Aquel primer impulso de la gente cristiana espantó á la gente mora, que creía á sus enemigos sin fuerza y sin valor para acometer en el combate.

Su primer impulso, vista la actitud terrible del enemigo, fué correr presurosamente, sí, correr á la desbandada; pero pronto, avergonzados de sí mismos, se rehicieron decidiéndose á morir ántes que dejar ó ceder el campo.

Entónces se vió lo mas terrible que guardaba en sus entrañas aquel terrible día; lanzas rotas, cascos abollados, un fuego horrible, muertos innumerables, heridos lamentándose aquí y allá; los dos ejércitos peleando casi cuerpo á cuerpo; la artillería de uno y otro lado barriendo á los hombres; el furor aumentando á medida que aumentaba el combate; la muerte cebándose en millares de seres humanos; la desesperación haciendo esos pro-

digios de valor, que ya traspasan las fuerzas humanas; y á pesar de todo, la victoria indecisa, insegura, y el empuje igual por ambas partes, como si aquellos ejércitos no agotaran nunca sus hercúleas fuerzas.

Pero conforme declinaba el sol, declinaba tambien el valor de los africanos, y crecia el valor de los europeos. Entónces, al acercarse el fin de la tarde, la dos alas, derecha é izquierda, del ejército cristiano, que dos veces habian sido arrolladas, y dos veces habian vuelto á reconquistar el terreno perdido y á rehacerse, volviendo sobre sí mismas con extraordinario esfuerzo, cercaron casi á los africanos, los acuchillaron, los vencieron, y cuando el sol llegaba á su ocaso, viendo correr desbandados y presurosos los últimos restos de sus enemigos, entonaron á una el cántico de victoria. La inteligencia habia vencido á la fuerza, la razon al instinto.

Cuando vino la noche, la luna alumbró un cuadro desolador; la luna, que con su luz amarillenta, como el reflejo de una antorcha, da á los objetos un tinte pálido, melancólico, fantástico, tristísimo. El cielo estaba sereno, sin una nube; la luna era la envidia del dia; su luz vivísima habia borrado las estrellas, y sus rayos dulcísimos, esos rayos que parecen destinados á iluminar con su luz

suave y melancólica solo escenas de amor, sus rayos se reflejan en las lanzas despedazadas, en los pálidos ojos de millares de moribundos, esparcidos por aquella tierra de maldicion, cubierta de horrores, empapada en sangre. Por los últimos límites del horizonte, ó por donde alcanzaba humanamente la vista, aparecian grandes sombras, que, ora se agrandaban, ora se desvanecian, como las ilusiones de un sueño. Eran los hijos del desierto, que huian de sus chozas, de sus aduares queridos, como perseguidos por una maldicion, poblando de lamentos los solitarios desiertos. Al verlos desaparecer parecian, ora fantasmas de una imaginacion calenturienta, ora sombras evocadas en un gran hosario, ora pájaros enormes del desierto, que se quejaban en son doliente, ora el genio de aquellas comarcas, que huia despavorido de aquellos lugares, donde entraba el genio de la civilizacion y del cristianismo.

LVII.

El gran triunfo habia costado un gran sacrificio. Millares de soldados yacian en el campo heridos. La desolacion se habia extendido por el mismo campo de los vencedores. Por todas partes se oian lamentos, gemidos, ayes que se escapaban al dolor. Doquier se volvian los ojos, encontraban heridos, marcando la pura sangre de sus venas, ó muertos que estaban aun calientes, como si conservaran un resto de vida. Habia concluido por aquel instante el oficio del guerrero, y comenzaba en verdad el oficio de la hermana de la caridad. Ángela, que tan afligida y angustiada se mostrara durante el rudo combate, desde el punto en que solo se trata de reparar males, cerrar heridas, enjugar lágrimas, irradiar de su semblante y de sus ojos dulcísima, aunque triste, serenidad : que la mujer, si no tiene valor para combatir, lo tiene muy grande para consolar ; fin mas en armonia con los grandes y preclaros destinos á que la llamara el Eterno. Así

es, que á la luz de la luna, que baña con su dulce resplandor todo el campo, va curando á los heridos, recogiendo á los muertos, rehaciendo la fuerza de los débiles, como un ángel enviado del cielo para verter la vida allí donde se habia cebado con tanto horror la muerte.

Ángela, secundada por sus hermanas, obraba maravillas. Mas era tal el número de heridos, que no bastaban sus fuerzas á remediar tantos males, ni á recorrer el espacio por donde se encontraban diseminados los restos de este ejército de heridos. Ángela recorría con una ansiedad infinita el campo. Nada sabía de Eduardo; no sabía si era vivo, muerto ó herido. Segun noticias llegadas á sus oídos, el bravo oficial que habia arrancado la bandera al africano enemigo, el valiente Eduardo, desmayado algunos instantes, mas por la fuerza de sus emociones que por el dolor de sus heridas, habia vuelto al combate, haciendo inauditos prodigios de valor. Despues habia vuelto á preguntar por él, mas nadie le daba razon. Cuando mas preocupada estaba con tal idea, vió un monton de cadáveres, y oyó como un gemido. Aproximóse Ángela al sitio de donde habia procedido aquel clamor, y se quedó como embebida en contemplar aquellos troncos, al parecer, inanimados. Mas pronto un nuevo gemido, mas pro-

fundo y mas amargo que el anterior, hirió sus oídos. Entonces dió un grito Ángela, y volviéndose á un hombre que estaba tendido á algunos pasos de distancia, y que ella habia dejado creyéndole muerto, exclamó:

— ¡ Ah ! Este aun vive, aun vive, aun.....

Inclinóse prontamente sobre el cuerpo que habia exhalado aquel gemido, y puso la mano sobre el corazon exclamando:

— Este aun vive, aun vive, sí, sí.

De pronto sus ojos se fijaron en el rostro del moribundo, que un rayo de luna iluminaba. Ver el rostro y retroceder horrorizada, fué en Ángela instantáneo. En efecto, era Eduardo, sí, Eduardo herido, abandonado en aquella soledad, casi exánime, sin vida; Eduardo, el amor, sí, el eterno amor de Ángela. En aquel instante triunfó de la hermana de la caridad la mujer, de la compasion el amor. Ángela, al ver aquel rostro pálido, aquel cuerpo casi helado, aquellos ojos extraviados, sintió otra vez en su pecho el amor infinito que nunca la abandonó, como si hubiera sido el alma de su alma; aquel amor que de campesina la hizo artista, y de artista hermana de la caridad.

Ángela, en los instantes en que veia feliz á Eduardo, casi se olvidaba de su amor. Aquella pasion, que era infi-

nita, caía sobre la frente de sus hermanos. Mas cuando veía desgraciado á Eduardo, se acordaba de que él habia inspirado la primera pasion á su alma, el primer amor á su corazon. Entónces aquel su pensamiento que se dilataba por los inmensos espacios, se detenía en un punto, el recuerdo de su amor, y aquel corazon que tanto amaba, se convertía en un solo objeto, á Eduardo. En su estado, en sus votos, en su santo ministerio, podia sentir aquel amor inmenso, infinito, porque no habia en él nada que no fuese espiritual, que no fuese divino.

El fuego del dolor habia purificado su alma. Todas las manchas de la materia se habian perdido en el crisol de sus desgracias. El cuerpo era en aquel sér cuasi-divino, como la ligera gasa que cubria su alma, para hacerla visible á los ojos de los mortales. Parecia la encarnacion maravillosa de ese ideal con que todos soñamos, y que nunca vemos realizado en la tierra, de ese ideal de amor y de ventura que seguimos anhelantes, como el niño la mariposa del campo, hasta el fondo mismo del sepulcro. Y su amor ¡oh! su amor era como la atraccion que sostiene á la estrella en los cielos, como el canto en el ave, como la inocencia en el niño, como la oracion en el alma; era el mensajero entre Dios y ella, entre su corazon y lo infinito.

¡ Oh ! los que postrados en el seno de la materia, sin mas Dios que el oro, sin mas pasion que el brutal instinto del sentido, hombres miserables, no creéis que hay aquí, en el cerebro, un cielo mas inmenso que ese cielo que rueda sobre nuestras cabezas, y apagáis el espíritu, el soplo de Dios, la luz de la vida, sois en verdad dignos de compasion, porque hay muchos mas goces en el dolor que se siente en las pasiones puras, divinas del alma, que en todos los brutales placeres del sentido, pasajeros, fugaces, que solo dejan nubes en la inteligencia y hastío en el corazon.

Mas prosigamos en nuestra narracion. Ángela se detuvo un instante turbada, como si la hubiera abandonado el sentido. Sus ojos se llenaron de lágrimas, su corazon latió fuertemente. Dudó algunos instantes si sería Eduardo; porque hay verdades, ó tan tristes ó tan plácidas, que no puede acostumbrarse á ellas ni la inteligencia, ni el corazon. Mas por fin salió de su estupor, y con la celeridad del rayo se lanzó á prestar auxilios á Eduardo. Estaba herido en el pecho gravemente, herido en el brazo. Sus dos heridas chorreaban sangre, sí, sangre preciosa que Ángela queria contener á toda costa. Este fué su primer pensamiento. Conforme Ángela iba curando á Eduardo, sen-

tíase renacer en este la vida. Su respiracion era ménos fatigosa, su corazon latía con mas libertad. El infeliz debia la vida á Ángela. Contado ya entre los cadáveres, porque no habia dado señal ninguna de existencia, si aquella noche la hubiera pasado en el campo, á la intemperie, acaso hubiera muerto. Como en el calabozo, en el campo de batalla le salvaba Ángela, sí, la mujer que habia desdeñado, el ideal que habia desvanecido de su conciencia, el puro amor, que habia tan impiamente destruido de su corazon.

¡Qué imágen tan verdadera de nuestra vida! Abandonamos la virtud, solemos desdeñarla, parécenos ingrata, y cuando en un amargo trance de la vida nos vemos, la virtud desdeñada nos salva, la virtud herida nos consuela, y solo la virtud nos hace venturosos. Porque al fin, el mal engendra el mal, y el bien engendra el bien: que en el espíritu, en la naturaleza, cada cosa engendra su semejante; y el mal nos parece hermoso, cuando no es sino extremo de fealdad, y el bien feo, cuando compendia toda hermosura. Por el amor de un instante solemos perder el eterno amor; por nuestro individuo de hoy, la eterna individualidad del alma, su eterna virtud. ¡Oh! Esto le habia sucedido á Eduardo. Desdeñó en Ángela,

toda la virtud, toda la hermosura, toda la gloria de su vida; y aquella virtud, aquella hermosura, aquella gloria que habia desdeñado, en la hora suprema de morir, cuando no le quedaba ninguna esperanza, cuando la eternidad se abria como un abismo á sus plantas, aquella virtud le sonreia amorosa, derramaba su puro bálsamo en las heridas, su esencia divina en el sér ingrato que la habia desconocido, que la habia menospreciado.

Y en efecto, los esfuerzos heróicos de Ángela no fueron perdidos.

Al poco tiempo Eduardo abria los ojos y exclamaba :

— ¿Dónde estoy?

— Salvo, contestaba Ángela.

— ¿Qué voz celeste hiere mis oídos?

Ángela lloraba.

— ¡ Ah ! Es una ilusión de mi agonía. Celeste ilusión, yo te saludo..

— Soy yo, yo, Eduardo.

— Sí, tú, tú, mi idea, mi idea perpétua que ha tomado cuerpo para consolarme.

¿No me conoces?

— ¡ Oh ! Sí, sí; primero me olvidaria de mí mismo.

— Soy Ángela.

— Eres el sentimiento, que está aquí, en mi corazón, y en mi locura me pareces un ser real, verdadero.

— Y lo soy.

— No, no, tú no eres. Tú eres una ilusión bendita de mi alma.

— No soy sino realidad.

— La realidad es el combate, la sangre, las heridas.

— Todo ha pasado ya.

— Sí, como un sueño.

— Ahora ya estás mejor.

— No... me muero... Quiero estarme muriendo.

— ¿Por qué?

— Porque mi debilidad, mi dolor, mi agonía finge en los espacios la imagen idolatrada de Ángela, imagen de mi corazón, sueño de mi alma, idea que acaricio, pero idea bendita, salvadora, divina; que es mentira, porque no es, porque ya no existe; pero que me parece verdad, y la estoy viendo.

— ¡Ay! delira.

— Delirio sublime, delirio divino; tú eres la vida, tú eres el amor. Agonía, agonía, prolongate hasta la eternidad.

— Mira, vamos á curarte.

— ¡Curarme! No, no.

— ¿Por qué?

— Porque si me curan, no veré á Ángela, no la veré. Si me curan, se acabará esta fiebre que me hace soñar con ella; esta fiebre, que le da cuerpo, que le da realidad; dura, dulce agonía, dura mucho tiempo.

Y Eduardo no apartaba los ojos de Ángela.

— ¿Tanto la amabas? dijo Ángela con dolor.

— ¡Oh!

— ¿Tanto la amabas?

— Mira, por ella amo esta agonía, por ella he buscado la muerte.

— ¡La muerte!

— Sí; porque la he asesinado. ¿No es verdad, dulce ilusion mia, que la he asesinado? ¡Ah! El aire que baja de tus labios, me vuelve la respiracion. La luz de la luna que se refleja en tus lágrimas te hace mas hermosa, mas divina. Dura, mi agonía, dura por mi bien. Que no se vaya esta ilusion, esta mentida engañosa imágen.

— ¡Eduardo!

— ¿Me llamas?

— Sí.

— Cuántas veces, ¡oh ilusion querida! el sér que re-

presentas, la verdadera Ángela, me habrá llamado doliente por las riberas del mar, ¡cuántas veces!

— Muchas.

— Y yo, en mi insensatez la he asesinado.

— No, aun vive.

— Pero vive sin felicidad.

— No, es feliz, porque puede salvarte de la muerte.

— Es verdad, ahora me acuerdo.

— ¿De qué?

— De una noche.

— Habla.

— Noche terrible.

— ¡Cielo!

— Noche angustiosa.

— ¡Delira!

— El calabozo estaba frio como una tumba.

— ¡Eduardo!

— El aire impregnado de miasmas.....

— Calla.

— El verdugo se aparecía entre las tinieblas.

— ¡Qué horror!

— Yo iba á morir.

— ¡Eduardo!

— Porque yo, yo habia matado á un hombre.

— No, no le mataste.

— Le quise matar. El delito está en la intencion; yo debí morir. Y en efecto, el verdugo estaba á la puerta.

— ¿Por qué esos recuerdos?

— Ya caia sobre mí la noche de la eternidad.

— ¡Eduardo!

— Ya iba á morir, cuando se apareció ella, tan hermosa como la luz del alba, ella, mi ilusion de hoy, mi amada de ayer, mi providencia de siempre.

— Abadona esos pensamientos, ¡infeliz!

— Estos pensamientos, á la hora de morir, son toda mi vida. Dios me va á pedir cuenta de ellos. Me dirá: te mandé un ángel de mi cielo; qué has hecho, infeliz, de ese ángel? ¿Dónde está, dónde?

— Calma tus pasiones. Dios en su misericordia comprende y excusa las debilidades humanas.

— ¡Oh! Mi debilidad fué tan grande, que no puede tener excusa.

— Dios perdona hasta los crímenes.

— Pero no el nefando crimen de arrancar á un ángel su corona, cortarle las alas, ofrecerle acíbar y hiel, sepul-

arlo en una eterna desgracia, en cambio de la felicidad ecibida.

-- Pero en el corazon no manda la voluntad.

— Mi crimen fué mayor. Yo la amaba con todo mi corazon. En mi vida habia sido como una estrella.

— ¿La amabas, Ednardo, y la olvidaste?

— Sí. Un vértigo me arrastró, y fuí esclavo del vértigo. El sentido mató á la razon, el cuerpo encubrió completamente el espíritu. Yo fuí esclavo del sentido.

— ¡Eduardo! Es necesario curarte.

— Déjame, déjame morir. Yo he buscado la muerte, y ya la tengo. Vén, muerte, vén á mis brazos. En medio del combate he invocado tu auxilio. Cuando he sentido mi primer herida, me he trasportado de gozo, como e amante al recibir el primer beso de su amada.

— ¡Qué horror!

— Porque yo no puedo, porque yo no debo vivir. Mi alma, como una planta maldita, ha dado muerte á cuantos han ido á guarecerse á su sombra. Muera yo ahora.

-- No, vive, vive.

— ¿Para quién?

— Vive para ti.

— El sér que solo es necesario para sí mismo, es un sér inútil.

— Vive para Dios.

— Para Dios se vive mejor en la muerte, allí, desligados de esta cárcel, de estos hierros,

— Vive para tu esposa, para Margarita.

— ¿Qué has dicho? ¿Qué palabra has pronunciado? Quieres matarme. Te complaces, sombra querida, en evocar el genio de mi mal. Mi esposa herida... La deshonra... La muerte... Infame. Por ti, por ti.....

Y Eduardo, que en medio de su delirio conservaba una intuicion y una claridad de inteligencia admirables, perdió completamente la razon.

— Veo un monte erizado de espinas. Un ángel que baja del cielo, me trae una flor celeste, y una estrella en la mano. Sus labios entreabiertos se sonríen con la felicidad de la bienaventuranza. Vén, sígueme, te llevaré á la gloria, á Dios. Y yo le abandono, y por un beso, por un instante de placer que me ofrece un asqueroso esqueleto cubierto de carne, me hundo en una cueva negra, espantosa, terrible, que me hiela de espanto, que me mata, ¡infeliz, infeliz! Mas me valiera no haber nacido. Á Dios, vida.

A Dios, mundo. ¡Oh! Me llenáis de horror. El universo hiede como un cadáver descompuesto y podrido.

— ¡Infeliz Eduardo?

— Yo allí, en la honda cueva, voy á buscar el esqueleto que me ha seducido, que me ha alejado del cielo, creyéndolo encontrar hermoso. ¡Infeliz! ¿qué hice? Era un monton de negros y carcomidos huesos. Já, já, já

Y una risa horrible, sardónica, sacudia todo su cuerpo.

— Quise pedir, sacar vida de aquellos huesos. ¡Ay! Solo me daban una descomposicion fosfórica, fantástica, pálida, terrible, que me ensuciaba las manos, que teñía de un resplandor lívido mis ojos; y cuando ponía las manos en las paredes para libertarme de aquella luz, solo escribía horrizado esta palabra : ¡Maldicion, maldicion!

Ángela se cubría el rostro con las manos y lloraba amargamente.

— Los huesos del esqueleto, cuando yo quería huir, corrían en pos de mí, como los buitres sobre un cadáver. Yo huía y huía; pero el ruido de aquellos huesos en la tierra me helaba de frío, de terror, de espanto. Era como una cadena, como una fantasma, como la imágen viva de mis remordimientos.

— Vuelve, vuelve en ti.

— El remordimiento. Tú no sabes ¡oh imagen de mi adorada! no sabes lo que es un remordimiento. Quiera el cielo que no lo sepas nunca. Es una víbora que se agarra á las entrañas y da pidacuras terribles y no mata.

— Desecha esas ideas.

— Si el remordimiento matara, yo no hubiera necesitado ir á un campo de batalla á buscar la muerte.

— No, no la muerte; aun eres muy jóven.

— Pues un dia vi al esqueleto envuelto en una gasa celeste, coronado de flores, teñido de color el rostro, vivos los ojos, cubierto de carnes, y me dijo: « Has de ser mi esposo. »

Y yo le obedecí, porque yo era su esclavo, y le seguí á todas partes, y le rendí mi alma, y el esqueleto quiso devorarme, y me robó el cielo, la luz, el aire, la vida, haciéndome de su misma naturaleza, un cadáver ambulante, una hoja seca, una sombra ponzoñosa, nada, sí, nada; la muerte con todos sus horrores, el vicio en toda su fealdad.

— ¡Suerte infeliz! exclamó Ángela.

— Sí, infeliz. El viento me arrebató la corona de mis ilusiones, apagó el fuego de mi corazon, ahogó el cántico del cielo en mi garganta, la esperanza de otra vida

mejor, me arrastró como una rama seca por el suelo, me llevó á un abismo, y en el abismo estoy suspendido como una fria y asquerosa telaraña, ensuciando la tierra de donde Dios debe sacarme, para limpiar al ménos de inmundicia su preciosa obra.

— ¡Y el arrepentimiento, y el dolo! !.....

— ¡Ah! Yo no creia en nada, en nada, despues de esta vida tan triste; yo que ántes habia sido tan creyente. Mi amor á Dios se apagó como un carbon encendido que cae en el agua. Mi amor al hombre se desvaneció como una ligera sombra. Mi deseo por la libertad de los pueblos, por la santa causa de las nacionalidades, se desvaneció tambien por completo. Yo no amé ni á la humanidad ni á la patria. Yo fuí como una máquina. Yo, yo, por todo esto, seré ahora, ahora maldito. Maldecidme, Dios mio, y que pague con una pena eterna, infinita, la enormidad de mi negro crimen; sí, Dios justiciero, sí.

El gran esfuerzo hecho por Eduardo para decir en medio de su debilidad todo lo que decia, tan sin conciencia, le postró de suerte, que despues de estas palabras quedó como aletargado, ó mejor dicho, como muerto. Ángela, con la resignacion heroica, principal mérito entre todos sus méritos, volvió á ver de volverle las desmayadas

fuerzas. Ángela no quería que en semejante estado de atroz delirio fuese trasportado á su tienda, temerosa de que revelara que él habia sido su amante, y la malicia pública interpretara mal su abnegacion y su heroísmo. Mas al verse sola con un herido tan en peligro como Eduardo, dió de mano á todas estas aprehensiones, y se decidió á pedir socorro.

En efecto, vió á lo léjos una como procesion iluminada por antorchas. Mas de cincuenta de estas luminarias arrojaban una luz tal, que competian aun desde léjos con la luz brillante de la luna llena. Entre las gentes que componian aquella procesion, no habia quien no estuviese triste. No parecia sino que la victoria habia sido de los enemigos. Aquella procesion, en que se veia todo lo mas granado del ejército cristiano, iba en pos del cuerpo de Eduardo, el valiente oficial que habia rescatado del enemigo la bandera cristiana, rescatando al mismo tiempo la honra de aquel sin par ejército. El bravo oficial era muerto, segun voz que corria muy acreditada en el campamento; era muerto, buscando la gloria y el triunfo de sus tropas. En todos habia producido triste impresion aquella temprana muerte, é iban á buscar los restos del valiente para darle la debida sepultura, y rendirle los honores corres-

pondientes á su decidido heroísmo. Sus hermanos de armas sentian doblemente esta muerte, que arrebatava un tierno amigo á su corazon, un gran soldado á su ejército. Cuando andaban casi á la ventura, oyeron los lamentos de Angela que los llamaba, y encaminándose hácia allí, encontraron á Eduardo exánime, y Ángela de rodillas, con una mano puesta sobre el pecho de aquel que parecia cadáver, y los ojos en el cielo como si buscaran el vuelo de aquella alma.

— Caballeros, caballeros, dijo Ángela cuando los vió acercarse, auxiliadme á llevar este herido á una tienda.

— Buscamos, dijeron algunos, el cadáver de Eduardo, el capitan que arrebató nuestra bandera al enemigo.

— Aquí le tenéis, aunque no es cadáver aun.

— ¿No? preguntaron todos maravillados.

— No. Yo he curado sus heridas, y aunque son profundas y peligrosas, no renuncio á la esperanza de volverle la vida.

— ¡Oh! gracias á Dios, gritaron todos á una, acaso podemos aun salvarle.

— Yo, dijo Ángela, lloro su desgracia; pero no la creo irremediable.

Un médico que habia entre los que iban á recoger

el cuerpo de Eduardo, tomó el pulso del jóven, y dijo :

— Aun vive, tenéis razon, hermana, aun vive.

— Y acaso vivirá, acaso se salvará.

— No conozco las heridas.

— Por lo que yo alcanzo, solo una muy profunda, que tiene en el pecho, puede ofrecer algun cuidado.

— ¡Cielos! Si fuera posible el sarvarle, cuánto nos alegraríamos, dijo un militar, amigo de Eduardo.

— Ha militado como un valiente bajo nuestras banderas, dijeron otros.

El médico se inclinó á registrar la herida abierta en el pecho ; pero Ángela le detuvo, diciendo :

— Notad, doctor, que es muy tarde. La noche comienza á tornarse fria, á pesar del gran calor que hemos sufrido. Y esto puede dañar mucho á sus heridas.

— En efecto, recojámosle.

Y varios soldados le recogieron y colocaron en una camilla.

— Puesto que vos habéis sido la que felizmente habéis encontrado á Eduardo, y necesitando de un particular esmero su curacion , quedaréis exclusivamente á su cuidado.

— Como queráis, dijo Ángela. Pero el cuidarlé á él no

me priva de cuidar á todos los que como él me necesiten : que la vida de todos los hombres nos debe ser igualmente preciosa.

— Como queráis, dijo el médico.

— Pues bien, llevémosle ahora á la tienda, y hacedle prontamente la primera cura.

— ¿Qué habéis notado en él?

— Un lamento me avisó dónde estaba.

— ¿Se encontraba en su cabal juicio?

— No.

— Malo.

— Se conoce que le poseia una idea, y todo cuanto decia estaba rigurosamente acorde con aquella idea, dijo Ángela. Mas en su mirada errante, y en su indecisa palabra, se veia que deliraba.

— ¿Y qué idea fija tenia en su memoria?

— Una gran pasion.

— ¿La gloria?

— No.

— ¿La ambicion?

— No.

— ¿El amor?

— Si.

— Malo, dijo el médico.

— ¿Hasta eso puede influir en su curacion?

— Hasta eso, y mucho.

— Mas su naturaleza robusta.....

— Sin embargo, se conocia que estaba muy triste, muy debilitado.

— Sí, yo fio en Dios que habéis de salvarle.

— Yo tambien.

— Siquiera por su pobre mujer, dijo Ángela con amargura.

— ¿Tiene mujer?

— Sí.

— ¿Hijos?

— No.

— ¿Vos le conocéis?

— Es, como yo, de Italia.

— Es verdad.

— En efecto, debemos salvarle, y muy especialmente por ser un tan buen soldado.

— La herida del pecho.....

— ¿Es profunda?

— Mucho.

— ¿Es de bala?

— Lo ignoro.

— ¿Arrojaba mucha sangre?

— Poca.

— ¿Qué tal respiraba?

— Bien. Su delirio tenía algo de elocuente.

— ¿Y hablaba con voz entera?

— Mucho.

— Hay esperanza.

— Quiéralo el cielo.

— Sí, Dios lo querrá por nuestro bien.

— Tal creo.

Y en esto llegaron á la puerta de la tienda, donde Eduardo debía quedar para ser curado.

LVIII.

Procedióse á la inmediata y pronta curacion de Eduardo. Sus heridas eran profundas, y los médicos daban pocas esperanzas de conservar la vida del enfermo. Una respiracion fatigosa y anhelante, una fiebre exaltada y nerviosa, vaguedad en el mirar, pulsaciones violentas en el corazon, delirio continuo, incesante, este era el estado de aquel guerrero, que buscaba en los campos de batalla, no la victoria, sino la muerte. Decidieron los médicos que Ángela no se apartase un momento de la cabecera de su lecho, que le acorriese en aquel trance amarguísimo de la vida de Eduardo. La pobre jóven sentia infinito el estado del único hombre que habia amado en la tierra; pero disimulaba cuanto podia su sentimiento. Trataba, y casi le conseguia, de ocultar que allí, en aquel lecho, padecía no solamente un hermano, sino el amor de su corazon. El amor de Ángela, que se habia eclipsado cuando Eduardo era feliz, crecia ahora con

desmedida violencia. Verle herido, postrado en un lecho, próximo á la muerte, y desgraciado, y no amarle, era imposible para aquel corazon nacido con todas las virtudes celestes.

Mas por lo mismo que aquel amor no podia tener esperanza alguna en la tierra, se refugiaba como en su natural vivienda en el cielo. Léjos de ser una de esas pasiones que turban el sentido y emponzoñan el corazon, era una pasion purísima, divina; era como el alma del alma, como la esencia misteriosa de su vida. Cuando Ángela se vió sola en la tienda de campaña con el enfermo, cogió una luz y se acercó á su lecho. Estaba como dormido. La horrible calentura coloreaba ligeramente sus mejillas. Su frente mostraba una gran serenidad, como si descansara su pensamiento tranquilo, despues de haber trabajado por largo espacio de tiempo. Respiraba mal, muy mal; pero sentíase que aquella respiracion, si era un gran dolor físico, no afectaba en nada su corazon, que parecia tranquilo, ó cuando mas, agitado por el padecer material, que no llega nunca hasta el espíritu. Ángela, al acercarse al lecho de Eduardo, comprendió lo que significaba aquella contradiccion entre el dolor del cuerpo y la serenidad del alma de Eduardo, y dijo para sí con amargura :

— Has encontrado lo que buscabas, la muerte. No podías sufrir el combate de tu corazón, y has ido en pos del otro combate mas terrible y mas grande. ¡Infeliz! Las heridas del alma las has recrudecido con las heridas del cuerpo. Pero este bautismo de dolor te regenera, te salva. El remordimiento te ha hecho mártir. Faltaste á lo que te debías á ti mismo, faltaste á lo que me debías; la pasión te ha despeñado; pero tú pedías á Dios un gran dolor y un gran castigo, y lo has conseguido. Me parece que de esas terribles, entreabiertas heridas, veo levantarse como un aroma inmortal, tu alma, digna ya, sí, digna de todo mi amor. ¡Amor! ¿Qué idea ha venido á mi acalorada mente? Yo no puedo amar á un hombre, yo debo amar á la humanidad. El sentimiento no ha nacido para mi corazón, el sentimiento regalado y dulce que une á un sér toda una vida. Ese sentimiento debe morir aquí en esta alma lacerada y triste. No, no os levantéis á mis ojos, días tranquilos, en que mi mundo se concluía donde se concluía mi horizonte; en que mi idea y mis recuerdos volaban siempre en pos de mi Eduardo. Esos días deben desaparecer, como una maldición, de mi memoria. Sí, huid, huid, recuerdos placenteros; callad, callad, sentimientos del corazón. Ahora solo debo pensar en salvarle, en arrancar esta presa á la

muerte. Pero al salvarle, no debe acordarse de mí, no; debe acordarse de que tiene una esposa en la tierra; debo salvarle para su familia, para su patria. ¡Una esposa! Los celos me matan, me despedazan el corazón. Conozco que no tengo virtud bastante para tan ruda prueba. Yo, yo que le amaba tanto, yo que no sabía vivir sin él, yo que no tenía mas pensamiento que Eduardo, ni quería sin Eduardo la vida, yo debo entregarlo á otra mujer. No, no. Me voy á morir. Pero, ¿quién soy yo? ¿Me he olvidado por ventura de quién soy? Yo soy hermana de la caridad, desposada con Dios. Yo no me pertenezco á mí misma, yo pertenezco á los desgraciados, á los enfermos. Mas, por muy grande que sea mi corazón, ¿puedo mandar á este amor que se levanta de su fondo como una gran tempestad? Señor, necesito de tu auxilio. Dios mío, necesito de tu poder. Voy á abandonarle. Lo mejor es huir, sí huir de aquí. Yo no tengo confianza bastante en mí misma. Yo no podré ocultarle que le amo; que vive aun, aquí, en mi corazón, como el día primero de nuestro amor; que en este corazón vivirá siempre, y que conmigo irá á la eternidad. Pues qué, ¿ha de ser el amor un crimen? Esa pasión, que Dios ha inspirado á todos los seres de la naturaleza; esa pasión, que anima desde la flor hasta el astro, ¿solo en mi corazón, solo en

este corazon ha de tornarse ponzoña y mal? ¿Por qué cuando venia á orillas de la fuente este amor era una virtud y hoy, ¡ah! hoy es un crimen? ¡Cielo! Sí, es un crimen; es una pasión que debe ser ahogada allá en el fondo del pensamiento; es una serpiente que se esconde en el cáliz de mi alma; es un veneno que destila gota á gota de la sangre de mi corazon. Entre ese hombre y yo média un juramento de amor que él ha prestado á otra mujer, y un juramento de amor que he preatado yo á Dios y á la humanidad. Ese hombre dede seguir á su esposa en la tierra á su esposa en el cielo. El lazo que los une ya no puede ser cortado, ni aun por la muerte. Deben ser el uno para el otro. Yo, levantándome en su camino; yo, amándole insensatamente, soy como la sombra en el cielo, como el genio del mal entre un coro de ángeles. No, no; yo venceré á mi corazon en esta nueva prueba, sí, lo venceré. ¡Desgraciada mujer! amaste como no se ama en el mundo; tus ilusiones, tus sentimientos, los consagraste á un solo sér en la tierra; vivias de su vida; sentias con su corazon; pensabas con su pensamiento, y cuando parecia que ibas á tocar la felicidad, cuando mas amada te creias, aquel sér huyó, desapareció de tu ojos, dejándote un amor horrible, un amor desgraciado, un amor infeliz, sin esperanza. Este amor,

este amor debe ser ahogado, debe ser vencido, aunque me cueste la vida. Tú, tú, Eduardo, vivirás con tu esposa. Yo te arrancaré del lecho de muerte, para volverte al hogar de tu familia. Yo te arrancaré del sepulcro, para entregarte á los brazos de tu esposa, de la única mujer que debes amar en el mundo. Calla, calla, corazón mio. Hable solo el deber. Y si para cumplir el deber, es necesario morir, muera en buena hora: que Dios que juzga las conciencias, verá la pureza inmaculada de mi alma.

Ángela, después de esta grau lucha, como hubiera llorado muchísimo, se enjugó las lágrimas. Un rayo de serena luz cruzó por su frente, una dulce sonrisa por sus labios. En aquella alma tan pura, esta lucha había producido como una tremenda y oscura noche. Ángela, que conservaba toda la tristeza propia de una pasión sin esperanza, no podía imaginar que aquella pasión, en momentos dados, había de tener una intensidad tan grande, tan extrema. Era un obstáculo que encontraba en su camino; pero un obstáculo que se proponía vencer con el santo auxilio del cielo.

Lo primero que hizo fué arreglar todos los medicamentos, disponer las tisanas, apereñir todo cuando había menester el enfermo. En seguida se sentó á la cabecera

del lecho del moribundo. Con los ojos puestos en su frente, pasó gran parte de la noche. Parecíale que sus labios contraídos por el dolor pronunciaban con frecuencia un nombre y que ese nombre era «Ángela, Ángela.» Esto aumentaba su pasión por el desgraciado joven, y la excitaba á proseguir con mas empeño la lucha tremenda entre su amor y su deber.

Conforme iba viniendo el día, iba aumentando la fiebre de Eduardo. Sus ojos errantes parecían querer romper sus órbitas. Sus labios temblaban agitados, y su frente ardía como si ocultara en el cerebro un incendio. El delirio, que no le abandonaba un punto, crecía de suerte, que mil palabras incoherentes caían á borbotones de sus labios. Á pesar de que nada decía en concierto, á pesar de que no se podían concertar y concordar dos ideas, veíase que el pensamiento fijo en su mente, el sentimiento de su corazón, la idea que le atormentaba, idea única, era Ángela.

Cuando mas deliraba, entró uno de los médicos, y preguntó á Ángela :

- ¿Cómo sigue el enfermo?
- Lo mismo.
- ¿La calentura no disminuye?
- Antes parece que aumenta.

— Este jóven, dijo el médico, tiene una enfermedad que nosotros no alcanzamos á curar.

— ¿Sí? dijo Ángela, con aparente indiferencia, pero temblando en realidad.

— Las heridas del cuerpo no le matan, no; le matan las hondas heridas que tiene en el alma.

— ¿Tal creéis?

— Sí lo creo, lo creo firmemente.

— ¿Y de dónde habéis podido deducir eso?

— Lo he deducido de todas sus acciones.

— ¡Ah!

— Le he observado mucho. Antes de ser herido, sus palabras tenían algo de delirio, y el valor que ayer mostró, era el valor que inspira la locura.

— ¡Cielos!

— Sí, ese jóven debe sentir una pasión inmensa, un amor sin esperanza.

— ¡Ah!

— Y si no, oid, oid.

En efecto, Eduardo decia : Yo te amaba. Me acuerdo que me parecías una flor. Eres un ángel. ¡ Ay ! Y te abandoné por otra mujer, sí, por otra mujer, sí, ¡ infeliz de mí !

— ¿Oís, oís?

Ángela lloraba.

— ¿Lloráis? dijo el médico.

— Sí, compadezco tanta desgracia.

— En verdad es digno de compasion.

— ¿Y no hay esperanza de salvar esa vida?

— La hay, la hay.

— La juventud....

— Todo puede esperarse de la juventud.

— Dios lo haga.

El médico observó largamente á Eduardo, examinó el grado de calor que tenia, la violencia de su pulso, la dificultad de su respiracion, la contraccion de su rostro, y despues de algunos instantes de meditar, dijo :

— ¡ Ah ! es muy fácil que muera, muy fácil.

Al oir estas palabras, se estremeció Ángela, como si hubiera un rayo caido á sus plantas.

— Ese delirio le va á perder, exclamó el médico, acen-
tuando con desesperacion estas palabras.

Á pesar de este continuo delirio, la calentura cedia, y la enfermedad de Eduardo se aliviaba visiblemente. No contribuia poco á tan feliz resultado aquella incomparable caridad de Ángela, siempre dispuesta al sacrificio, Su corazon no se contentaba con sacar

á Eduardo de las garras de la muerte, queria devolverle todas las condiciones de una verdadera vida, salvarlo para el cielo. Así que el delirio fué disipándose, Ángela se apartó de la cabecera del enfermo, para no ser de él conocida, y se resignó con tranquilidad á este gran dolor que heria su alma. Temia mucho que su presencia levantara en el corazon de Eduardo el oleaje de sus antiguas pasiones y de sus recuerdos. Pero, no obstante esto, su único pensamiento era la felicidad del hombre que habia amado con el amor puro, divino, de un ángel. Para contribuir á esta felicidad pensó en Margarita, ya regenerada por el arrepentimiento y el dolor. La vida sin virtud es como una continua muerte. Por eso, Ángela buscaba en el corazon de Margarita una nueva fuente de vida para Eduardo, nueva felicidad para su corazon. Con esa perspicacia propia de su sexo, Ángela lo arregló todo de suerte, que para el tiempo en que las grandes emociones no podian hacer ya mella en el corazon de Eduardo, se presentara Margarita en su tienda. En efecto la jóven, merced al celo de Ángela, habia llegado desde Nápoles ocnltamente al sitio donde se encontraba herido su esposo. El corazon de Margarita, vacío ya de aquellas grandes y ponzoñosas pasiones que lo habian viciado y cor-

rompido, se purificaba con el dolor, se purificaba tambien con la esperanza. Al ver que Dios no la habia abandonado; que del seno de inmundo lodazal habia querido remontarla al cielo; que le habia enviado la mujer que ella misma odiara, para iniciarla en los secretos de la virtud, Margarita, reconociendo en toto esto la Providencia, amando la hermosa virtud, habia dejado la tosca larva de su antigua vida, de su antiguo existir, y ascendia purificada á otro vida mas alta, luciendo en su frente los resplandores de la virtud.

Mas para unir á Margarita con su esposo, era necesario preparar aquel corazon de Eduardo, tan impresionable como la cera, y dirigir á un fin aquellos sus sentimientos, tan ligeros como las auras, como las brisas. Un dia, convaleciente ya Eduardo, entró Ángela de súbito en su tienda. El jóven, al verla, se quedó como extasiado, como arrobado de alegría. Léjos de extrañar aquella aparicion, la miraba como la realidad de un ensueño por largo tiempo acariciado. Ángela se mostró, como siempre, severa; Eduardo, como siempre, idólatra de aquella mujer, que habia abandonado; ansioso de aquella misma felicidad, que habia rehusado. Quiso Eduardo pronunciar algunas balbucientes palabras de amor; pero la actitud severa y

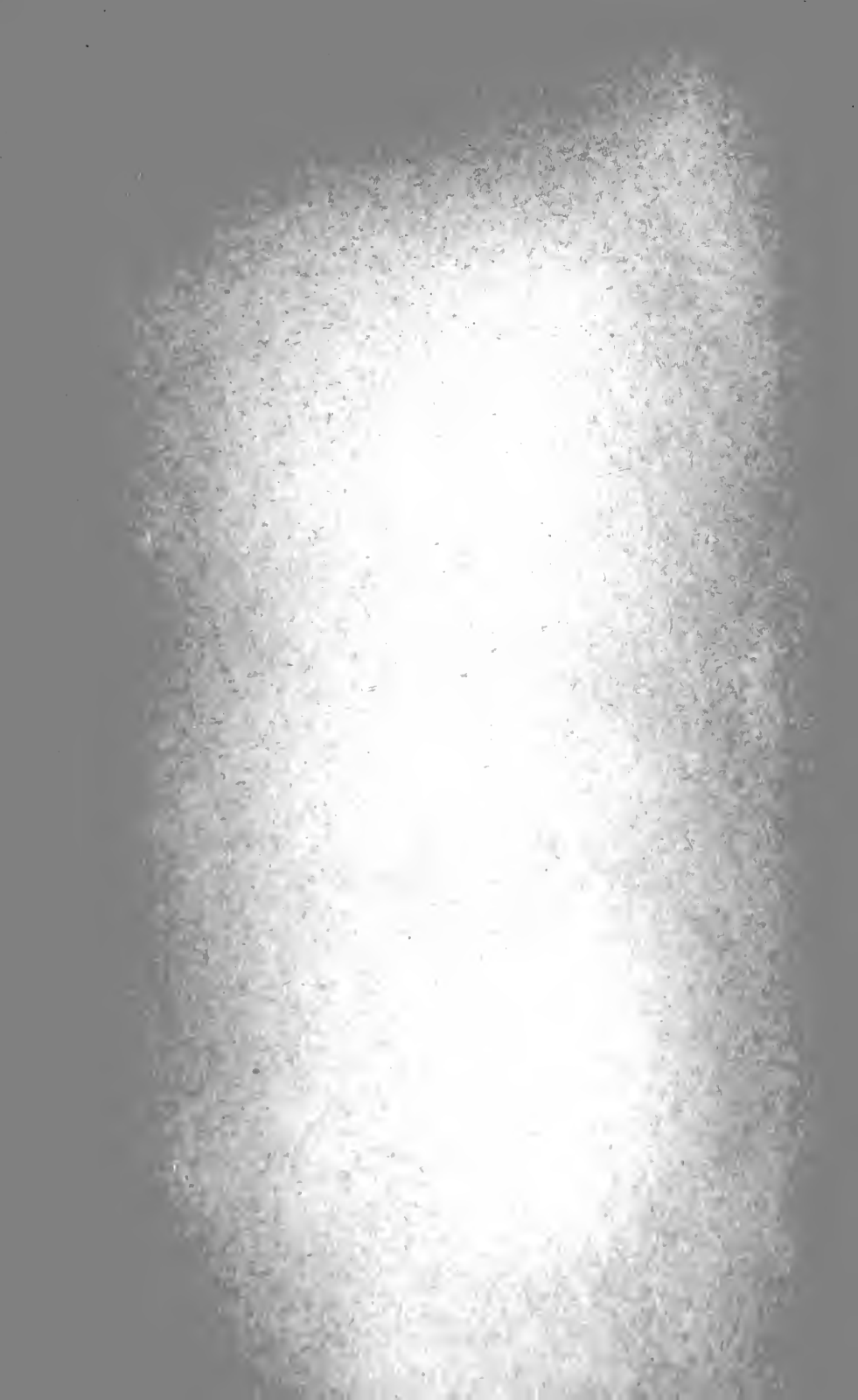
el continente majestuoso de Ángela, y la virtud que centelleaba en su frente, le impusieron silencio. Ángela le dijo que ya no se trataba de la vida pasada, sino de su vida futura, y le recordó que existía una mujer, á la cual estaba unido por un juramento ante Dios y ante los hombres. Eduardo se indignó al oír tal recuerdo, y dijo que aquella mujer no era digna de su corazón, como sentido de que Ángela pronunciase sin celos el nombre de su rival. Cuando oyó Ángela que aquella mujer, que su amiga, era así calificada por su mismo esposo, le preguntó si creía él ser el mismo Eduardo de siempre, aquel jóven olvidadizo y frívolo de los salones de Nápoles. Eduardo protestó que no, que sus dolores, su ardor en los combates, la sangre vertida, decían que se había transformado su ántes débil naturaleza; que se había convertido al bien su viciado corazón. Pues bien, le dijo Ángela, Margarita ha sostenido otra lucha mas cruel, si ménos estruendosa; la lucha con su corazón, con sus pasiones, con sus ideas, con los hábitos de su vida pasada, y heroicamente ha logrado vencer y doménar á tantos enemigos congregados en su daño. Eduardo se resistía; pero Ángela, con su calorosa elocuencia, le mostró su deber; la necesidad en que estaba de perdonar para que Dios le perdonara; los

bienes que podia prometerse de una vida pacífica, cuando tantos laureles rodeaban su frente, y sobre todo, el culto que debia prestar á la virtud, culto digno del hombre, y digno al mismo tiempo de Dios. Eduardo se dejó arrastrar por aquella elocuencia, por aquella palabra fácil, pura, ingenua, y cuando mas arrobado estaba, Ángela levantó la cortina que cubria la puerta de la tienda, y apareció Margarita. La jóven dió algunos pasos hácia adelante; pero flaquearon sus rodillas, y cayó como herida de un rayo en medio de la tienda. Entónces Eduardo se conmovió profundamente, y dulces lágrimas asomaron á sus ántes áridos ojos. El jóven se levantó, se inclinó al suelo, donde estaba de hinojos su mujer, y la estrechó contra su corazon. Un sollozo agudo, indefinible, vino á interrumpir esta escena. Era la voz de Ángela, que decia: « Sed felices como lo anhela mi corazon. » Y la jóven, que veia en brazos de otra mujer al hombre que amaba, al hombre que habia amado siempre, partido de dolor el pecho, lleno de angustia el corazon, salia de la tienda y exclamaba: « Pronto, pronto un camello que me lleve á orillas del mar, y en el mar ya encontraré un barco que me lleve al Asia á difundir allí la caridad, y este amor que no cabe en mi alma. »

EPÍLOGO.

Margarita y Eduardo fueron virtuosos y felices, merced al ejemplo de Ángela. Su nombre era, despues del nombre de Dios, el mas venerado por los dos esposos. Lector, la virtud debe amarse, no solo porque es virtud, sino porque, como el sol, con su ejemplo ilumina las conciencias, con su calor vivifica los corazones. El sér virtuoso consigue llevar á la virtud á los séres que le rodean, aunque hayan caido en lo mas profundo del vicio. Ejemplo, Ángela, Margarita y Eduardo.

FIN DEL SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO.



LS.
C348h

10

Author Castelar, Emilio

Title La hermana de La Caridad. Vol. 2

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU



The image shows a highly decorative book cover. At the center is an oval medallion containing a stylized illustration of an open book. The text 'GARNIER' is printed in a large, serif font across the top of the book's pages. Below it, 'HERMANOS' is printed in a smaller, similar font, and 'PARIS' is printed at the bottom in a large, bold, serif font. The book is depicted with a quill pen resting on its right page. The entire medallion is surrounded by a dense, intricate border of swirling acanthus leaves and floral motifs. The outermost edge of the cover is defined by a simple rectangular border with a series of small, evenly spaced dots.

GARNIER
HERMANOS
PARIS